plataforma testimonio

LA FUERZA DE UN SUEÑO

LOS CAMINOS DEL ÉXITO

ALBERT PUIG

El triunfo de la cantera

Conversaciones con Pep Guardiola, Tito Vilanova, Luis Enrique, Iniesta, Puyol, Messi, Xavi, Henry y otros.

La fuerza de un sueño

Los caminos del éxito

Albert Puig Ortoneda

Traducción de Albert Figueras

Plataforma Editorial

Título original: *La força d'un somni. Els camins de l'èxit*

Primera edición en esta colección: enero 2010

© Albert Puig Ortoneda, 2009
© de la presente edición: Plataforma Editorial, 2010
© de la traducción: Albert Figueras, 2010
© de las fotografías de la portada: FC BARCELONA

Albert Puig donará el 50 % de sus derechos de autor a los proyectos de la Fundació FC Barcelona.

Plataforma Editorial
c/ Muntaner, 269, entlo. 1ª – 08021 Barcelona
Tel.: (+34) 93 494 79 99 – Fax: (+34) 93 419 23 14
www.plataformaeditorial.com
info@plataformaeditorial.com

ISBN: 978-84-16820-29-0

Diseño de cubierta:
Utopikka

Composición:
Grafime

Reservados todos los derechos. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO (**www.cedro.org**).

A la memoria de Jordi Puig Ortoneda, Miquel Puig, Dolors Serra, Cecília Domènech, Matilde Romero, Josep Rius, Amador Costa, Teresa Puig y Lleonard Vernet.

Índice

Prólogo

Los técnicos
Los jugadores
La voz de la experiencia
Los padres
Los maestros

Conclusiones

Dedicado a mis padres, Joan y Cecília, a mi hermana Àngels y a mis dos queridos sobrinos, Oriol y Mireia. A mi ahijada Anna y a toda mi familia.

A mi querida Sílvia y a Lluís. A mis amigos, que siempre están cuando se les llama.

Gracias por ser querido y poder querer.

Prólogo

Estamos a 8 de abril de 2007. Resulta difícil olvidar aquel día. De algún modo, mi vida cambió tras la final del Torneo Vila de Perelada. Sin aquel partido, probablemente no me habría animado a escribir este libro, seguro que no habría concedido tantas entrevistas y, sin duda alguna, no habría recibido ningún premio por mi *fair play*. Y todo gracias a una buena acción. Una acción de justicia reconocida con creces en los ámbitos social y mediático.

Rebobinemos. Casi era el mediodía y yo dirigía el Alevín B del F. C. Barcelona desde el lateral. Jugábamos la final contra el gran rival de la ciudad, el Español. Un derbi apasionante para decidir el campeón del torneo. Justo cuando empezó el partido, en el minuto 4, Adrià –un jugador de mi equipo– se lesionó y, con gran deportividad, los jugadores del Español lanzaron la pelota fuera para esperar que Adrià se recuperase y se reincorporase al juego. Cuando lo hizo, sacamos de banda y el balón llegó a los pies de Mamadou Tounkara, un chico encantador que no percibió que tenía que devolver la pelota al rival o, por lo menos, mandarla fuera. Movido por su instinto goleador, corrió hacia la portería contraria y marcó un gol ante la sorpresa de los jugadores del Español.

Resultado de 1-0 en el marcador, sí, pero la habíamos liado bien. Los muchachos lo habían hecho sin mala intención, pero habían cometido un error que había que enmendar rápidamente. Teníamos que dar ejemplo; no se puede ganar a cualquier precio. Pensé que la única manera de compensar esta acción, digamos, poco deportiva, era dejarse marcar un gol cuanto antes mejor. Inmediatamente, pedí disculpas al técnico del Español, que, lógicamente, estaba indignado, y, desde la banda, ordené a mis jugadores que se dejasen marcar un gol para que el partido se volviera a igualar. El problema era que los jugadores de mi equipo no podían oír las instrucciones que les daba porque el griterío de los aficionados del Español era demasiado intenso, de modo que no me entendieron hasta, por lo menos, tres minutos después de la desafortunada acción de

Mamadou. Finalmente, me oyeron y logré que el central Carlos Blanco cediese el esférico a Àlex Mula –el delantero del Español–, que, finalmente, marcó el justo gol del empate. Resultado: 1-1, y todos contentos. Problema resuelto. Imagen restituida.

Terminamos ganando la final por 2-1, curiosamente gracias a un gol de Mamadou durante la segunda parte. Levantamos el título, pero unas horas más tarde nadie hablaba de los campeones del torneo. La web del F. C. Barcelona y Barça TV –que registró las imágenes– fueron los primeros medios que destacaron el gesto deportivo que habíamos protagonizado durante aquel partido, y el efecto dominó hizo el resto. Lo que tendría que haberse considerado lógico y normal en un partido de fútbol, se convirtió en una novedad y transformó aquel hecho en noticia. Además, la historia adquirió más importancia porque el mismo día, por la tarde, el Atlético de Madrid había ganado un partido en el campo del Villarreal gracias a un gol de ética dudosa marcado por Fabiano Eller mientras un jugador del equipo castellonense estaba tumbado sobre la hierba. Aquello generó mucha polémica, y la coincidencia de ambas acciones en el mismo día multiplicó el interés de los medios de comunicación, tanto en Cataluña como en el resto de España. No las conté, pero aquella semana concedí más de 25 entrevistas y, sin quererlo, me convertí en un personaje mediático.

Pasó el tiempo, la fiebre bajó, pero todavía llegarían los reconocimientos y los premios. Empezando por galardones más locales como, por ejemplo, el Premio Joan Creus a la deportividad, concedido por el Ayuntamiento de Granollers, o el Premio a la Deportividad del Ayuntamiento de Cambrils (mi pueblo), pasando por el galardón al *fair play* otorgado por el periódico *Sport* en la Gala de Deportistas del Año 2007, el Premio *Fair Play* de la Federación Catalana de Fútbol, el Premio Deportividad de la Fundación Ernest Lluch, y terminando con el Premio Infanta Elena-Premios Nacionales del Deporte 2007, que concede el Consejo Superior de Deportes español.

Yo me sentía encantado y muy orgulloso. El ejemplo que habíamos dado sólo tenía connotaciones positivas para el F. C. Barcelona y servía para reforzar la imagen de club «señor» que la entidad siempre ha transmitido. Ahora bien, reconozco que todo eso me sobrepasó un poco; pensé que no íbamos bien del todo, si la sociedad premiaba un hecho que tendría que haberse considerado absolutamente lógico. Te equivocas, haces algo mal hecho e intentas enmendar el error. Eso es lo que hicimos en Perelada. Sin duda, el valor añadido, al margen del «efecto Barça», es que los protagonistas eran niños de 10 y 11 años que enviaban un mensaje de deportividad y justicia a toda la sociedad. Hicimos lo

que teníamos que hacer y estoy convencido de que cualquier entrenador en mi lugar hubiese actuado exactamente del mismo modo. Y, no nos engañemos, seguro que todo logró mayor trascendencia por la comparación inevitable con el Villarreal-Atlético de Madrid, y porque la historia tenía gran fuerza aleccionadora según el criterio de los medios de comunicación. Sin embargo, que conste que no es lo mismo el fútbol base –donde la formación de valores es obligatoria– que el fútbol de élite –donde el jugador es suficientemente maduro para tomar decisiones.

Sea como sea, más o menos un año después de aquel 8 de abril de 2007, recibí una llamada telefónica de Jordi Nadal, el editor de Plataforma Editorial, quien me propuso escribir el libro que tiene en sus manos. Sinceramente, al principio no lo veía nada claro por los motivos que he expuesto antes, pero el empuje de Jordi logró convencerme y pensé que, si tomaba como referencia los hechos acontecidos en Perelada, me estaba ofreciendo una buena oportunidad para reflexionar sobre distintos aspectos que rodean el mundo del deporte, sobre todo el fútbol y, concretamente, el fútbol base, que es mi especialidad. Me terminó de animar el apoyo que recibí del F. C. Barcelona, especialmente de dos personas capitales en este proyecto: el vicepresidente Joan Franquesa y el segundo entrenador del primer equipo, Tito Vilanova. Muchas gracias.

Me dedico a entrenar niños desde hace 25 años. Es mi vida, es mi pasión, es mi sueño. Soy entrenador, pero prefiero definirme como profesor. ¿Por qué? Pues porque mi trabajo consiste en «enseñar». Enseño conceptos futbolísticos, pero también –y, sobre todo–, valores humanos aplicables a la vida y al deporte. A los 10, 11, 12 ó 13 años es mucho más importante la persona que el futbolista. En realidad, siempre lo es, pero en esta edad los chavales son auténticas esponjas muy permeables a las enseñanzas exteriores. Al pasar los años te das cuenta de que un técnico tiene mayor capacidad de influencia en un jugador en el aspecto humano que en el futbolístico.

Y he aquí el gran dilema: ¿ganar o formar? ¿Participar o competir? ¿Cuál es el camino del éxito? Estas son las preguntas que sirven de hilo conductor en este libro. Son cuestiones que siempre acompañan a los entrenadores que se dedican al fútbol base, especialmente a los que tenemos la suerte de entrenar en un club como el F. C. Barcelona, siempre obligado a conseguir triunfos sin olvidar la tarea formativa. A lo largo de las páginas siguientes compartiré estas preguntas clave con protagonistas que han hecho o están haciendo historia en este club. He tenido el placer de conversar largo y tendido con personajes que han llegado a la élite del fútbol profesional como **Pep**

Guardiola, **Tito Vilanova**, **Luis Enrique**, **Alexanko**, **Andrés Iniesta**, **Leo Messi**, **Thierry Henry**, **Laureano Ruiz** y **Guillermo Amor**, entre otros. También he intercambiado opiniones con educadores profesionales, con **Carlos Folguera** –el director de La Masía–, o con padres de jugadores jóvenes. No se trata de ningún libro de anécdotas futbolísticas explicadas por personajes de renombre. He tratado de condensar sus reflexiones sobre el fútbol de formación y el difícil camino hacia el éxito con la intención de que la experiencia de estos personajes que han alcanzado su sueño pueda ayudar a jóvenes deportistas, entrenadores, formadores, educadores o, incluso, a padres de jugadores. En definitiva, está pensado para todos aquellos que estén interesados en el mundo del deporte, el fútbol o el Barça.

A mí me ha servido para aprender. ¡Ojalá os pueda ayudar a encontrar la fuerza de vuestro sueño!

ALBERT PUIG ORTONEDA

Cambrils, noviembre de 2009

Los técnicos

Conozco muy pocos trabajos que tengan un componente vocacional mayor que el de entrenador, sea del deporte que sea. Vocación es sinónimo de ilusión y compromiso máximo por aquello que haces para ganarte la vida. Trabajas, sí, pero además disfrutas haciéndolo. Es un concepto básico para intentar ser un buen técnico. Es imprescindible implicarse al 100 % para lograr los objetivos planteados y transmitir valores competitivos a los jugadores. El entrenador marca el nivel de exigencia. Tiene que ser siempre el primero en dar ejemplo.

Dicho esto, habría que diferenciar la tarea de los técnicos que entrenan equipos profesionales –o, por lo menos, de adultos– de la de quienes nos dedicamos al fútbol de formación. Es el mismo trabajo, sí, pero no tiene nada que ver. A grandes rasgos, este colectivo se puede dividir en tres grandes grupos: los entrenadores de equipos de élite –personas que se tienen que rodear de un equipo profesional amplio para controlar todas las variables internas y externas que pueden afectar el rendimiento de los jugadores, desde el entorno hasta un calendario saturado de partidos–, los técnicos todoterreno –la esencia pura de la profesión, se dedican a dirigir equipos de Tercera Regional a Segunda B o A, y trabajan durante la semana pensando sólo en el resultado del partido del domingo–, y los entrenadores que hacemos de profesores, enseñamos y formamos por encima de cualquier otro objetivo. En este ámbito, también se pueden hacer muchas distinciones según la edad de los muchachos que te toca entrenar: no es lo mismo dirigir alevines (10-11 años), infantiles (12-13), cadetes (14-15) o juveniles (16-17-18 años). En todas las categorías confeccionas una plantilla, entrenas durante la semana, compites el sábado o el domingo e intentas ganar…, pero, obviamente, la edad de los jugadores que tienes entre las manos condiciona mucho el tipo de trabajo que el entrenador debe plantearse.

Esto sucede en todos los clubes, pero el fútbol base del F. C. Barcelona tiene unas connotaciones especiales. El proceso de selección previo garantiza un mínimo (muy elevado) de talento futbolístico en los jugadores; por tanto, y sin olvidar que deseamos formar grandes futbolistas (somos un club de fútbol), el primer objetivo es formarlos como personas. A todo ello tenemos que añadir que, producto de la globalización, cada año llegan más muchachos extranjeros a nuestro fútbol base. De la Argentina, del Brasil, del Camerún, cada temporada llegan muchos preadolescentes que abandonan su país y a su familia para probar suerte en el Barça. Esto enfatiza todavía más nuestras prioridades: la primera misión de los entrenadores consiste en ayudar a la educación integral de los chavales y, la segunda, en enseñarles a ser buenos futbolistas. La primera es fundamental para la segunda, pero a veces esta dualidad genera un choque de intereses que nos remite a la pregunta del millón: *¿ganar o formar?* Para no darle más vueltas, me mojaré: me gusta ganar, me interesa formar, pero, sobre todo, quiero enseñar a competir con unos valores universales basados en el respeto y la educación. Darlo todo compitiendo con dignidad es una victoria, diga lo que diga el marcador. Competir significa, primero, superarse a uno mismo y, en segundo lugar, superar al adversario. Ganar es consecuencia de competir bien. ¿Piensan lo mismo mis colegas? ¿Es este el mejor camino para formar buenas personas y buenos futbolistas?

Pep Guardiola (Santpedor, 1971) **y Francesc «Tito» Vilanova** (Bellcaire d'Empordà, 1968)

Los que me conocen bien saben que no soy demasiado amigo de los elogios gratuitos. Soy crítico y exigente conmigo mismo y con los compañeros de trabajo porque considero que nuestra tarea requiere un alto grado de compromiso, vocación y responsabilidad que no siempre se alcanza. No es el caso de Pep ni de Tito. Exactamente al contrario. Durante su primer año al frente del primer equipo del Barça han dado continuidad a la tarea empezada en el filial y se han convertido en una auténtica referencia para todos los técnicos de la casa. Al margen de los éxitos deportivos, históricos, que ha alcanzado el equipo que entrenan, Pep, Tito y el resto de los miembros del *staff* técnico han dado una lección magistral de dedicación absoluta, profesionalidad y amor por el trabajo. Aman el Barça, aman el fútbol y aman la profesión. Lo saben transmitir y, desde la humildad y la prudencia, se han convertido en un ejemplo para todos. Lo que destacaría más de ellos son estas ganas de aprender que desprenden cada día. La pizarra táctica siempre está cerca cuando charlas con ellos. Siempre son diálogos apasionados, con el fútbol base como eje de la conversación. Confieso que para mí son un punto de referencia indiscutible para continuar desarrollando mi carrera como entrenador. Los conocí cuando empezaban en el filial y he podido disfrutar de sus entrenamientos y de sus charlas. He aprendido de sus colaboradores más cercanos como Aureli Altimira, Jordi Roura, el «sabio» Domènec Torrent o mi gran amigo Carles Planchart. Todos ellos, auténticos profesionales de pies a cabeza.

PEP: «Hay una parte innata en la técnica futbolística, pero el hecho de jugar al fútbol 5, 6 ó 7 horas al día cuando eres pequeño, te ayuda mucho»

Basta con escuchar un rato cómo hablan de fútbol para comprobar que son apasionados de este deporte. Es una de las claves del éxito de este tándem. Como decimos en la profesión, son unos «enfermos». Saben mucho, disfrutan hablando de ello y, siempre que los escuchas, te quedas con la sensación de que nunca tienen bastante. Siempre quieren más. Su capacidad para absorber nuevos conocimientos es ilimitada,

igual que su facilidad para comunicar qué quieren de cada uno. Han sabido contagiar el espíritu competitivo que guía a sus futbolistas y han logrado que los jugadores se los crean desde el primer día; esto es algo que no resulta nada fácil en el fútbol profesional. Además, no es casualidad que ambos hayan crecido en pueblos relativamente pequeños (Santpedor y Bellcaire d'Empordà). Allí empieza todo. En el pueblo adquirieron la base que, más adelante, les permitiría jugar en Primera División.

PEP GUARDIOLA: «Es verdad, todo empieza en el pueblo: en la plaza, en el patio de la escuela, con la pandilla o solo… Recuerdo que me pasaba el día chutando la pelota contra la pared. Siempre iba a todas partes con el balón en los pies…».

TITO VILANOVA: «Yo también lo hacía, chutaba la pelota contra la pared. Horas y horas, solo… Al comienzo únicamente lo hacía con la pierna derecha, pero mi padre me aconsejó que también lo hiciera con la izquierda y, ciertamente, después se lo agradecí. La técnica, la adquirí en aquella época, antes de irme a jugar a Figueres. Cuando llegué allí, ya tenía una base y entonces la perfeccioné».

PEP: «En la técnica futbolística hay una parte innata, pero el hecho de jugar al fútbol 5, 6 ó 7 horas al día cuando eres pequeño te ayuda mucho. Es evidente que, después, los entrenadores te van puliendo. En el Gimnàstic de Manresa tuve algunos muy buenos, que me dieron consejos que me ayudaron mucho: mirar siempre el balón, que no se levante más de un palmo… El problema de los chicos de ahora, de los que viven en una ciudad grande, es que sólo juegan al fútbol cuando vienen a entrenarse. Esto significa una hora y media como mucho, y basta».

Después de años dedicados a la formación de futbolistas, firmo de arriba a abajo las reflexiones de Pep y de Tito. Cuando hacemos pruebas a niños de 9 ó 10 años, observamos que hay una gran diferencia técnica según su origen. A esta edad, los chavales todavía no tienen que preocuparse por conceptos tácticos de sistema, pero sí es interesante que posean una base técnica aceptable y buena táctica individual para que el aprendizaje posterior sea más ágil. Y esto únicamente se logra si el niño ha jugado mucho con la pelota desde que aprendió a andar. El toque, el chute, la conducción, el control, el desmarque, la protección de la pelota…, todo se puede enseñar, pero un niño que domine de forma natural estos conceptos a los 10 años tiene mucho terreno ganado. Pues bien, normalmente, los chicos que provienen de pueblos más o menos pequeños y,

sobre todo, de países no occidentales, llegan al club con una base técnica superior al resto. El secreto es que se han pasado buena parte de su infancia con una pelota en los pies jugando en la calle. La técnica y la táctica individual se basan en el talento, pero se adquieren con la práctica.

PEP: «Si el Barça te llama, no hay nada que decir… Fui volando»
TITO: «Cuando te dedicas al fútbol profesional, ganas más que pierdes»

En la época de Tito y Pep prácticamente no había extranjeros en La Masía. A diferencia de lo que sucede ahora, en los años 80, la residencia azulgrana se nutría de gente de las comarcas y, como mucho, de algunos jugadores de distintos lugares del Estado español. Pep y Tito se conocieron en La Masía el año 1984. Uno venía de la comarca del Bages y el otro del Alt Empordà, en Girona. Enseguida conectaron y formaron una buena pandilla junto con Aureli Altimira, Jordi Roura (actualmente, ambos son miembros del cuerpo técnico del primer equipo), el «Bigotes» Sánchez Jara, Jaume Torres… Se autodenominaban la «Peña de los Glotones». Allí empezaron una relación apasionada con el fútbol que ha continuado tras su retirada.

TITO: «Yo era infantil, pero me entrenaba con el Juvenil del Figueres. Allí estaba de maravilla, tenía la panda de amigos de La Salle Figueres y, en principio, no quería fichar por el Barça. Pero insistieron mucho y finalmente accedí cuando la temporada ya había empezado, hacia el mes de noviembre…».

PEP: «Yo no era tan bueno como Tito, je, je…, y lo tuve clarísimo desde el primer momento. Mi padre se hizo un poco más el remolón y me dijo: "Tendremos que hablarlo…", pero no había nada que hablar. Si el Barça te llama…, no hay nada que decir. Me fui corriendo».

En aquella época disfrutaron del fútbol en estado puro. Se divertían y aprendían mucho. Era la época de Oriol Tort, la figura más influyente que ha existido nunca en el fútbol base del Barça. No tuve el placer de conocerlo personalmente, pero me han contado cómo trabajaba y muchas de sus vivencias. Desde aquí quisiera agradecerle la gran tarea realizada en el fútbol base del Barça, que, todavía hoy, sigue el camino que trazó en su día Oriol Tort. Personajes como él, o como el señor Bracons, presidente intemporal de la

DAMM, han hecho que la deportividad sea la bandera del fútbol de formación. Gracias a ellos, jugadores infantiles como el Pep o el Tito de los años 80 maduraron y aprendieron una filosofía futbolística que, años más tarde, han perfeccionado en el primer equipo. De algún modo, el Barça los separó cuando se hicieron mayores, pero los unió para siempre introduciendo en sus cabezas unas ideas futbolísticas que todavía persisten. Guardiola lo vivió desde dentro y Vilanova (igual que Altimira y muchos otros) desde fuera, pero la amistad continuó y sus caminos se volvieron a cruzar de nuevo en el Barça casi 20 años después. Primero en el filial y, desde 2008, en el primer equipo.

PEP: «Nos ha salido todo bien. Hemos podido vivir de esto y, para nosotros, no ha sido ningún sacrificio dedicar nuestra vida al fútbol. No creo que lo sea para nadie, jugar en la cantera del Barça. Si alguien lo piensa, mejor será que abandone…».

TITO: «Mucha gente se cree que si te dedicas profesionalmente al fútbol, te pierdes cosas de la vida, pero yo creo que es al revés. Cuando te dedicas al fútbol profesional, ganas más de lo que pierdes. En La Masía nos lo pasamos muy bien, nos pasábamos todo el día jugando al fútbol y no añorábamos a la familia, porque el fin de semana podíamos ir a verlos o venían a visitarnos…».

PEP: «O tienes pasión, o resulta imposible llegar»
TITO: «Me sigue divirtiendo jugar con el balón»

Pep y Tito fueron residentes modélicos. Vivían el fútbol las 24 horas del día y disfrutaban del momento, conscientes de que eran unos privilegiados que tenían la posibilidad de lograr un sueño: jugar en el Barça. En las etapas de alevín e infantil, dejando de lado algunas excepciones y algunos problemas de adaptación iniciales, esta motivación es habitual. El niño sólo quiere jugar al fútbol y La Masía te invita a hacerlo. El problema o las dudas llegan más tarde, cuando el niño deja la infancia para convertirse en adolescente. En este punto, tienes que empezar a escoger. Si puede ser de forma natural, mucho mejor.

PEP: «Todo era fútbol y lo vivíamos de una manera apasionada… Nos salía de dentro, no era ningún sacrificio. En aquella época estábamos rodeados de fútbol… Cualquier momento era bueno para coger el balón y dar unos toques, o para ir a ver cómo se

entrenaban los demás. A veces, en conferencias o charlas en las escuelas, pongo un ejemplo muy gráfico: cada día, cuando vayáis a dormir, preguntaos si os gusta el fútbol o no, cuestionaos si, en aquel momento, os levantaríais de la cama para ir a buscar la pelota y jugar un rato… En el fondo todo se resume en eso: ¿te gusta o no te gusta? Yo empecé a jugar al fútbol de pequeño, simplemente porque me gustaba, me lo pasaba bien. Y ahora me dedico a él porque me gusta. Nunca pensé que ganaría mucho dinero haciéndolo. Ahora me podría retirar, pero no lo hago porque disfruto con mi trabajo…».

TITO: «Siempre nos lo hemos pasado muy bien jugando al fútbol. Recuerdo que a los 18-19 años volvíamos de entrenar y hacíamos unos pequeños rondos en La Masía, en aquel pedazo de hierba que hay detrás… En realidad, a mí, con 40 años, el balón todavía me va… Yo ahora mismo me pondría a chutar la pelota contra la pared… Me sigue divirtiendo jugar con el balón».

PEP: «O tienes pasión, o es imposible llegar. En el fondo, termina siendo un trabajo y quizás un sacrificio, pero, o te gusta mucho y te sale del alma, o mejor dejarlo. Con niños de 11, 12 ó 13 años, esto no es ningún problema porque siempre quieren hacerlo bien y siempre son competitivos. Serán mejores o peores, o entenderán mejor o peor lo que les pide el entrenador, pero siempre estarán motivados. Los más pequeños llevan la competición en la sangre…».

TITO: «Es verdad. Los futbolistas profesionales no se enojan ni la mitad de lo que se pueden enojar unos niños de 10 años cuando pierden un partido en la plaza del pueblo. El hecho de ganarse la vida jugando al fútbol quizás hace que, en general, pierdan un punto de espíritu competitivo».

La pasión y la ilusión no tienen edad. Cuando disfrutas haciendo alguna cosa, te conviertes en la persona más feliz de la Tierra. No todo el mundo tiene la suerte de disfrutar de su trabajo, pero siempre reservamos un poco de tiempo para realizar aquellas actividades que realmente nos hacen felices. No existe nada más gratificante que ver a un niño disfrutando con su juego preferido. Provoca tristeza ver a alguien que ha perdido la ilusión por hacer las cosas. Como entrenador de fútbol base, veo a muchos adolescentes que la pierden, y está claro que, tarde o temprano, acaban abandonando el fútbol. Quien se ilusiona como un niño cada día, vive la vida más intensamente porque siempre tendrá un sueño por cumplir: ser mejor cada día en lo que le gusta hacer.

PEP: «Ganar no es incompatible con una buena formación»
TITO: «En el fútbol base del Barça siempre hay que ganar. Esta mentalidad ganadora se nota cuando los jóvenes del filial suben al primer equipo»

¿Cómo se consigue forjar una mentalidad ganadora en un futbolista joven? Es evidente: ganando. Un club como el Barça tiene la necesidad de introducir, desde la base, un espíritu competitivo que sirva para guiar a todos los equipos hacia la victoria. Tienen que acostumbrarse a ganar. Es muy radical, pero tenemos que extraer de esta sentencia cualquier componente de soberbia y prepotencia. Ganar siempre compitiendo al máximo nivel, donde la dificultad será máxima. De esta manera, marcas una línea de competitividad cuyo resultado sólo puede ser positivo. Si hiciésemos competir a muchachos de gran talento bajo una exigencia que les hiciera perder a menudo, pensarían que su esfuerzo nunca obtendrá recompensa. Es como si, en tu trabajo, el director te marca unos objetivos muy alejados de la realidad en cada promoción que realiza la empresa. Después de no alcanzar el objetivo unas cuantas veces, dejarás de competir al máximo. Lo mismo sucede con la mentalidad ganadora. Para lograr instalarla en la cabeza de los jóvenes futbolistas hay que encontrar el punto en el que la competitividad máxima te ayude a alcanzar el objetivo de ganar.

PEP: «Ganar no es incompatible con una buena formación. Al contrario, una buena manera de educar bien desde la base es obligarlos siempre a ganar haciendo bien las cosas. ¿Cuál es la mejor manera de hacerlo? Pues respetando al contrario, siendo consciente de que representas a un club, aceptando que hay una persona que manda, teniendo disciplina táctica, trabajando bien en los entrenamientos… En fin, ganar así tendría que ser prioritario».

TITO: «Y todavía más si te refieres al fútbol base del Barça. Si los padres apuntan al hijo en cualquier equipo para que haga deporte y no se quede en casa jugando con la PlayStation, pues bueno, la exigencia es otra; sin embargo, en un club como el Barça, siempre es importante ganar y hacerlo de una manera determinada».

PEP: «Es más discutible si tienes que hacer un cambio para perder tiempo y asegurar la victoria…, o si, por ejemplo, tienes que dar menos minutos a los menos buenos para

ganar 9-0 en lugar de 5-0… Hombre, no, eso no. Pero como esencia, todos los jugadores tienen que saber que aquí, en el Barça, sólo vale ganar, eso sí. Es parte de la formación».

TITO: «En el fútbol base del Barça siempre hay que ganar. Esta mentalidad ganadora se nota cuando los jóvenes del filial suben al primer equipo. El 90 % de los jugadores que vienen de la cantera funcionan porque ya son conscientes de que siempre hay que salir a ganar. Y jugar para ganar todos los partidos es lo más difícil del fútbol. Reconozco que, a mí, por mi carácter, me costaba mucho más jugar los partidos menos exigentes que los teóricos partidos importantes, en los que siempre estaba más o menos bien».

PEP: «Cuando levantas títulos sales en los periódicos, pero, en los malos momentos, el apoyo te lo proporciona la pareja y la familia»
TITO: «Mis padres me decían: "¿Qué te piensas? Lo único que haces bien es chutar el balón"»

Pep vivió momentos buenos y malos en el Barça, hasta que decidió marcharse a Italia en el año 2001. Tito no tuvo la suerte de consolidarse en el primer equipo, pero jugando en el Celta, el Figueres o la Gramanet adquirió una experiencia que ahora pone en práctica desde el banquillo. En cualquier caso, ambos han probado (y prueban hoy en día) los *pros* y los *contras* de la repercusión mediática que rodea el fútbol profesional. Fama, dinero, prensa, popularidad…, en este mundo desbocado, donde la vida pasa como un suspiro, los futbolistas necesitan un apoyo que los ayude a disfrutar del tiempo presente. Esta tarea, normalmente, la llevan a cabo la familia y los amigos. Ellos son nuestro cielo en la Tierra. Siempre están, en los momentos buenos y en los malos. Los aduladores, en cambio, van y vienen según nuestros éxitos.

PEP: «La familia de cada uno, la que formas cuando eres adulto, es el eje vertebrador de la vida de un deportista. Yo no podría ser entrenador sin el apoyo de mi compañera. No podría rendir sin que en mi casa estuviera todo controlado. Cuando levantas títulos, sales en los periódicos, pero, en los malos momentos, el apoyo te lo dan la pareja y la familia».

TITO: «La estabilidad familiar es muy importante. Un futbolista que tenga problemas de pareja no rendirá igual. Cuando mejor estés emocionalmente, más rendirás. También

es importante pensar que tienes un trabajo como cualquier otro, pero con la suerte de que te pagan mucho mejor que al resto. Este pensamiento está muy vinculado a la educación que recibes. Cuando, de pequeño, cogía una rabieta, mis padres siempre me decían: "¿Qué te piensas? No eres nada, la única cosa que haces bien es chutar una pelota…". Es un mensaje que se me ha quedado grabado».

«Lo único que haces bien es chutar una pelota». Esta frase tendría que estar enmarcada y colgada en la puerta de los vestuarios de todos los equipos de fútbol base del mundo. Yo añadiría: «Si das valor a lo que haces, aprenderás que lo que hace el otro tiene igual o más valor que lo que haces tú. Sé humilde y da siempre las gracias». Este tipo de consejos son los que siempre tendrían que dar los padres a los hijos que juegan al fútbol. La misión de los padres es destacar valores como la humildad y el sacrificio, al tiempo que prestigian el trabajo del entrenador, para hacerle ver al hijo que la palabra del técnico marca el camino correcto. Tito Vilanova protagoniza un caso particular bastante interesante, ya que su hijo Adrià juega en el fútbol base del Barça. Es evidente que Tito tiene suficientes conocimientos para guiar la carrera de su hijo, pero, como buen conocedor del fútbol de formación, dosifica mucho sus indicaciones.

TITO: «En este aspecto tengo un dilema y no sé qué hacer, si orientarlo o no… Mi padre, que no era ningún apasionado del fútbol, nunca me dio ningún consejo. En realidad, cuando tenía 13 años, me dijo: "Tú, de fútbol, ya sabes más que yo; por tanto, no es necesario que te diga nada…". Y, naturalmente, ahora dudo si es mejor que dé consejos a mi hijo o que no… Claro que yo me dedico a esto y creo que puedo ayudarlo, pero al mismo tiempo pienso que a mí me ha ido bien sin que mi padre me dijera nada. De momento, lo que intento es hacerle entender el fútbol, pero sin ningún tipo de presión o exigencia…».

Esta es la clave. Consejos, sí; presiones, no. El resto, dejémoslo en manos del entrenador, que, en teoría, es el profesional cualificado para guiar la educación futbolística de los jóvenes. Los técnicos nos preparamos para formar a los demás.

Yo me dedico a esto desde los 16 años. Empecé a entrenar en el colegio Turó de Constantí (Tarragona), adonde iba desde los 4 años. Jugaba en el equipo infantil de la escuela y el profesor de educación física detectó que tenía cierto liderazgo sobre el

equipo de fútbol y me propuso entrenar un equipo de chavales sólo 3 años más jóvenes que yo. Acepté el reto sin pensármelo. Desde aquel momento hasta ahora, ya son 25 años al pie del cañón. Al principio, tuve la suerte de conseguir resultados que nunca había conseguido en la escuela, pero la verdad es que me sentía más orgulloso de que jamás ningún niño había querido marcharse del grupo por no sentirse a gusto. Este fue mi éxito, y el que he tratado de mantener siempre. Del fútbol escolar pasé al fútbol federado cuando fiché por el equipo de mi pueblo, el Infantil del F. C. Cambrils. La primera y única vez, por ahora, que los resultados no me han acompañado. Descendimos de categoría, pero ningún niño me pidió la baja. Durante aquella temporada aprendí mucho. Más tarde, estudié Empresariales en Barcelona, aunque hubiera querido hacer INEF, pero en aquella época era muy duro acceder a la carrera, y me quedé en las puertas. Aquella experiencia me sirvió para autoimponerme dos retos: primero, llegar a ser entrenador del fútbol base del Barça algún día y, segundo, puesto que «fallé» en la prueba de resistencia, me prometí que algún día correría la maratón. He logrado ambas metas. Corrí la maratón de Barcelona el año 1994 y trabajo en el Barça desde 2003. Llegué gracias a Rodolf (*Rodo*) Borrell, uno de los mejores técnicos que ha tenido el fútbol base del Barça. Yo estaba trabajando en el Reus Esportiu y Rodo me propuso hacer tareas de observador en Tarragona. Después fui el ayudante de Sergi Domènech en el Alevín B (le agradezco esta oportunidad) y, gracias a la confianza de personas como Quique Costas, puedo decir, orgulloso, que he cumplido mi sueño de ser técnico del fútbol base del Barça. He entrenado el Alevín B y, actualmente, dirijo el Infantil B. Tengo la sensación de haber nacido para ser entrenador. Quizás esto nos pasa a todos los técnicos del mundo…

PEP: «Cuando trabajas de entrenador ves el vestuario de un modo distinto que cuando eres jugador. Percibes mejor las dificultades que puede tener un técnico para mantener el equilibrio. Cada futbolista tiene su "ego", sus intereses, sus problemas y todos los miembros del vestuario tenemos que convivir con eso. Como entrenador, tienes que buscar un punto de encuentro para que todos respeten a todos».

TITO: «En un vestuario se encuentran un montón de personas de distintos caracteres, culturas y orígenes. La tarea de los técnicos es intentar que se respeten y que sus relaciones personales nunca afecten de manera negativa a su rendimiento. No hace falta que sean amigos, basta que se respeten como profesionales. Tiene que haber unos

mínimos de buena conducta dentro del vestuario, pero cada jugador necesita un trato distinto. No tenemos que olvidar que son personas y, como tales, todos son distintos».

Muchas veces se ha comparado el trabajo de un entrenador de fútbol con el de un director de orquesta. Es cierto. Es necesario que los músicos de la orquesta toquen su instrumento en el momento preciso para que la suma de sonidos distintos se convierta en una sinfonía. Ahora bien, el principal reto que tiene que asumir un entrenador es la dirección humana de un grupo de personas. Una tarea siempre complicada, tanto si se gana como si se pierde.

PEP: «El secreto está en los detalles y en observar mucho»

El objetivo del técnico consiste en colectivizar la individualidad, teniendo en cuenta la esencia y la idiosincrasia de cada uno de los jugadores. Cada futbolista necesita un trato distinto. Hay quien se despierta cuando recibe un empujón en público frente a los compañeros, y hay quien sólo tolera las rectificaciones en privado. Lo que el entrenador nunca tiene que perder de vista es que la ambición del grupo tiene que superar la individualidad. El jugador es egoísta, pero el técnico también lo es. La diferencia es que el egoísmo del entrenador va en beneficio del resultado del colectivo.

PEP: «No sé en qué somos buenos como entrenadores. No hemos inventado ni revolucionado nada. Los conceptos tácticos que aplicamos los hemos mamado aquí, nos los han enseñado. El secreto está en los detalles y en observar mucho. Tienes que prestar mucha atención, constantemente, a lo que sucede cada día, más que en el partido del fin de semana, donde todo ya está muy mecanizado. Durante la semana, estamos muy pendientes de cualquier detalle, del estado de ánimo de uno, de la cara del otro, de miles de cosas casi indescifrables que pueden marcar la diferencia. La observación es la clave».

La confianza, la seguridad, la sinceridad y la transmisión también son pilares fundamentales para un buen entrenador. Los jugadores tienen que creerse el mensaje del técnico, las palabras tienen que transformarse en hechos y todo tiene que basarse en el sentido común y en unos conocimientos. El jugador tiene que creer en el entrenador, y

este nunca puede engañarlo. Siempre tiene que hablar con el futbolista, sin miedo, con sinceridad, y comunicarle lo que piensa. Sin engaños. Con la primera mentira, perderá al jugador para siempre. El técnico decide, se puede equivocar o no, pero siempre tiene que ir mostrando la cara, para ganarse la confianza del grupo.

PEP: «Tenemos que transmitir confianza y seguridad con nuestras decisiones»
TITO: «Cuando el viento sopla a favor, es cuando tienes más fuerza para hacer cambios»

Como dice Pep, «la observación es la clave», porque, al final, la suma de pequeños detalles dan el resultado. Dejar escapar el detallito más mínimo puede conducirte a un resultado nefasto. Por este motivo, este trabajo es tan vocacional. No hay horarios, la cabeza del entrenador tiene que pensar casi las 24 horas del día en lo que ha visto durante el entrenamiento o en el partido. Observación, análisis y psicología. Virtudes que reúne el tándem Guardiola-Vilanova.

PEP: «El buen entrenador suma. Nuestra función consiste en ayudar a los jugadores, darles un buen espaldarazo, aunque al final quienes marcan los goles por la escuadra son ellos. Sólo necesitan unas palabras que les marquen el camino. Yo, por lo menos, lo pedía como jugador. Por muy profesionales que sean, ellos también tienen miedo a perder, y buscan una figura que les dé la clave, que les diga: "¡Oye! Ve por aquí…". Esto es lo que tenemos que hacer los entrenadores. Tenemos que transmitir confianza y seguridad en nuestras decisiones».

TITO: «Es más difícil gestionar un grupo desde el éxito que desde el fracaso. Las decisiones importantes tienen que tomarse cuando ganas, aunque sean complicadas de entender desde fuera. Cuando el viento sopla a favor, es cuando tienes más fuerza para hacer cambios. Cuando hay un fracaso, todos estamos alerta, y se entiende que tomes decisiones. No estoy de acuerdo con aquello de "Si va bien, no es necesario tocar nada…". Entiendo el éxito como el hecho de conseguir lo que querías hacer, resultado al margen. Si has hecho lo que te habías marcado, puedes tener la conciencia muy tranquila. Al fin y al cabo, la línea que separa un éxito de un fracaso, una victoria de una derrota, es muy delgada».

¿Jugamos así, o de otro modo? ¿Juega este o el otro? El «10», ¿por la izquierda o por la derecha? ¿Hacemos este ejercicio con balón o sin él? ¿Fichamos al defensa A o al B? Decisiones, respuestas…, es la tarea del entrenador. Decisiones en caliente, decisiones meditadas, decisiones en un entrenamiento, decisiones en un partido, decisiones en un despacho… Decidir es lo que hacen constantemente los técnicos. Y, naturalmente, quien decide se equivoca. Para esto les pagan, para asumir la responsabilidad de sus decisiones. Por norma, en nuestro país hacemos cambios cuando las cosas van mal, pero no tendría que ser así. Si no cambias cuando las cosas van bien, seguro que llegarán malos momentos. Las buenas decisiones se toman con previsión y con la serenidad y la fuerza que te dan los resultados positivos.

TITO: «Es muy importante que los jugadores vean que no dudas en ningún momento, aunque lo que les estés diciendo no tenga demasiado sentido. Tienes que transmitirlo todo con mucha seguridad».

PEP: «Los jugadores te ponen a prueba cada día; por este motivo es muy importante que estés convencido de lo que quieres y de cómo tienes que transmitirlo. Ellos tienen claro que existen muchos factores de azar en el juego que son incontrolables, pero quieren sentir al entrenador convencido y argumentando las decisiones que ha tomado. Quizás te equivoques, como dice Tito, pero si tú lo dices convencido, ellos lo recibirán así. Por ejemplo, el día que jugamos contra el Espanyol en casa (1-2), me equivoqué en la media parte. Un par de semanas después, lo comenté con ellos. Saben que no somos perfectos, pero sí humildes y sinceros».

Si el director del grupo defiende exteriormente el colectivo y lo cuida de puertas adentro, al final se verá recompensado con la fidelidad y el sacrificio. Como siempre dice Rodo Borrell, hay que crear deudas personales con el jugador. Él tiene que sentirse en deuda con el entrenador y, tarde o temprano, lo compensará.

Muchos entrenadores creen que no tiene que haber diálogo entre ellos y los jugadores. Piensan que tiene que existir una línea muy marcada que respete la jerarquía. Yo mando, tú obedeces. Desde mi punto de vista, es un error. Tienes que ganarte el respeto día a día con tus palabras y tus actos. Tienes que enfrentarte cara a cara con el jugador, si es necesario, con sinceridad y sin mentiras. Otros técnicos creen que tienen que ser casi como uno más del equipo. Otro error. No puedes abrazar cada día a todos los jugadores.

Tienes que aplicar el sentido común a tus actos, tratarlos con humanidad, pero con firmeza. Los padres echan broncas a sus hijos aunque los quieran mucho, ¿no? Pues eso también sirve para los entrenadores. Queremos lo mejor de los jugadores y, por este motivo, hay que tratarlos con una mezcla de mano izquierda y mano derecha. Afecto y disciplina.

PEP: «No tenemos que olvidar que tratamos con personas. Hay que intentar mantener una buena relación con todos, porque tenemos que convivir juntos durante 10 u 11 meses en un vestuario. Yo no podría trabajar de otro modo. Ya sé que quien no juega se cabreará conmigo, pero es normal».

TITO: «Además, hay que contar con el hecho de que no todo el mundo es igual. Hay unas normas básicas que todo el mundo debe cumplir, pero el entrenador tiene que saber ver las diferencias entre uno y otro, saber a quién puedes gritarle más o menos… Igual que ellos tienen que entender que nosotros también podemos tener un mal día… Nadie puede poner buena cara 300 días al año».

En un club como el Barça, donde el nivel de exigencia es tan elevado, el cuerpo técnico está obligado a controlar muchas variables que pueden afectar al juego del equipo. Es imprescindible que el entrenador se rodee de un grupo de trabajo cualificado y de total confianza. El técnico tiene que delegar porque la presión y la acumulación de partidos permiten pocos momentos de tregua. Por suerte, el amplio cuerpo técnico que acompaña a Guardiola y Vilanova es de una calidad humana y profesional indiscutible.

PEP: «Cuando entrenábamos el Barça Atlètic era distinto. Era otro ritmo. Con el primer equipo hay semanas que te quedas sin energía, son muchos partidos a lo largo de una temporada y hay menos tiempo de descanso y recuperación. En algunos entrenamientos yo sólo observo porque no tengo fuerza o tiempo suficientes para dirigirlos; lo hacen Tito, Aureli o Loren Buenaventura. Siento que trabajo más en el despacho que en el campo».

TITO: «Eso sí, es bueno que el jugador perciba la energía del entrenador en los momentos necesarios. Si está dando indicaciones continuamente, quizás el mensaje pierda un poco de fuerza, pero la presencia del técnico es importante porque el jugador

lo percibe. Como en todos los trabajos, todo el mundo sabe quién manda y, para un jugador, la voz del entrenador tiene mucho poder».

PEP y TITO: «Nuestro sueño es mantener la ilusión y la pasión por el fútbol»

La ilusión es la energía de la vocación. Te proporciona el empuje necesario para superar los momentos duros, que siempre aparecen. Todos los entrenadores del mundo trabajan por vocación, desde los que no ganan ni un euro hasta los mejor pagados. Ahora bien, el dinero ni da más dinero ni más empuje, sólo te proporciona estabilidad para trabajar con tranquilidad. Muchos barcelonistas se preguntan cuánto tiempo aguantarán Pep Guardiola y Tito Vilanova este intenso ritmo de vida. Su dedicación total comporta un desgaste físico y psíquico difícilmente sostenible durante demasiados años. Entre los calendarios saturados y la pasión que le ponen, les queda muy poco tiempo para otras cosas: familia, amigos, descanso… ¿Qué sueño los mueve, a Pep y a Tito?

TITO: «Mi sueño es mantener la misma ilusión y la misma pasión que he tenido desde niño por este deporte. Que me siga gustando el fútbol, que quiera ver partidos, que me lo pase bien chutando el balón… En realidad, mi hijo Adrià, cuando voy a la Ciudad Deportiva, siempre me dice: "Tú no vas a trabajar, tú haces lo que te gusta". Tiene mucha razón».

PEP: «Estoy de acuerdo con Tito. Conservar esta pasión que tengo por lo que hago. El día que deje de sentirla, me iré. Ahora tengo ganas de echar la bronca a un jugador e, inmediatamente, abrazarlo. Si pierdes eso, malo… Cuando deje de corregir a un jugador en un entrenamiento significará que he perdido la ilusión. Cuando deje de ilusionarme, me iré. Ya me sucedió cuando era jugador».

Pues, por el bien del fútbol, que nunca pierdan la ilusión.

Luis Enrique Martínez (Gijón, 1970)

Este asturiano es transparente. Todo sinceridad y humanidad. Es un hombre de fuertes convicciones y de mucha personalidad, como demostró durante su carrera como futbolista. Nunca te deja indiferente, tiene pasión por la vida. Esto lo transmite palabra tras palabra. Tiene una fuerza mental que le ha permitido alcanzar grandes metas en el mundo del fútbol y, una vez retirado, en deportes de resistencia de gran exigencia. Tiene las ideas muy claras y sabe que todo transcurre por el camino del sacrificio y la lucha. Su espíritu queda reflejado en las líneas siguientes.

«Cuando era alevín del Sporting no jugaba porque era pequeño y muy delgado»

Luis Enrique empezó jugando al fútbol sala, un deporte muy popular en Asturias. Se inició en el equipo de la escuela Elisburu y después coincidió, en edad benjamín (7-8 años), con su amigo «Pitu» Abelardo, en Xeitosa, otra escuela de Gijón. Formaron un equipo tan competitivo que el Sporting los fichó a ambos para jugar al fútbol campo.

«El fútbol sala me ayudó mucho porque yo siempre he sido muy delgado y, de chico, también era muy pequeño. El hecho de que las distancias fuesen más cortas me favorecía mucho. Noté enormemente el cambio al fútbol campo, pasé de ser titular indiscutible en fútbol sala a no jugar casi nunca con el Sporting. Le ponía muchas ganas y mucha ilusión, iba a todos los entrenamientos, incluso a los voluntarios, pero no tenía fuerza para desplazar el balón y, naturalmente, no me hacían jugar».

Esto que explica Luis Enrique es un hecho bastante habitual. Hay unas edades en las que el desarrollo físico es un factor desequilibrante. Desde el segundo año de alevín hasta llegar al Juvenil, se producen muchos cambios anatómicos y biológicos que condicionan el rendimiento de los jugadores. En esta etapa, cuando los niños empiezan a jugar al fútbol 11, los espacios en el terreno de juego son mayores, mientras que el cuerpo del niño crece según su propio reloj biológico. Unos lo hacen antes; otros, después. Este desequilibrio significa que quienes crecen antes pueden destacar sobre los demás. Son más rápidos al hacer *dribbling*, tienen más fuerza al chutar, siempre llegan antes… El

talento queda enmascarado. Esto es un problema para las personas que se dedican a la captación de jóvenes promesas y para todos aquellos que sólo ven el presente sin mirar más allá. Esto es, más o menos, lo que le sucedió a Luis Enrique cuando el Sporting lo fichó, aunque unos años más tarde regresó para triunfar. Si unos jugadores se desarrollan antes y tienen un cuerpo que parece de una categoría superior, tienen que progresar a partir de su biotipo. Los más pequeños tienen que seguir compitiendo en su categoría sin padecer ninguna presión añadida. Esto nos permitirá ver el nivel real de cada uno y podremos evaluar el potencial del jugador de forma correcta. Por ejemplo, está demostrado científicamente que hay determinadas razas que habitan en lugares calurosos, cercanos al ecuador del planeta, que se desarrollan hormonalmente antes que el resto. Esto, sumado al hecho de que sus características raciales son genéticamente más aptas para el deporte, hace que destaquen mucho en categorías de formación, en relación con los jugadores de nuestro entorno más cercano. Al margen de esto, una curiosidad: si observáis con atención las plantillas de equipos competitivos de fútbol base, os daréis cuenta de que la mayoría de los niños han nacido durante los primeros seis meses del año natural. Me pregunto si los nacidos durante el segundo semestre no son aptos para el fútbol…

«A los dos años de estar en el Sporting casi sin jugar, quise marcharme a otro equipo para tener minutos, pero no me dejaron porque querían mantener el grupo. En cambio, seis meses después nos echaron a Abelardo y a mí, porque no teníamos físico… Curioso, ¿no? A Abelardo y a mí, que hemos sido los asturianos que más veces hemos jugado con la selección española… Nosotros nos desarrollamos físicamente más tarde y nos pasaban por delante chavales que eran mayores y más fuertes, que casi eran hombres… Y esto me lleva a pensar… ¿A qué jugaban, allá? ¿A formar futbolistas o a ganar partidos?»

Entre otras cosas, Luis Enrique tenía talento. Cuando creció, ya en el último año de juvenil, regresó al Sporting, donde terminó debutando en primera a los 19 años. En realidad, cuando lo repescaron tras jugar cuatro temporadas en La Braña, club por el que Luis Enrique siente gran estima, muchos equipos españoles se lo rifaban. Incluso hizo una prueba para entrar en el Juvenil del Barça, pero los nervios lo traicionaron después de vivir una semana en La Masía. Tarde, pero entonces todo el mundo se dio cuenta del potencial de Luis Enrique. El talento se adquiere de pequeño. No se pierde, pero no se

puede decir que sea innato; se perfecciona y se consolida con el tiempo. Después, la tarea del técnico consiste en colectivizar esta virtud.

«El chaval que tiene talento a los 8, 10 ó 12 años, lo tendrá toda la vida. La tarea del entrenador consiste en hacerle ver que tiene que poner este talento a disposición del equipo, y que, trabajando en grupo, los resultados serán mejores».

«Formar también significa dejar al mejor del equipo en el banquillo o en las gradas en algunos partidos»

Sin plantearle abiertamente la cuestión, Luis Enrique entra de lleno en el debate recurrente que motiva este libro. ¿Qué tiene que ser prioritario en el fútbol de formación? La sinceridad de la persona se ajusta a la imagen pública del personaje. El actual entrenador del Barça Atlètic siempre ha demostrado un carácter ganador en todas las tareas que se ha propuesto hacer en su vida.

«Yo no quiero entrenar a niños porque tengo muy claro que lo más importante, en edad alevín, infantil o cadete, es la formación y no el resultado. He escogido empezar a entrenar un equipo con el Barça Atlètic porque me gusta dirigir jugadores que quieran formarse, pero, sobre todo, que quieran ganar. El premio es la victoria; en cambio, para un infantil o un cadete, ganar nunca puede ser el premio».

«Aunque no me hacían jugar, nunca me perdí ningún entrenamiento»

El niño tiene que competir para formarse y hacer de la constancia su gran virtud. Esta es la respuesta que soluciona el dilema. Esta mentalidad ayuda a consolidar el talento de los chavales y, si lo tienen, tarde o temprano marcarán diferencias. Si la ilusión de un niño es jugar al fútbol, tiene que persistir para alcanzar su sueño aunque vea que los compañeros son mayores y más fuertes que él. Luis Enrique lo hizo: «A pesar de que no me hacían jugar, nunca me perdí ningún entrenamiento». ¿Cuántos jugadores se han perdido por el camino, cansados de no tener minutos por culpa de sus limitaciones físicas? ¿Cuántos padres ven estas limitaciones y, aun así, también quieren que su hijo juegue en un equipo tan competitivo que perjudica la autoestima del niño? Volvamos a

la palabra clave: equilibrio. El fútbol es un deporte y se requieren unas cualidades físicas básicas para su práctica: velocidad, fuerza, resistencia… Al mismo tiempo, es importante no menospreciar la fruta del árbol cuando todavía está verde. Dejemos que madure y sigamos regando el árbol; al final, si la fruta es buena, ya caerá por sí misma. Si el niño tiene ilusión, tiene que continuar jugando sea como sea. Jugar es el agua que necesita el árbol. A Luis Enrique, el equipo La Braña le proporcionó el agua. Curiosamente, años más tarde, cuando jugaba de lateral derecho con el Real Madrid, coincidió con el entrenador que no le hacía jugar cuando estaba en el Sporting y le dijo: «No te acuerdas, Luis, yo te hacía jugar también de lateral…». Luis Enrique, descarado, le respondió: «Sí, me acuerdo que contigo no jugaba nada».

«Para aprender a competir hay que conocer la derrota, y vuelvo a ponerte el mismo ejemplo personal. Cuando me echaron del Sporting, ya se veía que los dos muchachos que jugaban de delantero centro no tendrían futuro como futbolistas. Eran muy mayores y hacían muchos goles, pero carecían de proyección. Ellos jugaban y yo, que era menudo y habría marcado menos goles, no. Obviamente, para mi formación, me hubiera ido mucho mejor jugar, aunque el equipo hubiese perdido algún partido. Aprendí muchas cosas en Mareo, pero no a competir. No quiero hacer ningún reproche a nadie, pero los entrenadores tendrían que potenciar a los chavales que tienen más posibilidades, aunque les ofrezcan un rendimiento inmediato inferior a otros. Y conste que eso es la teoría; también entiendo que los entrenadores de fútbol base tienen su orgullo y quieren ganar los partidos. Tiene que existir un equilibrio, pero formar también significa dejar al mejor del equipo en el banquillo o en las gradas, en algunos partidos. Esto reforzará la humildad del jugador».

¿Qué significado tiene dejar al mejor del equipo en el banquillo? Entendiendo que el aspecto psicológico de un jugador es la parte sobre la que el entrenador puede influir más, hay que ir introduciendo dosis antagónicas en el aspecto psicológico que sobresale en cada momento. A más soberbia, más humildad. A más inseguridad, más confianza. Si marcas tres goles, pues al banquillo. Si fallas un penalti, vuelves a lanzar el siguiente. La naturaleza nos ha ofrecido el regalo de la evolución mediante el aprendizaje. Mejoramos gracias a los errores cometidos y es importante incidir en este aspecto durante las etapas de formación. Es básico por el bien del niño y del conjunto de la sociedad futura.

«Si los padres se convierten en los principales "fans" de su hijo, están perjudicando la formación del niño»

Hay muchos padres que no entienden que sus hijos no pueden jugar tanto como quisieran porque tienen una visión muy egoísta del deporte. Quieren que su hijo juegue siempre y quieren que juegue donde ellos desearían que jugase. Me referiré especialmente al papel de los padres en el capítulo dedicado a ellos, pero vale la pena escuchar la reflexión sobre esta cuestión de Luis Enrique, ex jugador, entrenador y padre de familia.

«He tenido compañeros que no han llegado a ser futbolistas profesionales, pero que eran mucho mejores que yo hasta la etapa de juvenil. Hay edades muy críticas en el proceso de formación de un muchacho que desea jugar al fútbol, y tienes que tener las cosas muy claras. Es muy importante la educación que recibes en casa de tus padres. Esto lo comprobamos nosotros mismos aquí, en el fútbol base. Cuando tienes un chaval serio y maduro, normalmente sus padres son muy educados, muy correctos, se nota que le han transmitido unos valores importantes al muchacho. No lo presionan y no le ríen las gracias si marca tres goles en un partido. Tuve la suerte de que mi padre era de estos. Cuando no jugaba nada, siempre me animaba a continuar luchando y me decía que era muy bueno aunque no tocara el balón. En cambio, cuando empecé a despuntar en el Juvenil del Sporting, cuando era de los mejores del equipo, él nunca me lo decía; continuaba diciéndome que luchase… Por desgracia, no todos son así. Muchos padres ven a su hijo futbolista como si fuera el presidente del Gobierno, como si fuese su gran esperanza para hacerse ricos. Mal. Es un error que ya tengan representante a los 14 años. Tienen que dejar que los niños quemen etapas. Si son buenos, ya llegarán. Los padres tienen que confiar en los entrenadores, no pueden estar diciéndole al hijo cómo tiene que jugar. Si los padres se convierten en los principales "fans" de su hijo, están perjudicando la formación del niño. Es una presión añadida para el chaval. Si tiene que ser futbolista, lo será igualmente».

Muy interesante y aleccionador lo que comenta Luis Enrique. Su caso personal es paradigmático y tendría que servir de ejemplo para muchas familias y muchos chavales que sueñan con ser futbolistas. El entorno es primordial, pero también hay unas variables

personales que hay que controlar, como, por ejemplo, marcarse objetivos razonables que puedas alcanzar.

«A mí me ayudó mucho no creérmelo nunca; no me planteé ningún objetivo. Jugaba al fútbol porque me divertía, me gustaba marcar goles y siempre quería ser el "pichichi" del equipo. Esta era mi ilusión; no pensaba más allá. Cuando era juvenil en La Braña, el entrenador Ismael Fernández, actualmente íntimo amigo mío, me dijo: "Luis, tú jugarás al fútbol, llegarás lejos". Yo pensé que se refería a un equipo de Tercera, al Caudal o algo así, pero me dijo: "No, Tercera, no. Llegarás a Primera". No creo que sea bueno para los chavales plantearse objetivos a largo plazo; es mejor pensar en metas personales y colectivas, temporada tras temporada. Objetivos más reales».

En la vida siempre tienes que perseguir un sueño, pero, cuidado, porque a veces el árbol no te deja ver el bosque. Que este sueño no oculte pequeños retos que hay que superar para alcanzarlo. Hay que avanzar paso a paso, «quemando etapas», como dice Luis Enrique. Se puede disfrutar del gran objetivo en la intimidad, pero el día a día te lo marcan los pequeños objetivos. El camino es más importante que el final. Hay que vivir el presente mirando hacia el futuro.

«Tenemos que tratar de alargar al máximo la infancia de los niños»

No resulta nada fácil disfrutar el presente, pues el mundo actual avanza a una velocidad exagerada. He conocido a mucha gente de muchas partes del mundo, gente madura y anciana de países subdesarrollados que mantienen una alegría ingenua e infantil durante toda la vida. Ojalá algún día podamos dejar de vivir como si la vida fuese una autopista y lo hagamos como si fuese un camino de montaña, donde en cada curva hay un paisaje para admirar. La vida nos duraría mucho más. Para lograrlo, tendríamos que hacer caso de los consejos de Luis Enrique.

«Los padres tenemos que intentar alargar al máximo la infancia de los niños y no cargarles de presión antes de hora. En el caso de los niños que juegan al fútbol, lo mejor es hablar poco de ello en las reuniones familiares. El día que el chaval marca tres goles, el padre le tendría que quitar trascendencia al asunto, o bien hablar más del equipo que

de él. El niño y su fútbol no tienen que ser el centro de la familia; si acaso, este lugar tendrían que ocuparlo los estudios. En el momento en que el fútbol se convierta en una obsesión para los padres o los hermanos, terminará siendo un dolor de cabeza para el niño, perderá la ilusión porque se tomará cada partido como un examen. Tenemos que quitarle presión al chaval que juega al fútbol. En mi casa, hablábamos muy poco de mis partidos. Tenemos que dejar que los niños sean niños. La formación humana tiene que estar por encima de la deportiva. Yo puedo dar fe de que la familia siempre es importantísima por la estabilidad que te proporciona. Cuando eres futbolista profesional, el elogio es tan gratuito que puedes tener tendencia a desenfocar todo lo que te rodea. La familia es el punto de unión con la realidad. Aunque seas el mejor jugador del mundo, en casa eres el hijo de tu padre y de tu madre, y nunca pasarás por encima de ellos ni de tus hermanos».

La fama puede provocar un distanciamiento de la realidad. Todas las personas con cierto éxito social requieren un contrapeso que les haga tocar de pies en el suelo. Normalmente, esta tarea la lleva a cabo el entorno más próximo, quienes han visto crecer a la persona en cuestión, quienes la ven como siempre ha sido. Perder este entorno o no poder estar cerca de él, puede convertir a la persona de éxito en una figura solitaria, infeliz y mal asesorada. Por desgracia, conocemos muchos casos así en el mundo del deporte y de las artes.

«Mi sueño es educar a mis hijos de la mejor manera posible, como me formaron a mí»

Cuando Luis Enrique se retiró, en el año 2004, se centró en las pruebas de ultrarresistencia. Maratones, triatlones y pruebas por el estilo que le exigían muchísimo desde el punto de vista físico, y que le han ayudado mucho a adquirir una gran fuerza mental. Todavía está en forma, aunque desde verano de 2008, en su cabeza sólo hay espacio para su profesión y, naturalmente, para su familia.

«En el aspecto deportivo, me gusta mucho ser entrenador; más de lo que esperaba. Acabo de empezar y no me he planteado ser técnico de un equipo de Primera porque es una vida muy dura. Tienes que cambiar mucho de ciudad, la familia tiene que viajar

contigo y este sacrificio aún no tengo muy claro si lo haré o no. Tampoco se me ha presentado todavía la oportunidad y, en este momento, soy muy feliz entrenando al Barça Atlètic. En el ámbito personal, mi sueño es educar a mis hijos de la mejor manera posible, como me formaron a mí. Quiero que sean personas por encima de todo, y que sean felices».

José Ramón Alexanco (Barakaldo, 1956)

Tras escuchar las reflexiones de tres jóvenes entrenadores de la casa, busqué el contrapunto con el hombre que, como capitán, levantó la primera Copa de Europa del Barça, la de Wembley 1992. Defensa respetado, internacional, jugó 13 temporadas en el club y tuvo un peso específico muy importante dentro del vestuario del Barça hasta que se retiró. Ha sido entrenador de varios equipos y, desde 2005, es el director del fútbol base azulgrana. Es una persona de fuertes convicciones, mucha personalidad y que garantiza fidelidad a su entorno más cercano. Como buen vasco, bajo la apariencia seria esconde un espíritu alegre y preocupado siempre por el buen desarrollo de los jóvenes jugadores de la cantera del Barça.

«De pequeño, siempre tenía la referencia del Athletic»

Durante su etapa formativa, Alexanko, como la mayoría de los jóvenes vascos, soñaba con jugar algún día con el Athletic Club de Bilbao. Es normal, casi todos los niños del mundo anhelan jugar en el club de referencia en su entorno más próximo. Esta ilusión, que nunca tendría que desaparecer, mueve montañas y ayuda a alcanzar las metas planteadas. ¿Quién no ha coleccionado los cromos de sus ídolos? Es una afición que se mantiene con el tiempo. A veces pensamos que la juventud actual carece de sueños e ideales, pero no es exactamente así. Los tienen, como los tuve yo y como los han tenido todas las generaciones. Quizás por culpa de los mayores, no saben encontrar con nitidez aquello por lo que tienen que luchar. Quizás les hemos metido demasiadas cosas en la cabeza y los hemos confundido. Quizás hemos conseguido, sin querer, que se distraigan en exceso. Se ha perdido aquella naturalidad que Alexanko vivió cuando era joven. Entonces era más fácil dibujar un sueño y dar valor a las cosas sencillas.

«Mis padres cambiaron de lugar de residencia, y fue entonces cuando empecé a jugar al fútbol. Fuimos a Llodio (Álava) y me inscribieron en un equipo que se llama Villosa. Debuté en categoría Infantil, estuve dos o tres años, y me pasaron directamente al equipo de Tercera División cuando era Juvenil. No jugué nunca en esta categoría, hice el salto al primer equipo del Villosa y, de allá, me fichó el filial del Athletic Club de Bilbao. La

pasión por el fútbol empezó cuando debuté con el Villosa. Antes, había jugado en la escuela, pero no me llamaba demasiado la atención. De pequeño, siempre tenía la referencia del Athletic y lo seguía, pero también seguía otros equipos. Jugaba al fútbol y también a la pelota vasca, pero simplemente porque me lo pasaba bien. Jugábamos en la escuela y también en la plaza del pueblo. Era más o menos rectangular, y utilizábamos los pasillos de entrada de porterías… De vez en cuando rompíamos algún cristal, pero nos dejaban jugar allí porque así nos tenían controlados. Todo vino muy rodado y fue rápido. Empecé relativamente tarde, pero a los 15 ó 16 años ya estaba jugando en Tercera con el Villosa. Mi padre, que había sido directivo de varios equipos de la zona, nunca me presionó, en absoluto, y esto siempre me dio mucha tranquilidad».

Así empezó a encarrilar su carrera profesional el joven Alexanko. Con naturalidad y tranquilidad, factores que siempre hay que tener muy presentes. Dedicarse al fútbol sin haber notado la presión de tenerlo que hacer, acostumbra a ser garantía de éxito. Ya es bastante difícil luchar día a día para conseguir lo que uno se propone internamente, como para añadirle problemas que sólo dificultarán el camino que seguir y que generarán una ansiedad que, de ningún modo, será buena.

«Los que jugábamos en el Athletic de Bilbao teníamos un gran respeto a los jugadores del primer equipo»

En el mundo actual, el valor de la tradición es fundamental. Me gustan los equipos que otorgan una importancia casi sagrada a la propia historia y que tratan con devoción a sus antiguos jugadores, técnicos o presidentes. El fútbol base de los clubes tendría que ser el ámbito donde empezara a manifestarse la tradición de cada entidad. Habría que visualizar perfectamente lo que supone defender unos colores determinados y lo que implica pertenecer a un club concreto. Los chavales tienen que interiorizar unos valores extrafutbolísticos que dan sentido a la filosofía del equipo en el que juegan. En la práctica, estaría bien que cada etapa superada por un jugador comportase un cambio formal y de fondo. Por ejemplo, cambio de categoría, cambio de vestuario, cambio de campo de entrenamiento, cambio de privilegios… Son elementos materiales que pueden dar respuesta a una lucha anterior y, por tanto, dan valor al hecho. Actualmente, muchos clubes deportivos han buscado en la globalización una fuente de supervivencia. Está bien

mirar hacia el futuro, pero nunca hay que perder la referencia del pasado. Es importante saber de dónde vienes para saber hacia dónde tienes que ir.

«Quienes jugábamos en el Athletic de Bilbao teníamos un gran respeto por los jugadores del primer equipo. Teníamos prohibido entrar en su vestuario, e incluso pisar el pasillo por donde ellos salían del campo… Pocas veces te llamaban para entrenar con ellos, pero cuando lo hacían, tenías que mantener las distancias y respetar mucho a las figuras del equipo. Al comienzo, ellos te ponían una especie de cerco, pero cuando te consolidabas, te ayudaban mucho. Lo más importante para dar el salto a un equipo profesional es que un entrenador te dé la oportunidad. Tienes que tener la suerte de encajar con el perfil que necesita el técnico para cubrir un agujero determinado. A mí me pasó. Cuando me subieron al primer equipo del Athletic, me cedieron al Alavés para que jugase y, al cabo de tres meses, me recuperaron porque había algunos jugadores lesionados. Además, cuando empecé a jugar, las cosas me salieron bien, y el público me aceptó desde el principio».

Ya lo decía Picasso: «La inspiración existe, pero me tiene que encontrar trabajando». Esto es lo que le sucedió a Alexanko y lo que ha sucedido con la gran mayoría de los futbolistas profesionales. Evidentemente, sin calidad no te llegará la oportunidad, pero si te llega, tienes que aprovecharla. Es innegable que también hace falta un poco de suerte, pero la confianza de un entrenador que crea en ti es fundamental. Todos los jugadores tienen en la cabeza a un técnico que se ha convertido en el gran valedor de su carrera. Hay que destacar el mérito que tienen algunos entrenadores, ya que apostar por un jugador joven no deja de ser un riesgo.

«En los entrenamientos de antes, no había humanidad»

Históricamente, los entrenamientos futbolísticos habían estado marcados por una disciplina casi militar que desvirtuaba el componente deportivo. Desde hace ya algunos años, la situación ha cambiado, se han humanizado los comportamientos de los entrenadores, pero en épocas anteriores y, especialmente en el fútbol vasco, el físico era primordial, y también la disciplina. Ahora, las relaciones jugadores-técnicos se han humanizado en todas partes y se ha entendido que el objetivo que se busca es el mismo.

El diálogo, la tolerancia y la comprensión son elementos que un buen técnico tiene que dominar para dirigir un grupo.

«Recuerdo que los primeros entrenadores que tuve hablaban mucho de fútbol, pero miraban poco a la persona. En los entrenamientos de antes no había humanidad, eran los típicos técnicos duros que iban siempre con el látigo en la mano. Poca pelota y mucho físico. Eran los parámetros habituales del fútbol vasco en aquella época: mucha estrategia, juego aéreo, contundencia… En un vestuario tiene que haber una especie de control social. Son 20 ó 30 personas que se reúnen muy a menudo y que están sometidas a una evaluación constante. Es importante que se ayuden, se valoren y se critiquen los unos a los otros. Esta es la clave para que un vestuario sea estable. Tiene que haber jerarquía, pero manteniendo la estabilidad, porque cuando un grupo tiene que competir, puede ofrecer mucho más rendimiento».

Todo grupo humano está jerarquizado. La sociedad necesita unas normas y unos líderes que las apliquen. En un equipo de fútbol pasa exactamente lo mismo. Hay un cuerpo técnico que rige y unos capitanes que velan por el buen funcionamiento del grupo y que actúan de transmisores de posibles problemas. Tendrían que ser los capitanes quienes, a veces, llamasen la atención a los compañeros que no ayudan con su actitud al buen ambiente del vestuario. Los líderes se ganan el respeto de los demás con coherencia, sentido común, diálogo y, sobre todo, humanidad.

«Cuando sabes competir, aprendes a ganar y, muy importante, aprendes a perder»

Me interesaba mucho el punto de vista del actual responsable del fútbol base del Barça sobre el debate planteado en este libro, las prioridades del fútbol formativo. Ganar, competir, enseñar, son conceptos válidos, pero en un club como el Barça, lo que más interesa a los responsables del fútbol base es que los jóvenes futbolistas aprendan, sobre todo, a competir. El espíritu competitivo siempre va ligado a la formación. No hay que confundir competir con la búsqueda constante de ganar sí o sí. Competir es el fondo, ganar o perder es la forma.

«Es importante ganar, pero para lograrlo hay que hacer las cosas bien. Si trabajas correctamente y con constancia, normalmente obtienes la recompensa del triunfo. Ahora bien, ganar no siempre es tan importante. La clave es saber competir. Cuando sabes competir, aprendes a ganar y, muy importante, aprendes a perder. Durante la semana, los chavales se entrenan para competir el fin de semana en el partido. Después, ganas, empatas o pierdes, pero siempre compitiendo…».

Todas las personas, pero sobre todo los niños, tenemos el deber de saber afrontar una derrota en las mismas condiciones que una victoria. Con dignidad, con personalidad, con rabia si es necesario, pero con respeto. Si has competido y has sido generoso con el esfuerzo, es normal que te haga daño no haber obtenido un buen resultado. Hay que felicitar al rival porque él habrá sido mejor aquel día, pero hay que empezar a pensar que el próximo día lo seremos nosotros. En la derrota, respeto; en la victoria, humildad. En deportes como el rugby, con una larga tradición de respeto hacia el contrario, los equipos se aplauden mutuamente cuando termina el partido. Si un aficionado de fútbol llegase al estadio en los últimos minutos de un partido de rugby, tendría problemas para saber cuál de los dos equipos ha ganado. Un consejo, cuando ganes, guarda la alegría para cuando llegues al vestuario. Da la mano al adversario, felicítalo por el esfuerzo y coméntale que habéis tenido suerte. Humildad.

«Mirando atrás, puedo decir que el futbolista sacrifica muchas cosas, y cuando lo dejas, el cuerpo lo nota»

Desde finales de los años 70, Alexanko es una cara conocida por todos. Hace más de 30 años que está vinculado profesionalmente al fútbol y tiene suficiente experiencia para mirar hacia atrás y evaluar los aspectos positivos y negativos de haberse dedicado a la profesión.

«Mirando atrás, puedo decir que el futbolista sacrifica muchas cosas, y cuando lo dejas, el cuerpo lo nota. Físicamente, haber jugado muchos años al fútbol puede pasar factura. Al margen del sacrificio que tienes que hacer cuando eres un profesional del deporte. Por un lado, tienes muchas satisfacciones y beneficios, pero, por el otro, pierdes horas de relación con los amigos y el entorno familiar. Levantar la Copa de Europa en Wembley

sirvió para quitarme de encima la espina de Sevilla. La teníamos tan fácil, aquella… La del 92 fue la culminación de mi carrera. Hasta el punto de que decidí retirarme».

Desde fuera de la élite deportiva, sólo nos fijamos en la cara buena del éxito de los deportistas: el dinero que ganan, el reconocimiento social, la fama… Pero ¿sabemos el sacrificio que comporta no vivir como otro joven de tu edad? La adolescencia y la juventud son etapas que no regresan, y por mucho que los futbolistas vivan experiencias que los demás no podremos disfrutar nunca, es evidente que todos los deportistas de élite se sacrifican día a día, aunque no todos consiguen el reconocimiento que se merecen. En realidad, en este sentido, quienes se dedican al fútbol son los más privilegiados, porque, por lo menos, se llenarán los bolsillos con mayor facilidad. Ahora bien, detrás de una carrera deportiva, exitosa o no, siempre hay un sacrificio y una renuncia. ¿Estás dispuesto a aceptarlos para intentar llegar?

Los jugadores

La aspiración de cualquier chaval que juega en el fútbol base del Barça es llegar algún día a debutar con el primer equipo. El porcentaje de quienes lo consiguen es muy bajo, pero desde hace unos años la puerta siempre está abierta y el papel de los jugadores de casa cada vez es más destacado, como se puede comprobar con el Barça triunfante de Guardiola. Ahora bien, hay muchos futbolistas que se quedan por el camino. Por distintos motivos, centenares de muchachos que apuntaban buenas maneras en las categorías de formación no dan el salto definitivo. Muchos de ellos se podrán ganar muy bien la vida jugando al fútbol, pero sin vestir la camiseta del Barça. Sólo la suma, por este orden, de ilusión, talento, trabajo, disciplina y suerte, les puede conceder la posibilidad de llegar algún día al Camp Nou. **Carles Puyol, Xavi Hernández, Andrés Iniesta** no sólo han llegado, sino que se han mantenido aquí y han sido parte de la columna vertebral del Barça de las seis copas entrenado por Pep Guardiola y liderado por **Leo Messi**. El argentino se trasladó a Barcelona con 13 años para tratar aquí los problemas de crecimiento que tenía y ha terminado convirtiéndose en el mejor jugador del mundo. El caso de **Thierry Henry** es distinto. No se ha formado en la cantera azulgrana, pero desde que jugaba en los suburbios de París deseaba defender algún día la camiseta de un club grande de Europa. Su camino ha sido otro, pero él también ha conseguido hacer realidad su sueño. **Puyol, Xavi, Iniesta, Messi, Henry**… ¿Cómo han llegado hasta aquí? ¿Qué obstáculos han superado? ¿Cuál ha sido el camino del éxito?

Carles Puyol (La Pobla de Segur, 1978)

El gran capitán de París y Roma es el mejor ejemplo para demostrar que con trabajo, constancia y tenacidad se puede alcanzar cualquier objetivo. *Culé* hasta el tuétano, Carles pensaba que nunca jugaría al fútbol en otro lugar que no fuese La Pobla de Segur, su pueblo. Sin embargo, cuando tenía 17 años, pasó el tren del Barça y se subió a él sin pensárselo dos veces. No era ningún prodigio técnico, pero su espíritu, su capacidad atlética y su calidad cautivaron a los técnicos del Barça. Se instaló en Barcelona y empezó una carrera marcada por la dedicación absoluta a un deporte y a un sueño.

«Hay que luchar por un sueño. Si no lo alcanzas, que no sea por tu culpa»

Puyol llegó a La Masía relativamente tarde, y enseguida se sintió como en su casa. Como él mismo dice: «Siempre cojo el último tren». Del Juvenil al Barça C, del C al B y, del filial, al primer equipo. Van Gaal necesitaba un lateral derecho y confió en Puyol, justo antes de que se fuera al Málaga. Era el año 1999 y, desde entonces, Puyol ha sido indiscutible en el primer equipo del Barça, donde ha probado el sabor del éxito y del fracaso. Eso sí, él nunca ha olvidado el consejo que le dio su padre cuando el Barça lo fichó: «Si regresas a La Pobla, que no sea porque no lo has dado todo». Unas palabras que, sólo hay que verlo jugar, han guiado la carrera del gran capitán.

«De pequeño, en el pueblo, jugaba al fútbol sala con el equipo de la escuela porque, en aquella época, no había categorías inferiores en La Pobla, sólo teníamos el primer equipo. También jugaba mucho en la calle y en el campo de fútbol, porque está enfrente de casa. Hasta los 14 años no empecé a jugar al fútbol grande. Me entrenaba con los del primer equipo y jugaba con el Juvenil de La Pobla, que se acababa de crear. Al principio jugaba de portero, pero tuve un problema en la espalda y me reconvertí en delantero. A los 16 años ya jugaba con el primer equipo, junto a mi hermano "Putxi". Y, a los 17, casi en la edad límite, me llegó la oportunidad del Barça de la mano del entrenador de La Pobla, Jordi Mauri, y de mi representante, Ramon Sostres. Siempre había soñado llegar a jugar con el Barça y lo di todo por conseguirlo. "Hay que luchar por un sueño. Si no lo

alcanzas, que no sea por tu culpa", como decía mi padre. Esta ha sido siempre mi forma de ser y es mi consejo para todo el mundo».

«La actitud es básica para llegar al primer equipo del Barça y, sobre todo, para mantenerse en él»

El fútbol base del Barça incorpora cada temporada decenas de muchachos procedentes de todo el mundo. Desde hace unos años, el abanico de captación de jóvenes promesas se ha ampliado muchísimo y la vocación global del club también se nota en el fútbol base. Cada temporada llegan chavales africanos, sudamericanos o europeos, y a todos les piden lo mismo: predisposición máxima para alcanzar el sueño deseado. El fútbol no hace distinciones culturales, raciales ni idiomáticas. Lo más importante es marcarse una meta y dejarse llevar por la ilusión. La primera condición para lograr hacer realidad un sueño es tener uno y, la segunda, querer conseguirlo. Parece sencillo, pero es complicado por la constancia, dedicación y sacrificio que requiere. Sin estos valores, y sin la dosis justa de suerte –de estar en el lugar adecuado en el momento ideal–, es muy difícil dar el salto al primer equipo del Barça. Y, una vez allí, mantenerse 10 años, como Puyol o Xavi, es una auténtica proeza.

«Empecé a creérmelo cuando pasé las pruebas y comencé a jugar con el Juvenil. La actitud es básica para llegar al primer equipo del Barça y, sobre todo, para mantenerte en él. Ahora bien, sin actitud, no hay nada que hacer. Hasta que llegas al Juvenil, con la técnica es suficiente; incluso puedes ir sobrado, pero a partir de aquí, si no tienes una disciplina y una buena predisposición… no harás carrera. He compartido vestuario con gente técnicamente mucho más buena que yo, pero sin la actitud necesaria para llegar más lejos».

Todos los entrenadores que trabajamos en el fútbol base del Barça podríamos explicar centenares de casos de jugadores que tenían una enorme proyección, pero que, muchas veces, han dejado incluso de jugar al fútbol. Podríamos comparar estos casos con un coche de Fórmula 1: ya puedes tener el vehículo más potente y más sofisticado, que si el piloto no pisa el acelerador a fondo durante tola la carrera, aquel coche no triunfará. Otro automóvil con menos caballos, pero con un piloto que conduzca al máximo de sus

posibilidades, siempre acabará por delante de él. Por tanto, si uno tiene calidad para jugar al fútbol, y la ilusión de llegar lejos, gas a fondo. Hay que ser muy constante para sacar el máximo provecho de las virtudes de cada uno. Constancia siempre, en todos los entrenamientos.

«No por el hecho de tener 31 años tengo que dejar de mejorar y crecer. Tengo que seguir aprendiendo»

Constancia, y la humildad necesaria para aprender cada día de los entrenadores y de los compañeros. Esto es básico. No hay evolución sin capacidad continua de aprendizaje. Para mantener el nivel año tras año, tienes que plantearte ser mejor cada día. En el momento en que piensas que ya lo sabes todo, empieza la decadencia profesional. Como personas, tenemos que luchar cada día para ser mejores y, como profesionales de cualquier disciplina, tenemos la obligación y el compromiso con la sociedad de aprender a mejorar.

«Afortunadamente, en un entrenamiento nunca me han tenido que decir que no estaba dándolo todo. No me ha sucedido nunca, al contrario. Algunas veces me han tenido que decir que frenase un poco, que iba demasiado fuerte… En realidad, todavía me sucede, pero, para mí, ir a entrenar no es ningún problema. Disfruto mucho. No por el hecho de tener 31 años tengo que dejar de mejorar y crecer. Tengo que seguir aprendiendo».

«Para llegar a la élite tienes que tener un carácter muy competitivo»

Basta con verlo entrenar o jugar para comprobar que, efectivamente, Puyol afronta cada entrenamiento como si fuese el último de su vida. Tiene que ser un placer entrenarlo, siempre al 100 %. Es *vox populi* que al capitán no le gusta perder; por tanto, el debate «¿ganar o formar?» que mueve este libro tendrá una aportación interesante.

«La formación es muy importante, lo reconozco, pero cuando perdía agarraba (y todavía los agarro) unos cabreos monumentales. Esto está muy relacionado con el carácter de cada uno. Entiendo que es un debate interesante, pero desde el punto de vista del futbolista, me cuesta mucho pensar en perder un partido y no estar enojado… Me

sucede, incluso cuando pierdo un partidito de entrenamiento, imagínate. Creo que seré así toda la vida, jugando al fútbol, al pádel o al deporte que sea…, para llegar a la élite hay que tener un carácter muy competitivo. El golpe emocional más duro de mi carrera deportiva es la derrota 4-1 en el Santiago Bernabeu, el 7 de mayo de 2008».

Evidentemente, la opinión de Carles define el punto de vista del futbolista, y ya está bien que sea éste. Sin embargo, los entrenadores estamos obligados a verlo de una forma distinta. En cualquier deporte, en categorías de formación, el hecho de ganar tiene que ser una parte importante del proceso de aprendizaje, pero no es una parte fundamental. Siempre digo a mis jugadores que es sano y normal que, cuando pierden un partido, manifiesten la tristeza y la rabia que sienten, pero sólo desde el momento que termina el partido hasta que se meten en la ducha. Cuando ponen la cabeza en remojo tienen que hacer un esfuerzo para entender que el fútbol es un juego y que siempre tiene que haber un ganador y un perdedor. Estar enfadado demuestra implicación, pero hay que entender que sólo pierde quien no lo da todo. Entregarse al máximo es ganar, aunque el marcador diga lo contrario; ir a medio gas es perder una oportunidad única.

«He sacrificado una etapa de mi vida. No he podido hacer cosas que han hecho y disfrutado mis amigos»

Los entrenadores del fútbol base del Barça observamos con atención cómo actúan nuestros futbolistas. Jugar bien al fútbol y pertenecer al Barça, un club con una dimensión mediática importante, puede modificar la conducta habitual de algunos chicos y de su entorno más cercano. Erróneamente, pueden tener la sensación de que ya han conseguido la meta deseada, la de ser futbolista y vestir la camiseta del Barça. Nada más lejos de la realidad: todavía les queda mucho camino por recorrer y, llegados a este punto, pensar que ya lo tienes todo hecho es empezar la cuenta atrás. Por ejemplo, hay chicos muy jóvenes que ya tienen representante. Entiendo que esta figura es imprescindible en el fútbol profesional porque es la persona que se encarga de velar por los intereses del jugador, pero en edades de formación, esta figura puede resultar contraproducente porque, sin quererlo, puede dar a entender al niño y a su familia que la diversión se ha convertido en profesión y, por tanto, esto añadirá una presión al joven futbolista, innecesaria y, probablemente, perjudicial. Reconozco que, en algunos casos

puntuales, el representante puede ayudar, en el sentido de dar apoyo a los niños que se encuentran en situaciones complicadas. El mejor representante para los niños en edad de formación es la familia. Los padres tienen la obligación de educar al chaval como persona y, nosotros, los entrenadores, como deportista. En cualquier caso, hay muchos factores de peligro en estas categorías de formación que pueden servir con vista al futuro, cuando se tropiecen cara a cara con los problemas que ocasiona la fama y el reconocimiento público.

«Es complicado gestionar la fama. Hay que saberla llevar. En algunos momentos es difícil, pero nosotros sólo jugamos al fútbol y tenemos que asumir quiénes somos y qué hacemos. Somos muy conocidos porque salimos en la TV y tenemos repercusión mediática, pero hay gente que tiene trabajos mucho más importantes que el nuestro, gente que salva vidas. Vaya por delante que somos unos privilegiados, pero a veces es duro no poder sentarse en una terraza para tomar un refresco porque te sientes muy observado… He sacrificado un etapa de mi vida. No he podido hacer cosas que han hecho y han disfrutado mis amigos. Dicen que cuando te retiras y dejas de salir en la TV baja la fiebre».

En las etapas de preinfantil, son los padres quienes creen que su hijo llegará lejos y será futbolista, hasta el punto de presionarlo demasiado con el peligro de quitarle al niño la alegría de jugar al fútbol. En categorías superiores, cuando los muchachos ya son adolescentes, son ellos mismos quienes se dan cuenta de la repercusión social que genera pertenecer al Barça. Si no tocan de pies en el suelo, pueden caer en la tentación de estar más pendientes del exterior que de entrenarse bien: malas compañías, salidas nocturnas, ropa extremada… Y en la última fase profesional, cuando son juveniles y *amateurs*, los jugadores comprueban que su juego produce un dinero (más que cualquier trabajador júnior), y es fácil entrar en una espiral de gasto inútil que te aleja de la realidad social y, lo que es más grave, dificulta la realización del último y más difícil esfuerzo para conseguir ser un profesional del fútbol.

Como dice y ejemplifica Puyol, detrás de un sueño hay un sacrificio, ya sea natural o premeditado. Siempre hay una renuncia a alguna cosa.

Xavi Hernández (Terrassa, 1980)

Como Puyol, Xavi es un barcelonista de pies a cabeza y un apasionado del fútbol. Creció en el seno de una familia muy vinculada con este deporte y, desde muy pequeño, sintió atracción por la pelota. Xavi, que fichó por el Barça en 1990, representa la segunda generación del «4» forjado en la cantera. Milla fue el primero, Guardiola mejoró la especie y, Xavi, siempre teniendo como referencia a Pep, la ha evolucionado: más llegada, más velocidad, más polivalencia, más gol, jugar de espalda… Debutó en el primer equipo hace más de 10 años y ha logrado mantenerse en la élite por su humildad y la constante capacidad de aprendizaje que posee. Es otro ejemplo que seguir para todos aquellos que desean hacer del fútbol su vida. Es un jugador «marca Barça» que la logrado superar momentos duros en su carrera que le han ayudado a convertirse en un futbolista de referencia mundial. Xavi quiere ser protagonista en el campo, pero nunca fuera del terreno de juego. No me extrañaría nada que, de aquí unos años, como ya sucedió en el Camp Nou, Xavi siguiera los pasos de Guardiola y se convirtiera en entrenador. El fútbol necesita técnicos humildes y con ganas de aprender cada día.

«Reconozco que soy un "enfermo" del fútbol»

El fútbol siempre ha sido tema de conversación en casa de los Hernández, y esto se nota cuando charlas cara a cara con Xavi sobre su profesión. Se explica con la misma naturalidad que conduce el balón, tiene la misma seguridad que cuando da un pase de gol. Uno tiene la sensación de que se lo pasa bien hablando de fútbol.

«Nací en una familia muy futbolera. Mi padre fue jugador y, luego, entrenador; mi abuelo, presidente de un equipo de Terrassa; mis hermanos mayores, Àlex y Óscar, también jugaban al fútbol y, claro, tuve que empezar muy pronto, a los 4 ó 5 años. Mi primer club fue el JABAC y luego pasé a la Escuela de Fútbol del Terrassa, que creó mi padre junto con otros entrenadores. Un día jugamos un partido contra el Barça, les gusté, pasé una prueba y me ficharon cuando tenía 10 años para jugar en el Alevín A que entrenaba Asensi. Cada día, un taxi me venía a buscar a Terrassa para ir a *Can* Barça».

Detengámonos un momento en esta cifra: 10 años, la edad en la que Xavi fichó por el Barça. Cuando un chico llega a los 10 u 11 años, depende del caso, termina una etapa formativa y empieza otra. Queda archivado todo lo que el niño ha adquirido de manera natural, espontánea y libre, y los formadores empiezan a introducir en su aprendizaje conceptos técnicos y tácticos para pulir todo lo que ya ha aprendido. Es evidente que, a esta edad, la formación futbolística y personal casi no ha empezado, pero ¿cómo se consigue? Hasta los 10 años: balón, balón y más balón. Horas, horas y más horas. Cuantas más horas un niño haya estado jugando con la pelota, más calidad tendrá. Es como un enorme diamante en bruto. Cuantas más horas de balón, mayor será el diamante. Después es cuando hay que pulirlo para lograr convertirlo en un brillante. Por tanto, hasta los 10 años, el niño tiene que jugar y jugar y, a partir de esta edad, ya tendría que empezar a adquirir conceptos del lenguaje del fútbol y a desarrollar un espíritu competitivo y ganas de aprender.

«Reconozco que soy un «enfermo» del fútbol. Siempre he mirado todos los partidos, he coleccionado cromos, me encantaban los Mundiales… Recuerdo ir siempre detrás de una pelota. Era de los que me pasaba el día en la calle jugando con mis hermanos o los amigos. Íbamos mucho a la plaza del Progrés, en el barrio de Ca n'Aurell de Terrassa, y allí aprendí muchas cosas porque jugaba con chicos mayores y tenía que espabilarme. Eso sí, el salto definitivo lo di cuando llegué al Barça, porque me enseñaron conceptos que no dominaba: levantar la cabeza, mirar antes de recibir, el control orientado… Aprendí mucho de entrenadores como Joan Vilà, el Lobo o el Carmona».

«No perder el balón se ha convertido en una obsesión para mí»

Xavi tiene una ventaja que, por otro lado, también habría podido ser un inconveniente. Su padre, Joaquim, es entrenador de fútbol. A este respecto, Xavi siempre explica que los consejos de su padre le han ayudado muchísimo a evolucionar y recuerda que no dejaba de repetirle que tenía que hacer caso a su entrenador. Ayudar sin presionar, esto es lo que tienen que hacer los padres de los niños que estén en edad de formación, sean o no entrenadores de fútbol. Desgraciadamente, no siempre es así. Muchas veces tenemos que escuchar cómo los padres se quejan porque su hijo juega poco o porque lo pones aquí y tendría que jugar allá, en fin…, padres que cuestionan el trabajo del entrenador de

su hijo. ¿Verdad que a nadie se le pasaría por la cabeza cuestionar la labor de un físico de la NASA? Pues no entiendo por qué se pone en duda que el entrenador es una persona cualificada y que puede transmitir sus conocimientos futbolísticos a los jugadores.

«Siempre hemos hablado mucho de fútbol en casa. Mi madre, que también es muy futbolera, siempre me dice que lo hago bien y, en cambio, mi padre siempre ha sido más crítico. Normal. Sus consejos me han ido muy bien. Como profesional del fútbol, nunca me ha presionado. En realidad, me ha guiado, ha pulido mis defectos. De pequeño siempre me decía: "Disfruta, calla, mira, escucha y aprende…"».

Y Xavi aprendió, y mucho. Tanto que, antes de cumplir 30 años, ya se había convertido en el segundo futbolista de la historia del Barça que más partidos oficiales ha jugado. Sólo tiene a Migueli por delante, pero Xavi tiene tiempo y fútbol de sobra para superarlo. ¿Su secreto? Regularidad, profesionalidad y una gran virtud: no perder el balón. Por el tipo de fútbol que practica el Barça desde la época Cruyff, tener a un jugador como Xavi es un tesoro.

«No perder el balón se ha convertido en una obsesión para mí. En casa siempre me han enseñado a ser muy responsable jugando al fútbol, y en el Barça insistían mucho en la importancia del control de la pelota. Como decía Cruyff, si la tenemos nosotros, el contrario no la tendrá y, por tanto, más posibilidades de ganar… Por este motivo me he pasado la vida haciendo rondos y ejercicios de posición».

«Es bueno expresar la rabia que tienes cuando pierdes. El deporte es competición»

Con casi 20 años en la casa tras haber pasado por todas las categorías y tener madera de futuro entrenador, la opinión de Xavi sobre las prioridades del fútbol de formación tiene un valor añadido. Él ha crecido como deportista ganando casi todos los partidos que jugaba en la etapa formativa. No le ha ido mal.

«La filosofía del Barça es perfecta porque la mejor fórmula es el equilibrio. Antes de dar el salto al fútbol profesional, es prioritario formar y enseñar, pero sin perder la

competitividad y esto, jugando en el Barça, lo tienes muy claro. Pondría por delante la formación, inculcar conceptos de fútbol a los chavales, explicarles por qué se hacen las cosas así, pero, al mismo tiempo, enseñarles a ser competitivos, que tienen que salir ganando. Es bueno expresar la rabia que tienes cuando pierdes. La prioridad en el fútbol base es enseñar, pero el objetivo es ganar. El deporte es competición. Esto ayuda mucho a la hora de llegar al primer equipo porque allá sí que tienes que ganar o ganar siempre, sino es un fracaso. Un empate en casa es una tragedia, y esto ya lo aprendes cuando juegas en el fútbol base. Recuerdo un día, con el Alevín del Barça, que perdimos con el Granollers en casa después de haber ganado 24 partidos seguidos y, claro, fue una desgracia. Acabé llorando…».

Entiendo la visión de Xavi. No es casualidad que coincida con la de Carles Puyol. En realidad, la mayoría de los futbolistas profesionales piensan así. Sin espíritu competitivo no llegas a ninguna parte. El fútbol es un juego y lo más importante es divertirse y disfrutar con él. Al mismo tiempo, tienes que hacer todo lo posible para ganar. Así de fácil. Formar no es una idea contrapuesta a la de ganar, por tanto, hay que enseñar a competir. Primero, contra uno mismo y, después, contra el rival. Si aprendes a competir estarás preparado para ganar.

«Lamento no haber terminado los estudios»

Xavi está de acuerdo con la opinión mayoritaria y confirma que, para llegar lejos en el mundo del fútbol es clave el papel del entorno más próximo durante la etapa de crecimiento. Es vital que «no te traten distinto por el hecho de jugar en el Barça». Afortunadamente, en casa de los Hernández esto no sucedió. El padre, Joaquim, siempre lo ayudó a tocar de pies en el suelo, y esta formación le ha sido muy útil a Xavi a lo largo de su carrera. Ha sido una especie de guía de lujo para él. «Siempre me decía: "Si sales con tus amigos, que sea con prudencia. Mejor el jueves que el viernes. El domingo hay partido y tienes que estar en las mejores condiciones"». Estos consejos, aunque sean obvios, se agradecen. ¿Recordáis alguna declaración polémica de Xavi? ¿Alguna conducta «de sobrado»? Esto va con la personalidad de cada uno, pero la influencia de los familiares y de los amigos en la etapa de desarrollo es básica. La única cosa que Xavi

haría distinto es no dejar los estudios, cosa que hizo cuando Van Gaal lo llamó para entrenar con el primer equipo. Años más tarde, visto con perspectiva, se arrepiente.

«La cultura es muy importante, y ahora, cuando miro hacia atrás, lamento no haber terminado los estudios o no haberme planteado hacer una carrera… Por suerte, me he ganado muy bien la vida jugando al fútbol, pero después tendré que hacer alguna cosa. Me encanta el fútbol y disfruto muchísimo, pero, de alguna manera, me he obligado a seguir vinculado al fútbol cuando me retire porque es lo único que sé hacer… Me hubiera gustado estudiar INEF o algo parecido. Es un error no tener más salidas cuando abandone el fútbol».

Xavi tiene mucha razón, y este es un aspecto que tenemos muy claro todos los entrenadores del mundo. Los estudios nunca sobran, siempre suman. Y si existe la posibilidad de ir a la universidad, mucho mejor. Hay que pensar en el día de mañana. Como dice Xavi: «Me he obligado a seguir vinculado al mundo del fútbol». Es una reflexión muy interesante que sirve para meditar profundamente sobre esta cuestión. Además, por muchos millones de euros que gane un jugador del Barça, cuando se retire tendrá por delante entre 30 y 35 años de vida laboral. El «Y ahora, ¿qué hago?» a menudo es un problema para los ex futbolistas. Estudiar para orientar la vida post-profesional es una decisión muy recomendable. Además, fiarlo todo al fútbol es un riesgo porque, por mucha calidad que uno tenga, hay decenas de factores que pueden interrumpir la carrera de un futbolista antes de llegar a ser profesional.

«La actitud es imprescindible, mucho más importante que el talento, pero también es clave que en esta etapa un entrenador apueste por ti. Puedes tener muy buena actitud, pero si nadie cree en ti… Eso sí, para llegar y mantenerte, tienes que tener el pensamiento totalmente centrado en el fútbol. Hay que ser muy tozudo. Cuando me lesioné gravemente la rodilla, tuve la duda de si volvería a ser el mismo… Cuando una parte de la afición me criticó muchísimo, fue un momento muy duro, pero todo esto sirvió para hacerme más fuerte y me ha ayudado a alcanzar los reconocimientos actuales. El día que no tenga esta desazón que siempre siento antes de un partido, sabré que ha llegado el momento de retirarme».

«Luis Aragonés siempre decía: “Cuanto más trabajo, más suerte tengo”. Tenía toda la razón del mundo»

Tras el gran filtro que se lleva a cabo en la categoría Juvenil, a partir de los 16 años, hay otra etapa crítica para un chico que va camino hacia del profesionalismo. Es aquel momento en que ve que ya se puede ganar la vida jugando al fútbol, cuando ya empieza a ganar algún dinerito, cuando firma el primer contrato… Este es un momento peligroso. En este punto, en lugar de relajarse y pensar: «Ya lo he conseguido…», el futbolista tendría que trabajar más que nunca. Ha llegado, sí, pero lo más difícil es mantenerse.

«En este momento es necesario que el técnico deposite su confianza en ti y tener un poco de suerte. Ahora bien, la suerte también se busca. Siempre tengo en la mente una muy buena frase del gran Luis Aragonés: “Cuanto más trabajo, más suerte tengo”. Luis, tenía toda la razón del mundo. Él y Pep han sido los mejores entrenadores que he tenido. Depositan mucha confianza en ti y te descargan de presión. Juegan mucho con la psicología del futbolista».

Andrés Iniesta (Fuentealbilla, 1984)

Sencillez y humildad. Dos palabras que lo definen perfectamente. Es, sin duda, uno de los 5 mejores jugadores del mundo, pero continúa siendo el mismo chico de siempre. No conozco a nadie que pueda decir nada negativo de Andrés. Todo lo que hace está lleno de humanidad y eso le convierte en un futbolista todavía mejor. Un auténtico ejemplo para quienes desean llegar al primer equipo, y también para los que ya están en él.

«Cuando mi padre me preguntó si quería fichar por el Barça, le dije que no, que no quería marcharme de Fuentealbilla»

La evolución es realmente impactante: de Fuentealbilla, un pueblecito de menos de 2.000 habitantes situado en la provincia de Albacete, a estrella del fútbol mundial. La historia es de película, pero Andrés Iniesta es real y es encantador. Fuentealbilla es tan pequeño que Andrés, hijo de futbolista *amateur*, empezó jugando al fútbol sala «porque no éramos suficientes para jugar a fútbol campo». La movía tan bien que el Albacete, el club fuerte de la provincia, lo fichó cuando tenía 8 años. «Siempre tenía un balón en los pies. En aquella época me divertía mucho y, los días que entrenaba, me lo pasaba genial», me explica sonriente Andrés, a quien la vida le cambió un día de 1996. El Barça llamó a su familia para ficharlo después de que Iniesta fuese la estrella indiscutible del Torneo Alevín de Brunete, jugando con el Albacete.

«Al principio no quería venir. No me apetecía en absoluto. Cuando mi padre me preguntó si quería fichar por el Barça, le dije que no, que no quería marcharme de Fuentealbilla, no quería marcharme y dejarlos allí. Esto de Barcelona lo veía muy lejos. Por suerte, mis padres me convencieron y fui a La Masía con 12 años. Los primeros meses fueron muy duros, los peores de mi vida. Añoraba mucho el pueblo y quería regresar. Supongo que mis padres también lo pasaron muy mal. Sin embargo, con la ayuda de todos superé esta fase y, hete aquí, que ahora intentaría convencer a mi hijo si se repitiera el caso. Cuando llegué a Barcelona no pensé en ningún momento que era un primer paso para jugar en Primera División. Esto sólo lo empecé a soñar cuando ya era juvenil».

El tiempo ha demostrado que la familia de Iniesta no se equivocó cuando tomó la dolorosa decisión de permitir el fichaje de Andrés Iniesta por el Barça. A partir de los 14 ó 15 años, en plena adolescencia, la opción de cambiar de aires no es tan traumática por las ansias de conocer y de forjar una personalidad propia derivadas de la edad, pero en un caso de menor edad, como fue el de Andrés, las connotaciones cambian. El chaval sufre; los padres, también; y el club tiene mayor responsabilidad en el fichaje. Hay que estudiar meticulosamente la proyección del jugador, la distancia con su hogar, el ambiente familiar y social del que procede…, una serie de variables que garanticen que el muchacho, tras el lógico período de adaptación, podrá disfrutar jugando al fútbol. Si desaparece la alegría, el futbolista no evoluciona.

«En el Barça te acostumbras a ganar desde muy pequeño, y eso te marca»

Una vez superado el mal trago inicial con la ayuda de las personas de La Masía y de los técnicos del fútbol base, Andrés potenció sus virtudes futbolísticas y reforzó la ambición que siempre había tenido. Se sintió comodísimo jugando en un club que, históricamente, está obligado a ganar siempre, en todas las categorías, en todos los partidos, en todos los deportes. Iniesta evolucionó al mismo tiempo que disfrutaba ganando partidos con sus compañeros. Ganar es una parte de formar, y formándose siempre se gana.

«La obligación que existe aquí de ganar todos los partidos, incluso los amistosos, es muy positiva porque te marca desde pequeño. Te acostumbras a ganar y siempre tienes la obligación de hacerlo cuando juegas con el Barça. Dar el salto al primer equipo con esta mentalidad es muy bueno».

«Llega más gente al primer equipo del Barça por trabajo que por calidad»

No, no todos los chavales que juegan en la cantera del Barça han llegado… En realidad, la gran mayoría nunca debuta con el primer equipo. ¿Por qué unos pocos escogidos sí, y muchos otros no? Los motivos son muy diversos: el que no evoluciona futbolísticamente, el que se despista con las chicas y la noche, el que se lo cree

demasiado y piensa que ya no está en fase de aprendizaje, el que piensa que con la calidad basta, el que se lesiona gravemente, el que no ha tenido el punto de suerte que todos los futbolistas de Primera han tenido algún día…

«El trabajo, la disciplina y la constancia son valores imprescindibles para llegar. El esfuerzo diario casi siempre tiene recompensa. Llega más gente al primer equipo del Barça por trabajo que por calidad. Tienes que esforzarte en todos los entrenamientos. Siempre. Nunca un técnico me ha dicho que no me había esforzado al máximo en un entrenamiento».

Uno de los entrenadores que más cerca ha estado siempre de Andrés es Albert Benaiges. Albert se convirtió en una especie de «segundo padre» para Andrés cuando se trasladó a La Masía: pasaba mucho rato con él, iban al cine, lo acompañaba a los entrenamientos, en fin, hacía lo que tiene que hacer un buen técnico de fútbol base: entender al futbolista, dando prioridad a la persona. Gracias a muchos formadores y entrenadores como él, muchos jugadores de élite o *amateurs* son, sobre todo, personas de provecho. Por esto, cuando los padres de un chaval que juega al fútbol se quejan al entrenador de que su hijo no juega bastante o que no lo hace en la posición en que debería jugar, tendrían que pensar antes qué es lo que hace este técnico por su hijo. Es básico que los padres no menosprecien la autoridad del entrenador delante de los hijos. En estas etapas, el entrenador es un pilar fundamental en su formación.

«El entorno personal es primordial. Puedes ser muy bueno, pero cuando eres joven, si constantemente te están diciendo que eres el mejor, que eres perfecto o cosas por el estilo…, malo; no es el camino. Afortunadamente, quienes me rodean son humildes por naturaleza y siempre me han inculcado que sin esfuerzo no llegaría a ninguna parte. Siempre he escuchado los consejos de mi padre, a veces más que los de algún entrenador…, a pesar de que mi padre siempre me decía que tenía que hacer caso a mi técnico. Para mí, la familia es fundamental, y he luchado mucho para que pudiésemos volver a estar todos juntos. Siempre tuve muy claro, desde que llegué con 12 años, que quería que los míos viniesen aquí para recuperar todo el tiempo perdido. Quería que mi hermana viniese a vivir y a estudiar a Barcelona, quería que mi madre dejara de trabajar en el bar y que mi padre dejase de hacer de albañil. Quería reunirlos a mi lado y que

disfrutasen de mí y de la vida. Es un orgullo haberlo conseguido ya hace algunos años. Esto siempre me ha dado mucha fuerza».

«En un vestuario, la palabra clave es RESPETO. Es mucho más importante que la amistad»

La segunda familia de un futbolista profesional son los compañeros de equipo. Andrés entró por primera vez en el vestuario del Camp Nou el año 2001, y allí se encontró a hombres como Guardiola, Luis Enrique, Rivaldo, Sergi… Lo acogieron muy bien, aprendió los códigos internos de un vestuario de élite y todo ello le ha servido de guía para integrar a los jóvenes de la cantera que han subido en los últimos años al primer equipo.

«En un vestuario, la palabra clave es RESPETO. Es mucho más importante que la amistad. Puedes ser amigo de uno o de otro, pero siempre tiene que haber respeto entre los compañeros. Es la base para que el grupo funcione y pueda triunfar. Te pondré un ejemplo: ha habido épocas en las que no jugaba tanto como ahora, no era titular y yo consideraba que estaba en mejor forma que compañeros que salían a jugar, pero, por respeto, me mordía la lengua y no decía nada. Por respeto al vestuario, por educación, por compañerismo… Soy así, me enseñaron estos valores y me ha ido bien».

Hablando con Andrés, escuchando cómo habla, uno tiene la sensación que puede tener cualquiera: es un muchacho transparente, tranquilo, humilde, modesto y con un talento innato para jugar de maravilla al fútbol. La fama no se le ha subido a la cabeza porque la lleva con la misma naturalidad con que marca un gol o da una asistencia: «Cada día hago exactamente lo mismo que haría si no fuese un futbolista famoso». Sólo hay un pequeño peligro que comparto con Andrés. ¿Existe el riesgo de saturación? Después de haber tocado el cielo, ¿acaso uno no puede dejarse ir y preguntarse: «Y ahora, ¿qué?»?

«De momento no, aunque soy consciente de que es mucho más complicado mantenerse arriba que llegar. Mi ambición es ser mejor futbolista cada año y, por tanto, espero no pensar "Y ahora, ¿qué?" hasta que me retire».

Leo Messi (Rosario, 1987)

Es la joya de la corona. Tenemos la suerte de que el mejor jugador del mundo juega en el Barça y se ha formado en la cantera. La historia es mundialmente conocida: Leo y su familia se trasladaron a Barcelona cuando el chaval tenía 13 años (año 2000) para tratar de solucionar los problemas de crecimiento que tenía el muchacho y que ningún club argentino quería asumir. Los técnicos del Barça, con Cales Rexach al frente, detectaron inmediatamente el talento de Messi y el club se hizo cargo del coste del tratamiento que necesitaba el jugador. En este momento empezó una exitosa relación de amor entre Messi y el Barça, que esperemos que dure muchos años. Descarado y genial en el campo, vestido de calle le invade la timidez, pero en todo momento transmite sencillez y humildad. Le gusta hablar de fútbol, pero es más feliz cuando juega.

«Siempre he sido muy competitivo. No me gusta perder en nada»

«Empecé a chutar el balón cuando era muy pequeño (3-4 años) en mi barrio de Rosario, La Bajada. Mi primer equipo fue el Grandoli, donde también jugaban mis hermanos, pero cuando tenía 6 ó 7 años entré en el Newell's Old Boys. Siempre comentaba los partidos con mi padre, sobre todo cuando lo hacía mal. Cuando me salía un buen partido, no me decía prácticamente nada. También jugaba mucho en la calle con mis hermanos y mis primos. Muchas veces terminaba llorando porque todos eran mayores que yo y nunca quería perder. Me peleaba bastante con mis hermanos Rodrigo y Matías. Siempre he sido muy competitivo, y no sólo en el fútbol; no me gusta perder en nada».

La infancia futbolística de Messi, al margen de los problemas de crecimiento, refuerza algunos de los patrones que aparecen en este libro y que son comunes a los niños que se han convertido en grandes futbolistas cuando se han hecho mayores. A una habilidad innata indiscutible y una gran fuerza mental, hay que añadir una práctica continuada y repetitiva desde pequeño, un espíritu competitivo envidiable y el hecho de jugar en la calle contra o junto con chicos mayores y físicamente superiores. Todos estos condicionantes ayudan a forjar la personalidad deportiva de un niño en su etapa de formación. Evidentemente, el paso definitivo lo dieron Leo Messi y su familia cuando

decidieron venir a Barcelona. En el fútbol base le enseñaron que su espectacular talento individual debía adquirir un sentido colectivo. Lo educan aplicando la «marca Barça» que tan bien interpretó Messi cuando empezó a jugar en el primer equipo con sólo 16 años.

«Dejar la Argentina fue duro; hubo un momento en que nos planteamos si regresar o no»

«Dejar la Argentina fue duro, especialmente al comienzo. Todo era nuevo para nosotros, incluso hubo un momento en que nos planteamos si regresar o no. Mis hermanos no se terminaban de adaptar, mi hermana iba y venía, pero decidí quedarme en el momento en que mi padre dijo que haríamos lo que yo quisiese. La familia me dio apoyo y continuó aquí porque lo único que yo deseaba era jugar al fútbol. No fue fácil, porque el primer año casi no pude jugar, primero por un problema con la ficha y, luego, porque me lesioné. Por suerte, después todo fue mucho mejor y resultó muy sencillo jugar bien con compañeros como Piqué, Cesc o Víctor Vázquez… Recuerdo que, entonces, jugábamos 3-4-3 y yo hacía de media punta».

Afortunadamente, para Messi, para el Barça y para el fútbol, el muchacho escogió bien. Era muy menudo, pero tenía tanto talento y tantas ganas que superó sin problemas este *handicap*. No es fácil para un jugador de poca altura tratar de ser competitivo en determinadas edades. En este punto es donde el técnico de fútbol base debe saber diferenciar entre el jugador que vive de su físico y el que realmente tiene proyección de futuro. Tenemos la obligación de no menospreciar el talento por mucho que el desarrollo corporal del jugador no se corresponda con la franja de su edad. Eso sí, no debemos olvidar que el fútbol es un deporte y, por tanto, se requieren unas cualidades físicas de alto nivel para jugar en un equipo de élite. La calidad más importante es la velocidad, virtud que Leo Messi ha aprovechado para marcar diferencias. En realidad, es todo un maestro en la conducción rápida del balón. Una combinación muy equilibrada de velocidad y técnica permitieron a Messi destacar muy pronto jugando con el Barça.

«Nunca pensé que tuviese importancia ser más o menos pequeño. En la escuela, en los equipos de fútbol, en todas partes, siempre fui el menor de todos, pero a mí me daba

igual. La gente mayor me decía que me costaría más llegar porque era muy pequeño, pero yo no les hacía caso…».

Aquí está la clave del éxito de Messi. Al margen de su incuestionable talento para jugar al fútbol, el argentino ha llegado donde ha llegado gracias a su gran fuerza mental. Su deseo de triunfar jugando a un deporte tan complicado como el fútbol y su determinación le han ayudado a superar momentos realmente duros, como el alejamiento de su madre y sus hermanos. Esta mentalidad lo ha convertido en un referente mundial. Es un ganador indiscutible y muy autoexigente, de aquellos que se quedan triste después de un partido discreto. Eso le proporciona un margen de mejora constante, pero es necesaria una fuerza mental como la que él ha exhibido.

«Para mí, personalmente, siempre es importante ganar, pero cuando hablamos de fútbol base y, más concretamente, de fútbol base del Barça, quizás sí que hay que mirar más la formación del jugador y tratar de que crezca y aprenda. Ahora bien, en mi opinión, si eso se puede hacer ganando, siempre es mejor».

«La familia es muy importante. Cuando hago alguna cosa que no está bien, me lo hacen ver y lo cambio»

«El hecho de haber alcanzado éxitos individuales y colectivos como jugador de fútbol no me ha hecho cambiar nada. Intento ser la misma persona que he sido hasta ahora y trato de hacer lo mismo que he hecho hasta ahora, una vida normal. Para conseguirlo, es importante plantearte unas ideas claras, tener siempre ganas de trabajar y no hacer cosas que puedan perjudicar tu carrera. Evidentemente, necesitas el apoyo de la familia: padres, hermanos, tíos, primos… Siempre hablamos de estas cosas y siempre me aconsejan. La familia es muy importante. Cuando hago alguna cosa que no está bien, me lo hacen ver y lo cambio».

En el momento en que un club incorpora a un jugador menor de 16 años y que procede de otro país o de otra cultura, tendría que dedicar una atención especial a la integración del joven jugador. La pérdida de las raíces y la desvinculación de la familia y el entorno social son variables que debe tener controladas la entidad que lo fiche. El club tiene una

responsabilidad muy grande en la formación integral del jugador; por este motivo hay que valorar mucho la personalidad del muchacho en el momento de ficharlo. En este sentido, a pesar de las peculiaridades de su caso, Messi demostró su carácter al sacrificar un montón de cosas a cambio de alcanzar el sueño de dedicarse al fútbol.

«Es más difícil mantenerse que llegar»

«Es más difícil mantenerse que llegar. Para dar el salto tienes que sacrificarte mucho y tener un poco de suerte, pero mantenerse es más complicado porque tienes que tocar de pies en el suelo en todo momento. Cualquier cosa te puede hacer descarrilar cuando te encuentras en la cima. ¿Presión por ser el número 1? No, porque sólo trato de jugar al fútbol, divertirme, crecer y hacer las cosas bien. No pienso si soy el número 1 o el 2, sólo pienso en jugar bien, para mí y para el equipo».

Ser el número 1 del mundo siempre será una distinción totalmente subjetiva. Puede influir mucho el equipo en el que juegas, el número de títulos que pueda ganar este equipo y, naturalmente, la calidad individual que tenga cada uno. Ahora bien, ser el mejor jugador del mundo de un deporte colectivo es algo un poco discutible y puede resultar incluso incongruente. Es verdad, eso sí, que hay un grupo reducido de futbolistas que destacan por encima del resto, y en este grupo está Leo y otros jugadores del Barça. Ser considerado unánimemente el número 1 por todos puede provocar en un jugador la creencia equivocada de que ya está todo hecho y puede inducirlo a no buscar nuevos retos personales. No es el caso de Messi. A todo el mundo le gusta sentirse reconocido y que la gente admire tu trabajo, pero Messi ha demostrado en los últimos años que su juego no tiene sentido sin el éxito colectivo. Messi juega para el equipo y el equipo juega para Messi.

«No es fácil definir un vestuario de un equipo de fútbol. Es una especie de familia en la que todo el mundo intenta llevarse bien con los demás. Es importante tener sentido de grupo y estar unidos para que nos podamos ayudar los unos a los otros con el fin de que las cosas salgan bien el fin de semana. Todos tenemos un objetivo común y sabemos que la clave está dentro del vestuario, en la unidad. Cuando subí al primer equipo y entré por primera vez en el vestuario, se me mezclaron muchas sensaciones: miedo, alegría,

nervios… Sin embargo, tuve suerte porque me encontré a personas que me ayudaron mucho».

«Mi sueño es ganar un Mundial»

«Mi sueño era jugar en Primera División. Cuando estaba en la Argentina, quería jugar allá y, cuando vine hacia aquí, pues deseaba debutar con el Barça. Ahora que ya lo he hecho, mi ilusión y mi sueño son ganar un Mundial. Todos los jugadores quieren ser campeones del mundo, y los argentinos todavía más, por todo lo que el fútbol representa para nosotros».

Thierry Henry (Les Ulis, 1977)

Tras escuchar las reflexiones de tres futbolistas que han logrado llegar a la élite del fútbol mundial saliendo de la cantera del Barça, pensé que sería enriquecedor contrastar sus opiniones con otra figura de este deporte. También juega en el Barça, pero sus orígenes son muy distintos. «Titi» (como le llaman sus amigos) creció en un municipio situado al suroeste de París llamado Les Ulis; es la típica población cercana a una gran ciudad con grandes bloques de pisos, un vecindario de clase baja trabajadora y un elevado porcentaje de población inmigrante. Henry, por tanto, ha tenido que trabajárselo mucho para completar un palmarés envidiable con la selección francesa, con el Arsenal y con el Barça. En las distancias cortas, Henry gana mucho. Es un señor con mayúsculas, un hombre muy educado, sensible y reflexivo. Ha sido una suerte y un placer poder charlar con él de fútbol.

«Me gustaba jugar al fútbol porque hacía feliz a mi padre»

¿Por qué los niños empiezan a jugar con una pelota? ¿Por qué la mayoría de ellos se sienten atraídos por cualquier cosa esférica y tienen el impulso de golpearla con los pies? Parece obvio, pero es por pura diversión. Tenemos la necesidad de divertirnos y de disfrutar del juego desde muy chicos, y dar patadas a una pelota está al alcance de todo el mundo. Ahora bien, escoger el deporte que se querrá practicar cuando el cuerpo se desarrolle ya es otra historia. Normalmente, esta decisión viene condicionada por los padres. El hijo jugará el deporte favorito del padre porque, en cierta manera, sabe que de este modo el padre será feliz y tendrá una actitud activa en todo momento. Al niño le gusta que su padre se sienta orgulloso de él; por este motivo, aunque sea de manera inconsciente, hace feliz al padre interesándose por «su» deporte. En este caso, el padre tiene que aplaudir la elección del hijo, pero tiene que dejar que disfrute plenamente de su esfuerzo y recompensarlo cuando se lo gane. Una sonrisa será el mejor premio.

«Empecé a jugar gracias a mi padre. Los domingos por la mañana íbamos juntos a un descampado del barrio para jugar al fútbol y, es curioso, pero recuerdo que todavía era más feliz mi padre que yo. Para mí, era dar patadas a una pelota, pero mi padre se lo

pasaba de rechupete. Y, para mí, aquello era lo más importante. Me gustaba jugar al fútbol porque hacía feliz a mi padre. Yo debía tener 5 ó 6 años».

Henry creció en un barrio donde ser niño no era nada fácil. Él no reniega en absoluto de sus orígenes, al contrario: si volviese a nacer, querría vivir de nuevo allá. En el barrio se forjó su personalidad y allí adquirió la base futbolística que le ha permitido, años después, ganarse muy bien la vida. «En el barrio tienes que luchar desde muy joven porque te encuentras cosas que otras personas se encontrarán más adelante». El paso de niño a adolescente es más rápido en zonas como esta. Aprendes muy de prisa, y muchas cosas que tu mente no está preparada para entender. Es relativamente fácil desviarte del camino correcto si no recibes la ayuda necesaria.

«Crecí en un barrio muy humilde y, allí, la vida era dura. Mis padres me ayudaron mucho. Sin ellos no hubiera llegado hasta aquí. Me enseñaron valores fundamentales como la educación, el respeto y la importancia de aprender de los demás. Intentar entender a la gente que te rodea es imprescindible para convivir con ella. La gente etiqueta a las personas sin conocerlas y yo trato de evitarlo porque es lo que me han enseñado mis padres».

«En la calle aprendes a jugar con naturalidad»

Futbolísticamente, Titi se graduó en la mejor escuela del mundo: la calle. Horas y horas de fútbol, sin reglas, edades mezcladas, desventaja física, instalaciones inexistentes… Es la gracia del fútbol, con un balón ya puedes jugar en cualquier lugar. Por este motivo, es uno de los deportes más populares del mundo.

«En la calle aprendes a jugar con naturalidad. Nadie te enseña a hacer las cosas; las haces y punto. Inventas jugadas y regates. Haberte formado en la calle marca tu manera de jugar. Se nota cuando un futbolista ha aprendido jugando en la calle; tiene una actitud especial. Recuerdo que yo era muy rápido y, en la calle, en el barrio, jugaba con gente mayor que yo. Mi hermano es 7 años mayor que yo y siempre quería jugar con sus amigos. Y, claro, aprendes mucho porque tienes que ser muy listo si quieres tocar el balón».

Henry es el ejemplo práctico que da sentido a la teoría. Desde que debutó con 17 años en la liga francesa con el Mónaco, ha demostrado que la suma de técnica y velocidad son letales. En el Arsenal se hartó de hacer goles y, en el Barça, después de un primer año de adaptación (eso sí, con 19 goles y un montón de asistencias), ha sido decisivo en la temporada histórica del triplete. Lo que Henry ha hecho como futbolista profesional lo empezó a interiorizar en las calles de Les Ulis. Obviamente, no todos los niños que de pequeños juegan en la calle serán futbolistas, pero sin serlo, el camino más recto es haberlo hecho. Jugar en la calle es sinónimo de practicar horas y horas con la pelota, y esto te proporciona vivacidad y agilidad mental. Tienes que encontrar soluciones rápidas a problemas constantes. Estás jugando un tres contra tres, aparece otro amigo y, de repente, las reglas cambian: es un cuatro contra tres. O las irregularidades de un terreno de juego improvisado, con piedras, con agujeros… O la superioridad física de los amigos y/o rivales… En a calle, juegan todos contra todos. No hay categorías de edad. Tienes que ser rápido para evitar una patada o un empujón, tienes que ser hábil para marcar un gol… Todas estas cualidades, al margen de una superioridad física evidente, las tienen los chavales africanos que, por la inmigración o mediante convenio con escuelas de fútbol, llegan cada año al fútbol base del Barça. Todos tienen en común que han jugado muchas horas al fútbol en la calle y, claro, marcan las diferencias con gran facilidad.

«En Europa no hemos comprendido la importancia del deporte. En los Estados Unidos sí»

También es verdad, no nos engañemos, que la calle tiene sus peligros. Un niño puede ver y aprender cosas que no está preparado para asimilar ni combatir, y la solución puede convertirse en un problema. En este punto, Thierry Henry deriva la conversación hacia un planteamiento más profundo: la sociedad europea no da suficiente importancia al deporte. Henry se declara admirador de la filosofía deportiva de los Estados Unidos.

«En Europa no hemos comprendido que la fórmula ideal es la que aplican allá. En los Estados Unidos, el deporte está muy presente y, aquí, con una hora a la semana, parece que sea suficiente. No es suficiente. Los niños van a la escuela a las 8 de la mañana, terminan a las 5 de la tarde, tienen que hacer los deberes y ya casi no les queda tiempo

para hacer deporte. ¿De dónde sacan las horas para jugar al fútbol? Allá, la actividad física está plenamente integrada en la agenda escolar y universitaria».

Esta reflexión de Henry es muy interesante. Aquí, el deporte es, sencillamente, una asignatura más. Según mi punto de vista, el aprendizaje de conocimientos y la actividad deportiva deberían ser los pilares de la educación humana. El ser humano es mente y cuerpo. Si en la escuela trabajamos la mente, ¿por qué no trabajamos del mismo modo el cuerpo? Desde las escuelas se tendría que potenciar más el deporte como una herramienta individual de higiene corporal, de conocimiento nutricional y como vínculo de comunicación social. Los adultos, ¿aceptaríamos estar horas y horas sentados en un pupitre escuchando lecciones teóricas día tras día? Los adultos, ¿nos llevamos trabajo a casa cada día después de trabajar? ¿Acaso no basta con 8 ó 9 horas de clase al día, que los niños aún tienen que hacer deberes cuando salen de la escuela? ¿Acaso los adultos no recordamos nuestra infancia? Si queremos lo mejor para nuestros hijos, ¿por qué no les damos las mismas horas de diversión y vida social que nosotros teníamos en la calle? Y si la calle es peligrosa…, ¿qué estamos haciendo para cambiarlo? Habría que reflexionar mucho sobre si nuestro sistema educativo es compatible con un mínimo de actividad deportiva provechosa.

De este asunto, Titi sabe mucho. Tras foguearse en las calles del barrio, tuvo la suerte de ser uno de los escogidos para ingresar en el prestigioso Centro Técnico Nacional de Clairefontaine, una de las escuelas de la Federación Francesa de Fútbol.

«Fui con 13 años y no me costó demasiado adaptarme, la verdad. No añoraba a mis padres porque ellos siempre me exigían mucho, siempre me decían que tenía que darlo todo, y entonces allí estaba muy tranquilo. Siempre los echas de menos, pero no era de los que lloraba o llamaba cada día a casa… En la escuela, lo más importante es el prestigio, que los chavales que se han formado allí jueguen en grandes equipos o en la selección francesa. ¿Ganar? Hombre, si se puede ganar, hay que ganar, pero la mentalidad principal es la de formar grandes futbolistas. Yo, por ejemplo, cuando llegué al Mónaco tenía una calidad técnica superior al resto de mis compañeros. Hacíamos muchos ejercicios de repetición con el balón y los entrenadores eran muy exigentes. Estudiábamos por la mañana y entrenábamos por la tarde, sin ninguna preocupación más. Sólo regresábamos a casa el sábado para ver a la familia».

Tuve la suerte de visitar Clairefontaine hace años para aprender de los grandes profesionales que trabajan allí. Dan prioridad a la técnica, al buen trato al balón y tienen una filosofía parecida a la del Barça: incorporan chicos con talento para pulirlos. Es lo que hicieron con Thierry Henry. Una de las principales características de esta escuela es que los futbolistas regresan a casa el fin de semana para jugar con su club el partido de la jornada. Durante la semana, el jugador estudia, se entrena y vive en Clairfontaine. Allí es donde se concentra habitualmente la selección francesa.

«No me gusta nada perder. Me duele»

Juegue con la selección francesa, con el Barça o con un equipo de amigos, Henry coincide con sus compañeros de equipo: no le ha gustado nunca perder. Los profesionales del deporte, por deformación profesional, tienen el sentido competitivo muy desarrollado, y Henry lo tiene realmente interiorizado. Es como una marca de serie que comparten todos los deportistas de élite.

«Desde que era muy pequeño, odio perder. Me duele. No me gusta nada. Tengo muy mal perder. En el barrio, me enfadaba mucho cuando no ganaba, aunque fuera contra un amigo, un partidito de 2 contra 2, o una ronda de cartas. Con el tiempo, maduras y lo vas aceptando, pero el momento preciso de la derrota me sigue doliendo. Si no fuera tan competitivo, seguramente no estaría jugando con el Barça».

Desde que, con 20 años, ganó el Mundial 98 con Francia, Henry es una estrella mundial. En Francia le respetan mucho; también en Inglaterra, donde triunfó con el Arsenal, y también ha conseguido hacerse un lugar en el corazón de los aficionados del Barça. El futbolista francés sabe muy bien qué significa la fama en esta era mediática. ¿Exageramos un poco? Henry cree que sí, y, para reforzar sus argumentos, pone un ejemplo que le impactó y que confirma que es un hombre sensato:

«En Francia, por el hecho de ganar el Mundial 98 nos otorgaron un galardón llamado la Legión de Honor y me siento muy orgulloso de tenerla, pero no sé si la merecemos por ganar un torneo de fútbol…, hay veteranos de guerra que han tenido que esperar toda

una vida para obtener esta distinción, y he aquí que nosotros la recibimos 4 días después de proclamarnos campeones…».

«Siempre he tenido los mismos amigos, y no me ven como una estrella»

«Este negocio se ha salido de madre. Siempre he tenido los mismos amigos, y no me ven como una estrella. Ellos me dicen si voy bien o no, o si he hecho alguna cosa mal. Ahora parece que un jugador de fútbol sea más que un actor de Hollywood. Cuando empecé a jugar no era así. Todo el mundo quiere saberlo todo de los jugadores y existe una presión importante por conocer qué hacemos cuando no jugamos. Lo entiendo, pero a mí me gusta el fútbol y tengo la suerte de ganarme muy bien la vida jugando aquí, pero disfrutaría igual jugando en el equipo de mi barrio. Jugaría con la misma actitud».

Con 32 años, la experiencia acumulada le ayuda a definir su futuro: «Ahora estoy muy bien aquí, pero lo más importante es la salud». En 14 años como profesional, Henry ha acumulado un palmarés increíble, con títulos en Francia, Inglaterra y España; con un Mundial y una Eurocopa con la selección francesa, y la Champions que ganó en Roma con el Barça como una guinda del pastel. Una persona como él conoce perfectamente cómo funciona un vestuario profesional. Me regala una definición perfecta para cerrar este capítulo.

«Un vestuario es como un castillo de cartas. Es muy difícil construirlo, pero se cae con mucha facilidad. Lo más importante para un equipo es que todos los jugadores puedan mirarse a los ojos después de un partido y comprobar que confían los unos en los otros. Es un trabajo individual, hay que luchar cada día para sentirse parte del grupo y, sobre todo, siempre hay que tener respeto por los compañeros».

La voz de la experiencia

En todos los ámbitos de la vida, pero especialmente en el mundo de la formación, la experiencia es un valor fundamental. Escuchar a los profesionales que ya han vivido situaciones que uno se puede encontrar es muy enriquecedor, muy didáctico. Se trata de aprender del pasado para poder evolucionar en el futuro, reciclando, si hace falta, métodos y estrategias de trabajo que siempre han funcionado. En resumen, tomar nota de la voz de la experiencia. Eso es lo que he querido hacer en este capítulo dedicado a condensar, en unas cuantas páginas, horas y horas de conversación con personajes que han hecho historia en el Barça y en el mundo del fútbol. Sus vivencias personales como futbolistas o técnicos pueden ayudarnos a entender algunas claves del complicado proceso de formación de un joven que sueña con ser jugador de fútbol profesional. **Antoni Ramallets, Laureano Ruiz, Josep Maria Fuster, Carles Rexach, Quique Costas, Albert Benaiges, Julio Alberto, Mazinho, Guillermo Amor** y **Rodolf Borrell**, pertenecen a generaciones distintas, pero todos ellos tienen cosas en común: les apasiona el fútbol, aman el Barça y se hacen escuchar.

Antoni Ramallets (Barcelona, 1924)

Si el objetivo era tomar nota de la voz de la experiencia, no podía dejar de escuchar a uno de los mejores porteros de la historia del Barça. Defendió los colores del club durante 15 temporadas, desde 1947 hasta 1961, y formó parte del mítico equipo de las «5 copas». Jugó, entre otros, con Kubala, César, Segarra, Luis Suárez y en su palmarés figuran 5 Ligas y 6 copas del Generalísimo. Siempre ha tenido las ideas muy claras y sigue exhibiendo una fuerte personalidad.

«En aquella época, en el vestuario éramos un grupo de amigos que sentíamos los colores»

«Empecé a jugar al fútbol porque mi padre y mi tío eran muy aficionados. Siempre me hablaban de Samitier o de Zamora, y me llevaban con ellos a ver partidos en el campo del Sants, del Barça y del Europa. Jugando en este equipo, empecé a pensar que me podría dedicar al fútbol. Era portero porque de pequeño estaba rellenito y no me gustaba correr. En el Europa cobraba 750 pesetas de ficha anual».

«Mi deseo de triunfar me llevó al F. C. Barcelona. Después de un año en Mallorca cedido y haciendo el servicio militar, se interesaron por mí y me hizo mucha ilusión que me fichasen. Me lo tomé muy en serio y, puesto que Samitier confiaba mucho en mí, acabé jugando de titular a pesar de que cuando llegué había 5 ó 6 porteros».

«Recuerdo especialmente el día de mi despedida. Fue el 6 de marzo de 1962, en el Camp Nou, con 80.000 personas en las gradas. Jugamos contra el Hamburgo, en 20 minutos hice un par de paradas buenas y se detuvo el partido para despedirme con una ovación. Fue muy emocionante. Por otro lado, el peor recuerdo, claro, fue la final de Berna del 1961, cuando perdimos contra el Benfica por 3 a 2, la famosa final de los palos. Chutamos 5 veces al palo; fue increíble. Ni yo ni mis compañeros no tuvimos el día, no nos salió nada bien y se nos escapó una final que tendríamos que haber ganado por 5 ó 6 goles de diferencia. Aquel disgusto precipitó mi retirada».

«Intenté ser entrenador, pero no me gustó. Estuve en el Zaragoza, el Logroñés y el Valladolid, donde un año quedamos cuartos en Primera División, pero era un trabajo

muy ingrato y los éxitos siempre se los apuntaban los directivos. Lo dejé y me dediqué a trabajar en la banca».

«Conservo un gran recuerdo de Domènec Balmanyà y de Helenio Herrera (HH). Han sido los dos mejores entrenadores que he tenido. Sabían explicar muy bien las cosas y conseguían que el futbolista no se hiciera el despistado. Ambos tenían el don de darte indicaciones precisas con autoridad, pero sin mala leche. Había gente que no los entendía, pero yo siempre consideré que trataban a los jugadores con respeto. HH vivía para el fútbol, era muy listo y sabía mucho. Tenía el archivo de futbolistas más importante del mundo. Cuando se fue al Inter, quería que me marchase con Luis Suárez, pero yo no quise ir».

«En aquella época, en el vestuario éramos un grupo de amigos que sentíamos los colores. A diferencia de lo que ocurre ahora, los jugadores pasábamos muchos años en el club. Yo estuve 15 temporadas; Seguer, también; Gonzalvo III, 13; Biosca, 10, y, claro, nos conocíamos muy bien, sabíamos cuáles eran nuestras virtudes y nuestros defectos. La clave de mi éxito fue la regularidad, los compañeros sabían que "el Antonio", normalmente no les iba a fallar».

«A los jóvenes que quieren dedicarse al fútbol, les recomendaría que no dejasen de estudiar porque adquirirán unos conocimientos que les pueden servir en el futuro. Estudiar fomenta la compañía y te enseña a escuchar, valores interesantes para cualquier deportista».

«Creo que Guardiola ha hecho muy bien en suprimir las concentraciones previas a los partidos en un hotel. Seguro que el jugador lo agradece y esto puede influir positivamente en su rendimiento. La estabilidad familiar es muy importante para el futbolista».

«Estudiar fomenta el compañerismo y te enseña a escuchar»

Laureano Ruiz (Santander, 1937)

Viajé hasta Santander porque siempre vale la pena escuchar de cerca las sabias reflexiones de uno de los maestros del fútbol de formación. Entre quienes nos dedicamos a la enseñanza futbolística, Laureano siempre ha tenido un gran predicamento por el amor incondicional que ha mostrado hacia el fútbol y por la capacidad de aprender y de enseñar que posee. Laureano Ruiz dejó su huella en el fútbol base del Barça a comienzos de los años 70, forjando jugadores como Tente Sánchez o Miguel Olmo. También fue ayudante de Heness Weisweiler en el primer equipo del Barça (1975-76) y entrenador en solitario cuando el presidente Montal destituyó al técnico alemán. Voluntariamente desapareció del fútbol de élite para concentrase en el fútbol formativo. Hace años que disfruta siendo el director de la Escuela Municipal de Fútbol de Santander. Cada temporada tiene a su cargo 700 niños cántabros que aspiran a seguir los pasos de otros discípulos de Laureano, como Iván de la Peña, Pedro Munitis o Iván Helguera. La filosofía de la escuela se resume en una frase que Laureano Ruiz acostumbra a repetir a sus jugadores: «Cuanto mejor juguéis, más disfrutaréis. Si lográis realizar una jugada o un gol excepcional, estaréis muy próximos a la felicidad. Ese debe ser vuestro gran objetivo, no ganar el partido». Viéndolo trabajar en persona, te das cuenta de que el fútbol es su vida. Te contagia su energía.

«Ganar es importante, pero no es lo más importante»

«Faltan maestros de fútbol. Yo he aprendido mucho a lo largo de mi carrera y creo que nunca dejaré de hacerlo. Siempre he pensado que el aprendizaje tiene que ser continuo, cuanto más sabes, más puedes explicar. El entrenador de fútbol base es un profesor. En categorías superiores, eres entrenador o alienador, pero nosotros somos maestros que enseñamos y formamos».

«Es una lástima que los futbolistas profesionales que se retiran quieran seguir vinculados al fútbol profesional como entrenadores de equipos de adultos. Ya sé que en el fútbol base no hay dinero, pero la Federación tendría que impulsar proyectos para formar correctamente a estos ex futbolistas para que compartan sus conocimientos con

los más jóvenes en escuelas de fútbol. Existe una falta importante de entrenadores de fútbol base con cierto nivel. ¿Sabes por qué? Pues porque el fútbol está empezando, esto se ha descubierto hace poco».

«El fútbol está empezando»

«Hay jugadores buenos en todas partes, pero hace falta que alguien les enseñe. Y también hacen falta hombres como Guardiola, que dan oportunidades a jugadores de la cantera. Si el entrenador no fuese él, algunos jugadores no hubiesen dado el salto, segurísimo. Recuerdo el caso de un entrenador que llegó a un club de Primera donde conceden mucha importancia a la cantera. La directiva le aconsejó que contase con los jóvenes del filial, pero él dijo: "¿Yo tengo que subir jugadores para formarlos, perder partidos y que me echéis? No. Ya sé que serán buenos jugadores, pero a mí me despediréis si no gano". Le respondieron: "Escucha, si no lo haces te echaremos a la calle", y así fue».

«Ganar es importante, pero no es lo más importante. Te pongo un ejemplo concreto. Tú y yo entrenamos dos equipos de niños de 10, 11 ó 12 años, más o menos del mismo nivel. Tú intentas que jueguen bien al fútbol, tocándola y enseñándoles conceptos tácticos, y yo pido que jueguen "al patadón", pelotas arriba y chutar a portería. Te aseguro que te ganaríamos siempre, aprovechándonos de vuestros errores. Un mal pase, la cortas y gol. Ahora bien, si durante tres años continuamos jugando igual los dos equipos, aunque es posible que te hubiesen despedido, ja, ja…, al cabo de estos tres años, seguro que tu equipo nos ganaría siempre. Los tuyos habrían aprendido a jugar, y los míos, no. Así de sencillo».

«¿Jugar bien o ganar? La pregunta es un error. Si juegas bien, acostumbras a ganar, aunque siempre hay que valorar al rival. El adversario cuenta, y mucho. Por ejemplo, hace poco, con el equipo de la Escuela Municipal jugamos contra el Racing de Santander, un equipo muy superior. Nos colocamos bien, tuvimos buena actitud y perdimos en los últimos minutos del partido. Nunca entro en el vestuario después de los partidos, pero aquel día quise entrar para felicitar a los chavales. Me los encontré a todos llorando y muy disgustados. Les dije: "No habéis perdido. Cuando alguien juega con estas ganas y lo da todo, nunca pierde"».

«En la actualidad, a los niños les falta espíritu de sacrificio y de superación»

«En la actualidad, a los niños les falta espíritu de sacrificio y superación. Se lo dan todo. Tienen miedo de recibir un pelotazo, incluso. Desde hace unos años, la situación ha cambiado bastante. Cuando trabajaba en Barcelona, en el Consejo del Deporte, recuerdo que un día hicimos unas pruebas en los Escolapios y había de todo, niños que jugaban bien y niños que jugaban mal. Sin embargo, lo que más me impactó fue ver a un chaval que después de la sesión se quedaba solo chutando el balón contra la pared. Le pregunté qué hacía y me respondió que esperaba que su padre fuese a buscarlo. Pregunté a los entrenadores de la escuela sobre aquel muchacho y me respondieron que no lo hacía mal, pero que no tenía futuro. "Creo que os equivocáis", les dije. Jugaba con unas ganas, él solo, con tanta ilusión, que al final tenía que llegar a ser bueno. El chaval se llamaba Albert Ferrer. Luchó para ser futbolista y lo consiguió».

«La diversificación de posiciones ayuda mucho a la formación de los futbolistas. Recuerdo el caso de Salva, que jugó en el Barça y el Zaragoza. Era juvenil cuando lo fichamos por el F. C. Barcelona procedente del Sant Gabriel. Tenía mucha calidad y lo subimos al Barça Atlètic. Discutimos con el entrenador cuál sería la posición ideal de Salva. Él me decía que defensa, porque todavía le faltaba físico para jugar en el medio del campo. Yo le decía que tenía razón, que sabía que acabaría siendo defensa, pero que era mejor colocarlo de mediocampista porque aprendería mucho más y, cuando llegase al primer equipo, ya estaría preparado. Y así fue, aunque las lesiones perjudicaron mucho su carrera. Siempre sitúo a los jugadores que pueden mejorar en una situación más avanzada de la que creo que terminarán jugando».

«La primera vez que me di cuenta de la influencia de los padres en este deporte fue un día en que comprobé que un jugador de mi equipo no hacía las cosas de la forma como yo se las pedía porque su padre le decía lo contrario. Hacíamos unos ejercicios de pases en los entrenamientos y, en los partidos, él siempre escogía una opción que no ensayábamos. Al comienzo pensaba que, al ser nuevo, se estaba adaptando, hasta que supe que no le pasaba el balón a un compañero X porque el padre le había dicho que no lo hiciera, vete a saber por qué motivo o por qué conflicto con el padre del otro niño. Me reuní con el padre y lo solucionamos, pero en ese momento me di cuenta de la influencia de los padres. He visto padres mandar incluso en los entrenamientos…, también es

verdad que hay padres que pueden ayudar mucho y que colaboran siempre con el entrenador. Los padres pueden ayudar, pero también pueden perjudicar mucho. En realidad, en mi época no venían a vernos jugar y, en cambio, ahora vienen incluso los abuelos… El problema es que la familia lo ve desde un punto de vista individual, y, nosotros, desde un punto de vista colectivo».

«A los niños hay que cuidarlos y formarlos, sobre todo, como personas»

«A los niños hay que cuidarlos y formarlos, sobre todo, como personas. Te explicaré un caso que viví en Barcelona. Cuando fiché por el Barça, quise saber qué hacían los jugadores del Juvenil cuando no se entrenaban. Mi sorpresa fue enorme cuando escuchaba siempre la misma respuesta: "Míster, yo juego al fútbol". Me quedé horrorizado y pensé que tenía una gran responsabilidad. O todos llegarán a ser futbolistas profesionales… ¿Y qué sucederá con su futuro? Hablé con la directiva y obligamos a los chicos a escoger entre dos opciones: trabajar o estudiar. Les tenemos que enseñar fútbol, pero, sobre todo, les tenemos que formar como personas».

Josep Maria Fusté (Linyola, 1941)

Como Ramallets, es una de las leyendas del barcelonismo. Muchos años antes que Bojan Krkic llegase al mundo, a Fusté ya lo habían bautizado como «el chico de Linyola», cuando era el líder del Barça de los años 60. Mediocampista de raza, fuerza y mucho carácter, jugó 12 temporadas en el Barça y dos más cedido en el Osasuna. No pudo lograr muchos títulos con el club, pero formó parte del equipo español campeón de la Eurocopa en 1964. Fusté siempre habla sin pelos en la lengua.

«En edades de formación, no es importante ganar, es más importante saber perder»

«Un día, mientras jugaba con la selección de Lleida, me vio un señor que se llamaba Josep Boté y me dijo que el F. C. Barcelona hacía unas pruebas en el campo de la España Industrial durante el mes de agosto. Me recomendó que fuera, y fui. Después de un par de pruebas, el señor Boté vino a casa de mis padres para ficharme y, claro, tenía que irme a vivir a Barcelona. Al principio, mi padre se negó, porque quería que estudiase y dijo que era demasiado joven. Total, que me quedé dos años más en el pueblo. Tras estos dos años, me volvieron a ver en un partido en Lleida y me volvieron a hacer la propuesta. Entonces, mi padre estuvo de acuerdo… Fui a vivir en uno de los pisos que el Barça tenía para jugadores jóvenes, en la calle Diputació n.º 187. Era como La Masía en la actualidad. Allí vivíamos todos los de fuera de Barcelona. Los de Lleida, Girona y Tarragona. Estuve desde los 13 hasta los 17 años».

«Los primeros meses fueron un poco tristes. Echaba mucho de menos mi entorno. Durante la semana, todavía me lo pasaba bastante bien, pero los fines de semana se hacían eternos. Muchos compañeros que estaban en la residencia decidieron regresar a casa. Un muchacho que se llamaba Carbonell, que era el mejor de los tres que entramos juntos, no pudo aguantar y regresó a su casa. Pasar de Linyola a Barcelona no era nada fácil, en absoluto. No me acostumbraba. Tuve la suerte de que me gustaba tanto jugar al fútbol que podía superar toda la añoranza que sentía. Entre semana, por las mañanas estudiábamos, y, por las tardes, tocaba fútbol. En aquella época sólo entrenábamos dos

veces por semana. Eso sí, los fines de semana, desde el partido del sábado por la mañana hasta el lunes, se hacían eternos. Cuando el primer equipo jugaba en casa, todavía…».

«Cuando tenía 17 años, el Osasuna, que aquel año había descendido a Segunda División, me vino a buscar. Fui con dos jugadores del Condal –Celdrán y Salvador–. Ellos ya tenían 25 años y yo apenas era un cachorro. El entrenador era Miquel Gual, un catalán. Mi padre, payés, me dijo: "Mira, hijo, pruébalo y, si no funciona, vuelves aquí y ya jugarás en el Lleida, el Mollerussa o el Balaguer". Como el entrenador era catalán y me acompañaban estos dos jugadores del Condal, decidí aceptar la propuesta de ir cedido al Osasuna. En plena temporada, mi padre murió. Regresé a casa y estuve dos meses con mi madre. Cuando ella se recuperó un poco, me preguntó: "¿Qué, hijo, qué piensas hacer?". Yo era el único hijo soltero que quedaba en casa y lamentaba tener que irme. Pero mi madre, que tenía un carácter fuerte y era una persona excelente, me animó a continuar mi carrera en el mundo del fútbol. En Pamplona todo fue muy bien. Teníamos un gran equipo y ascendimos a Primera con facilidad. El segundo año quedamos sextos en Primera y el Barça decidió que tenía que regresar».

«Cuando volví del Osasuna, Helenio Herrera estaba en el Inter de Milán y vino para ficharme, pero Enric Llaudet no me dejó marchar. En aquel momento, la italiana era la primera liga de Europa. Me hacía mucha ilusión irme, pero estoy muy contento de haberme quedado en el F. C. Barcelona».

«Modestia aparte, yo era el líder del equipo. Cuando jugaba, todo el mundo estaba pendiente de mí, ya que sabían que llevaba al equipo. Y para ser así, hay que nacer de ese modo. Una cosa es ser un genio del balón y otra es ser líder del equipo. Por ejemplo, cuando Guardiola jugaba, él era el líder. En estos momentos, Xavi lo es. Normalmente, lo son personas que están atrás o en medio campo. Es difícil serlo cuando eres delantero».

«En categorías de formación es más importante saber perder y entender que el rival puede ser superior»

«Los niños que juegan al fútbol tienen que pasárselo bien. No tienen que sufrir. En categorías de formación no es importante ganar, es más importante saber perder y entender que el rival puede ser superior. Técnicamente, los entrenadores de fútbol base

deberían enseñar, sobre todo, el control del balón. Messi es un ejemplo de cómo detener el balón, cómo hacer un control orientado al primer toque. Eso es un don que cuesta mucho de adquirir».

«El jugador que, además de talento, es trabajador y tiene capacidad de sacrificio siempre llega a conseguir su meta. El futbolista cómodo suele dejarlo durante el camino. Yo reconozco que tenía un carácter "medio raro" y anárquico: abandoné el fútbol a los 29 años. Estaba fuerte como una bestia y hubiese podido aguantar seis años más en activo, como muchos de mis compañeros, pero, mira, en aquel momento ya tenía suficiente…».

«El jugador que, además de talento, es trabajador y tiene capacidad de sacrificio siempre llega a alcanzar su meta»

«¿Los padres? En mi época también había problemas. La principal diferencia con lo que sucede ahora es que muy pocos venían a vernos. No había tanta presión. Mi padre, por ejemplo, con el trabajo que llegaba a tener en el campo, pocas veces vino a verme. Recuerdo un padre que llegó a ser famoso porque incluso saltaba al campo y decía que le pasasen el balón a su hijo, que era el único que sabía… Cuando trabajé en la escuela TARR, pedía una corrección total a los padres, y que dejasen jugar a los niños y disfrutar del fútbol. En algún caso incluso llegué a amenazar con la expulsión del niño del equipo, si el padre no mejoraba su conducta».

Carles Rexach (Barcelona,1947)

Charly necesita pocas presentaciones, pero no está de más recordar que lleva 44 años vinculado al Barça: 5 temporadas como jugador de categorías inferiores, 17 como futbolista profesional, 9 como segundo entrenador, con Luis Aragonés y Johan Cruyff, una como entrenador en solitario del primer equipo y, el resto, como secretario técnico, responsable del fútbol base o técnico del Juvenil. Más de media vida en el club. Pasar un rato con él sirve para comprobar que las 24 horas del día piensa en clave fútbol. Lejos de la imagen de desinterés que proyecta y, a veces, fomenta, te encuentras a una persona que domina la situación más de lo que parece. Disfruta explicando anécdotas de su amplia experiencia futbolística y, además, lo hace con gracia. Si no existiera Charly, habría que inventarlo.

«De vez en cuando, en el fútbol base, es importante perder»

«Todo el mundo empieza a jugar al fútbol de la misma manera, chutando una pelota cuando aprende a mantenerse de pie. Además, yo tengo dos hermanos gemelos un año y medio menores que yo y, por tanto, siempre encontraba alguien con quien jugar. Enseguida vi que tenía facilidad para el fútbol y me apunté en la escuela. También jugué mucho en la calle, porque al lado de mi casa en Pedralbes, casi a las afueras de Barcelona, había un campo de fútbol y muchos descampados. Antes se hacía más vida en la calle y cuando no jugabas a fútbol, correteabas arriba y abajo, te subías a un árbol, patinabas, ibas en bicicleta… Estabas toda la tarde jugando, y esto te proporcionaba una especie de coordinación física natural. Ahora, el niño que juega al fútbol, sólo lo hace dos horas al día tres días por semana y basta. Los niños están demasiado programados».

«De pequeño tenía clarísimo que quería ser futbolista; incluso lo tenía demasiado claro»

«Cuando era pequeño, era muy individualista. Mi obsesión era regatear a todo el equipo y, luego, marcar. Pasarla solamente era un recurso. Era muy anárquico, pero muy

competitivo. Si no lo eres, difícilmente servirás para ser buen futbolista. Todo el mundo dice que es un deporte colectivo y que se juega en equipo, pero hay que ser egoísta para triunfar. Tienes que querer ser mejor que el compañero para jugar siempre; es una lucha continua, no tienes que dejar que te pisen nunca. De pequeño, tenía clarísimo que quería ser futbolista; incluso lo tenía demasiado claro. Era un poco inconsciente, pero tenía un convencimiento absoluto y estaba muy ilusionado».

«Es vital que los chavales siempre tengan ganas de jugar, y que se enojen si no lo hacen. Si desde pequeño no tienes este afán, malo. Además, para ser un buen futbolista, creo que tienes que tener unas cuantas cualidades de serie, casi de nacimiento. Luego puedes pulir lo que haga falta, pero tienes que tener unas condiciones innatas y estar muy convencido de que las posees. Cuando vas creciendo, ya intervienen otros factores, como la presión o jugar frente a mucha gente. A mí, por ejemplo, no me afectaba en absoluto; al contrario. Siempre me motivó más jugar delante de mi padre o de la gente. Pensaba: "Ahora marcaré un gol y os haré callar…". Hay que ser un poco exhibicionista».

«Cuando subí al primer equipo del Barça, vi que el sueño de mi vida se convertía en realidad»

«Cuando subí al primer equipo del Barça, vi que el sueño de mi vida se convertía en realidad. Todo fue muy meteórico. Desde los 10 u 11 años jugaba en categorías inferiores, pero en el año 1965, en un mes y medio, la vida me cambió. Jugaba con el Juvenil A del Barça, gané el campeonato de España con la selección catalana, fui con la selección española al campeonato del mundo y me llamaron para jugar con el primer equipo, que entonces entrenaba Salvador Artigas. Yo pensaba que me estaban gastando una broma, pero no, fuimos a Santander, ganamos 0-4 un partido de Copa y marqué el primer gol. Debuté antes de que lo hicieran compañeros que siempre iban por delante de mí, como Lluís Pujol, el Gonzalvo o el Paredes… En fin, el sueño de mi vida hecho realidad».

«No creo que haya sacrificado nada por el hecho de haber sido futbolista profesional. Hombre, quizás algún día no podía salir la noche antes de un partido, pero me quedaba en casa con gusto. Soñaba con el gol que iba a marcar el día siguiente y, a veces, lo hacía de verdad durante el partido… No tengo la sensación de haberme perdido nada. No me

he privado de nada, ni ha sido un esfuerzo terrible. Hacía lo que quería, jugar al fútbol. Incluso me llegaban a molestar las vacaciones de verano. Demasiado tiempo sin jugar al fútbol».

«En un vestuario no todo es coser y cantar. El fútbol es un deporte de contacto, y en los entrenamientos hay mucha competitividad. Son profesionales que luchan continuamente para tener mayor presencia. Siempre hay un grupo de 8 ó 9 que tienen una amistad de verdad y que forman una pandilla, pero es imposible que todos sean amigos. Si se respetan, ya es suficiente».

«Para aprender a competir hay que aplicar un poco el ingenio porque, ganando siempre, no sabrás qué es competir, y eso sucede en el fútbol base del Barça. Te pondré un ejemplo del mundo del tenis: si juegas contra otra persona y ganas 6-0 en el primer set, lo más normal es que ganes fácilmente el segundo set. Te apuntarás la victoria, pero no habrás competido. Lo mejor es ponerte un *handicap*; por ejemplo, jugar el segundo *set* sólo con boleas. Puesto que no estás acostumbrado, perderás y te obligarás a ganar el tercer set con mayor presión. Entonces ganarás el partido compitiendo. Esta es la idea de aprender a ser competitivo».

«De vez en cuando, es importante perder en el fútbol base. Me explico: llega un momento en que, jugando en categorías inferiores del Barça, cuando estás a tu nivel habitual, siempre ganas. Entonces, cuando se igualan las fuerzas, puedes tener un bajón importante porque no estás acostumbrado. Ganar siempre no es bueno, porque el jugador se acostumbra y no va al 100 %. Si vas 3-0 en el descanso, ya sabes que ganarás; no sirve de nada ganar 7-0 u 8-0. Por tanto, el entrenador tiene que intentar ponerlo más difícil a sus futbolistas, que jueguen a un toque, más velocidad, que aquel no regatee porque siempre se va…, hacer tejemanejes para que la victoria sea más meritoria».

«Cuando un niño tiene un don especial, hay que potenciárselo»

«El futbolista genial, normalmente, sale del hambre. Hace las cosas porque sí, de forma natural. Aquí tenemos jugadores más formados, más académicos, chavales que ya saben interpretar el fútbol y que también son muy buenos. Si se juntan ambas cosas, nos encontramos casos como los de Leo Messi, la suma perfecta de una calidad innata increíble y la cultura futbolística del Barça. Por esto es un fuera de serie».

«La filosofía del fútbol base del Barça tiene muchos "pros", pero también le veo un punto en contra. Está claro que todos los jugadores crecen aprendiendo la idea del toque, del control, del pase rápido, pero, en cambio, no se fomenta que un jugador pueda regatear, aunque tenga facilidad para hacerlo. Tendríamos que enseñarles a hacerlo con inteligencia, porque es una carencia del fútbol actual y, para un equipo, tener un especialista en este ámbito sería un valor añadido. Cuando un niño tiene un don especial, hay que potenciárselo. Hablo de driblar, de chutar, todo eso. Por ejemplo, Messi es bueno con la derecha, pero su pierna es la izquierda. Pues que mejore con la izquierda y que la derecha acompañe. Si hace 1.000 goles y 800 son con la izquierda, pues perfecto».

«El éxito es lograr lo que te has propuesto, aquello que quieres»

«Para mí, el éxito es lograr lo que te has propuesto, aquello que quieres. Está al alcance de poca gente, y hacerlo durante mucho tiempo es todavía más difícil. Yo he tenido la suerte de conseguirlo. Parece poco modesto, pero además lo he conseguido sin esfuerzo. Yo jugaba bien porque tenía calidad, chutaba bien, regateaba… Yo le doy más valor a quien juega bien por calidad que no a quien se esfuerza más, aunque seguramente tiene más mérito. Reconozco que es mi filosofía de vida. Que conste que valoro el esfuerzo, pero admiro el talento en cualquier ámbito de la vida. Siempre he pensado así y ahora no cambiaré».

«Mi sueño actual es seguir haciendo deporte toda la vida. No puedo estarme quieto. Juego al tenis, al pádel, voy a esquiar, monto en bicicleta… Si no pudiera hacerlo, me frustraría. Puedo dejar de ver la televisión, escuchar música o beber vino, pero no podría dejar de hacer deporte».

Quique Álvarez Costas (Vigo, 1947)

En el año 1971 dejó Galicia, su tierra, para instalarse en Barcelona y hacer carrera con el Barça. Fue defensa azulgrana durante nueve años (1971-1980) y luego siguió vinculado al club como técnico del fútbol base. Ha dirigido el filial en varias etapas y es especialista en preparar a los jugadores que están a un paso del profesionalismo. Muchos de los «cracs» del primer equipo actual (Puyol, Xavi, Iniesta…) han pasado por sus manos. Siempre ha actuado con naturalidad y discreción, valores que lo han convertido en un técnico respetado por todos los entrenadores del fútbol base del Barça.

«Las cosas siempre me han venido rodadas, prácticamente sin buscarlas»

«Empecé, como casi todos los niños, jugando en la calle y en la escuela. Iba a un colegio de Vigo que tenía unas instalaciones magníficas, con muchos campos de fútbol, y me aficioné mucho. Jugar en la playa con los amigos también me ayudó enormemente. Formé parte del equipo del barrio hasta que fui al Celta. Una vez allí, tuve que escoger entre seguir estudiando –lo que significaba ir a Madrid para cursar estudios universitarios como mis hermanos– o el fútbol. Puesto que era juvenil y ya había debutado con el primer equipo del Celta, escogí el fútbol. Fue un disgusto para mis padres, porque todos mis hermanos habían ido a la universidad, pero yo me quedé en Vigo porque me gustaba el fútbol. Vivía en casa con mis padres y ayudaba en un colmado que teníamos».

«El cambio importante vino cuando me fichó el Barça. Antes, el fútbol era distinto, y cuando vivía en Vigo no daba demasiada importancia al hecho de ser futbolista. No se pagaba ni mucho menos lo que se paga ahora, y nunca me había planteado vivir del fútbol. Todo era menos mediático, no conocías qué había fuera. Cuando vine a Barcelona, me di cuenta de que aquí todo tenía mucha más trascendencia. Las cosas siempre me han venido rodadas, prácticamente sin buscarlas, y haber llegado de este modo me dio una gran tranquilidad».

«Ya tenía 22 años, pero me costó adaptarme. Tenía "morriña" y fue un poco duro. La segunda temporada vino mi chica de Vigo y nos casamos. Poco a poco me acostumbré al

cambio y empecé a concentrarme en el fútbol, porque en este club, o bien aprietas los dientes, o no hay nada que hacer».

«Guardo un buen recuerdo de Basilea, de la final de la Recopa del 1979»

«Guardo un buen recuerdo de Basilea, de la final de la Recopa del 1979. Hacía un día precioso y nos impresionó mucho, cuando llegamos al campo, ver a toda la gente del Barça que llenaba las gradas laterales y uno de los goles con banderas catalanas y azulgranas. Antes de la final estaba un poco nervioso, pero cuando empiezas a jugar, todo se te pasa».

«Me retiré a los 33 años, aunque podía haber continuado jugando en algún club de categoría inferior. Fue un momento delicado, pero me daba pereza marcharme con mi familia a otra ciudad, y decidí parar. El Barça se portó muy bien conmigo, porque me ofreció entrar a trabajar en el cuerpo técnico del fútbol base y lo acepté. Fue duro dejar de jugar al fútbol, pero mi esposa estaba encantada. Compaginé las tareas de entrenador con el trabajo de comercial en un banco durante 10 años. Bajo mis órdenes tuve a jugadores como Albesa, Vinyals, Palau, Pinilla, Guardiola, *Txapi* Ferrer, Lucendo, Sánchez Jara… Entrené el Infantil, el Juvenil y, cuando subí al Barça C –que entonces jugaba en Segunda B–, ya me lo tomé más en serio».

«He tenido la oportunidad de irme, pero decidí quedarme, porque me lo paso muy bien entrenando a chavales»

«Con la llegada de Johan Cruyff al club ya me convertí en totalmente profesional. Quiso que entrenase el filial y firmé un nuevo contrato con el Barça. Desde aquel momento, siempre he seguido vinculado al club. He tenido la oportunidad de irme del Barça: hubo un año que el Sporting quiso ficharme, pero decidí quedarme porque me lo paso muy bien entrenando a chavales. He tenido mucha suerte con los muchachos que he dirigido, pero recuerdo especialmente una generación impresionante que más tarde sería conocida como la "quinta del calvo": Arnau, Roca, Quique, Mingo, Roger, Celades, Toni Velamazán, Iván de la Peña, Óscar Arpón, Javi Moreno y Juan Carlos Moreno.

Saltaron todos juntos del Sub-19 al filial y jugaban muy bien porque habían jugado juntos desde pequeños».

«Lamento lo que sucede con los representantes, con los padres que se piensan que sus hijos son estrellas antes de que lo sean… Hay muchos casos así. A veces voy a ver partidos de Tercera o de Segunda B y me encuentro a muchos jugadores que habían pasado por el Barça y que ya se veía que no tenían un comportamiento adecuado. Muchos me dicen: "¡Ostras, Míster, cuanta razón tenías…!". Yo no lo decía por sabio, sino por experiencia».

«Motta y Oleguer son dos casos bastante curiosos. Motta ha sido uno de los futbolistas más buenos que he tenido nunca, y cuando jugaba con nosotros, tenía las ideas muy claras y era un chico muy tranquilo. Después, entre las lesiones que tuvo y el hecho de que se le subieron un poco los humos, pues no ha sido el jugador que pensaba, aunque ahora parece que en Italia vuelve a estar bien. En cambio, no pensaba que Oleguer pudiera jugar tantos años en el primer equipo. Tenía unas condiciones físicas increíbles, pero llegó muy tarde al Barça. Eso sí, él tenía una cabeza privilegiada, no hacía nunca nada que no pudiese hacer. El "coco" es fundamental».

«Me gusta que los técnicos tengan un trato humano con los futbolistas»

«De un técnico, me gusta que sea una persona normal, que tenga un trato humano con los futbolistas. Cuando era jugador, esto se agradecía. Además, hay un momento en que difícilmente te podrá corregir individualmente porque tú mismo sabes las limitaciones que tienes. Es más importante que te trate como a una persona, para darte confianza».

Albert Benaiges (México DF, 1955)

Su nombre ya ha aparecido en este libro, en las líneas dedicadas a Andrés Iniesta. Las palabras de agradecimiento del jugador de Fuentealbilla pueden servir de ejemplo para definir la contribución de este entrenador de fútbol base del Barça. Ha trabajado en el club en distintas etapas, ha entrenado a centenares de futbolistas de varias generaciones y tiene un gran conocimiento del fútbol de formación. Procede del campo de la docencia y siempre ha valorado mucho el trato humano. Albert Benaiges es de aquellas personas que han trabajado a la sombra para que la cantera del Barça tenga, en estos momentos, renombre internacional.

«La formación personal del futbolista es fundamental»

«Yo jugaba en Tercera División, pero me gustaba mucho todo lo que se relacionaba con la tarea de entrenador. Cuando vi que no tendría futuro como futbolista, empecé a entrenar de joven con el objetivo de llegar muy alto y, algún día, conseguir ser entrenador de Primera División. Esto es muy difícil, por muy pronto que empieces y, además, ahora estoy encasillado en este ámbito del fútbol base».

«La actitud personal y la calidad individual son factores clave para el crecimiento de un futbolista, pero esto no es ninguna ciencia exacta. El mejor jugador que he visto jamás en las categorías Benjamín y Alevín, un muchacho que se llama Juan Carlos Pinilla, de la época de Guardiola, no pasó nunca del Barça C y terminó jugando en quipos de Regional. Es muy difícil prever hasta dónde puede llegar un niño, por muchas cualidades que tenga cuando es pequeño. Hay casos a la inversa, como el de Andreu Fontàs. Nadie lo había descubierto hasta que lo fichamos para el Juvenil».

«La edad ideal para empezar a saber si un muchacho tendrá futuro o no es la etapa de cadete (14-15 años), cuando ha terminado de hacer el cambio físico. También conviene esperar a que termine la adolescencia para saber qué tipo de personalidad desarrolla y qué actitud apunta que tendrá en el terreno de juego».

«El fútbol es un deporte colectivo y los formadores tenemos que incidir mucho en el aspecto humano, porque, por mucha calidad técnica o física que tenga un chaval, si no

tiene la cabeza bien amueblada, se quedará por el camino. Algunos llegan, pero muy pocos. Da pena ver a jugadores con mucha calidad en categorías regionales y descubrir que no han jugado en categorías superiores porque han tenido problemas personales, falta de educación, drogas, alcohol… En fin, la formación personal del futbolista es fundamental. Para que un jugador llegue al primer equipo del Barça, evidentemente tiene que ser muy bueno desde el punto de vista futbolístico, pero, sobre todo, tiene que estar bien formado como persona, tiene que estar preparado para asumir todo lo que supone jugar en el Barça».

«Si Andrés no fuese futbolista profesional, también me estaría agradecido, aunque nadie lo sabría»

«Como estaba soltero, cuando los fines de semana iba a ver partidos de fútbol, me acompañaban jugadores que vivían en La Masía, como Andrés Iniesta, Javi Ruiz o Mario Rosas. Era una manera de hacerles compañía, porque normalmente se quedaban solos y añoraban a su familia. En el caso de Andrés, siempre lo recuerda porque lo pasó mal y está agradecido de que una persona externa lo ayudara. Su caso ha tenido repercusión porque es un Top-10 del mundo, pero si no fuese futbolista profesional, también me estaría agradecido, aunque nadie lo sabría. Ahora nos sucede esto con niños que vienen de Camerún. Siempre tienes que cuidar un poco más a los pequeños, porque es normal que echen de menos a sus padres».

«Los niños son competitivos de serie. Hasta que pertenecen a la categoría Infantil A (13 años), siempre van al 200 %, jueguen donde jueguen. Cuando son mayores, ya tienen otras motivaciones competitivas que condicionan su rendimiento. Competir va muy ligado a la infancia, los niños quieren ser mejores que sus compañeros, pero los formadores tenemos que saber canalizarlo».

«En el Barça, ganar justifica una determinada manera de jugar y da validez a un estilo»

«Ganar comporta darte la razón en muchos sentidos. En el caso del Barça, ganar justifica una determinada manera de jugar y da validez a un estilo. Tenemos que intentar

ganar siempre, pero siendo más deportivos que los contrarios, siendo mucho mejores que el rival, porque, hacerlo así, te da mayor credibilidad. Para nosotros, el éxito es que haya siete jugadores del Barça en la selección española o que haya 11 futbolistas de la cantera en el primer equipo».

Julio Alberto Moreno (Candás, 1958)

Este lateral izquierdo asturiano nos enamoró en la década de los 80 por su lucha constante defendiendo la camiseta azulgrana. Llegó al club en el año 1982 procedente del Atlético de Madrid y se marchó en 1991. Siempre lo dio todo en el campo, en los partidos y en los entrenamientos. Es una persona de gran sensibilidad que ha superado momentos difíciles en su vida. Actualmente es el director de la F. C.B. Escola, entidad vinculada al Barça que forma anualmente a más de 300 niños y niñas de entre 6 y 11 años. Disfruta con pasión y total dedicación de su trabajo.

«La clave para alcanzar un sueño es pensar que puedes alcanzarlo»

«Empecé a jugar al fútbol en la playa, en Asturias. Nos juntábamos una pandilla de amigos y jugábamos allá, descalzos, porque nos gustaban mucho los deportes. A los 14 años me fui a vivir a Madrid con mi madre, hice unas pruebas para fichar por el Atlético de Madrid y dijeron que sí. Empecé jugando de extremo izquierdo y marcando muchos goles. En aquel momento no pensaba en absoluto que me dedicaría al fútbol, sólo jugaba para divertirme. Me preocupaba más el bienestar de mi familia, que era muy humilde».

«El fútbol te hace sentir bien. A mí me gustaba porque me proporcionaba unos valores que me iban bien, como la constancia o la disciplina. A los padres de los niños que juegan al fútbol les recomendaría prudencia y mucha calma. Los padres no tienen que crear falsas expectativas, sólo tienen que alimentar la ilusión de sus hijos y hacerles ver que el fútbol puede servir como herramienta de educación y formación. Jugar en un equipo de fútbol te proporciona respeto y capacidad para relacionarte con los otros. Además, el niño tiene que divertirse, porque si no lo hace cuando es pequeño, no se divertirá nunca jugando al fútbol».

«Para llegar a ser futbolista profesional, influye mucho el carácter y la capacidad de seguir aprendiendo a lo largo de los años. Yo era muy tozudo y hasta que algo no lo hacía bien, no abandonaba. Mejoraba y mejoraba. Mi idea era ser el mejor. Cada día quería aprender y luchaba para que nadie me quitara el puesto. Si tenía que marcharme una hora después del entreno, lo hacía. Me alegré mucho el día que subí del Juvenil al

primer equipo. Aquel día empecé a pensar que me podía ganar la vida con el fútbol. El día que debuté en Primera con el Atlético de Madrid, mi sueño se hizo realidad».

«Si pudiese rebobinar, me impondría la obligación de estudiar»

«Para un futbolista, el entorno familiar es fundamental. Es bueno tener pareja estable porque te proporciona tranquilidad; un soltero puede ser un poco más vulnerable. Tener una familia bien estructurada es clave en el fútbol y en la vida. También resulta primordial tejerte un círculo de amistades responsable, limpio, transparente y que quienes lo forman sean conscientes de que tu profesión es la que es. Si no estás centrado cuando juegas al fútbol como profesional, no llegas a ninguna parte. El valor de la amistad en un vestuario es importante. En mi época se podían tener grandes amigos en el vestuario. Ahora es más difícil que antes porque hay mayor diversidad».

«La fama es buena y es mala. Te puede dar muchas cosas, pero también te las puede quitar. Te abre muchas puertas, te sientes muy querido; sin embargo, te limita mucho el ámbito privado. Vives en una especie de burbuja, en un cuento de hadas, hasta que un día desaparece y te das cuenta de que el mundo es distinto. Un día estás dentro y, a la mañana siguiente, estás fuera. Cuando sales de la burbuja es duro; los dos o tres primeros años tienes que adaptarte, tienes que reciclar tu entorno, tienes que trabar nuevas amistades. Tienes horarios nuevos y cambia la rutina…».

«Si pudiese rebobinar, me impondría la obligación de estudiar. Y también me hubiese gustado prepararme para la retirada un par de años antes de hacerlo. Quizás hubiera tenido que haber continuado mi vinculación con el fútbol, porque ahora pienso que quizás habría aportado mi experiencia y habría sido útil para mucha gente. Mientras fuesen jugadores y en el momento en que se retirasen».

«La clave para alcanzar un sueño es pensar que puedes alcanzarlo. Mi sueño actual es tener un perro. No me moriré sin haber tenido un pastor alemán».

Iomar do Nascimento, «Mazinho» (Santa Rita, 1966)

Tres motivos me llevaron a conversar un rato con este brasileño: su condición de ex futbolista (campeón del mundo con Brasil el año 1994), su papel de entrenador (en este momento forma tándem con Donato en el Aris de Salónica) y, al mismo tiempo, el hecho de ser padre de dos chavales que juegan y despuntan en el fútbol base del Barça: Thiago y Rafa Alcántara. Todos estos ingredientes hacen que Mazinho sea un personaje muy interesante para escuchar. Tras una carrera exitosa con la selección brasileña, con el Valencia, el Celta, el Palmeiras o la Fiorentina, ahora ha iniciado la aventura de los banquillos con su amigo Donato. Intenta disfrutar al máximo de la vida y está muy pendiente de las evoluciones de sus hijos: Thiago (1991) ya ha debutado con el primer equipo y Rafa (1993) está madurando en el Juvenil.

«Mañana puede llegarte una oportunidad y tienes que estar preparado para aprovecharla»

«A mis hijos siempre les digo que tienen que entrenarse para ellos mismos. Durante tu carrera, siempre puedes encontrarte a un entrenador que no acaba de confiar en ti, o puedes pasar un mal momento, pero tu obligación como futbolista es darlo todo en cada entrenamiento. Mañana puede llegarte una oportunidad y tienes que estar preparado para aprovecharla. Por ejemplo, yo era el tercer lateral derecho del Brasil en el Mundial 90 de Italia y no tenía el renombre de los dos primeros, pero estaba en forma. El entrenador me decía que bajase el ritmo en los entrenamientos, porque todo el mundo estaba viendo que yo era el más fuerte y no me ponía de titular. Le dije que yo siempre me entrenaba al máximo y que no pensaba bajar el ritmo. Me daba igual que no me hiciese jugar, pero si me daba un solo minuto, quería aprovecharlo. La motivación no se puede perder nunca».

«Todo el mundo tendría que aprender a ser competitivo. Cuando mis hijos iban a la escuela en Vigo, tenían un profesor de fútbol sala que siempre les decía que lo más importante era participar. Un día hablé con él y le dije: "Estás equivocado, lo más importante no es participar, lo más importante es competir". A los jóvenes hay que enseñarles a saber ganar y a saber perder. Ganar es ofrecer lo máximo al servicio del

colectivo. Hay que intentar aprender, sobre todo, cuando el viento sopla a favor. Un momento positivo siempre esconde cosas malas, defectos que se pueden mejorar, y eso hay que detectarlo cuando ganas».

«En mi país, si un chaval puede jugar en una categoría superior, lo hace. Esto, sumado a las necesidades económicas de los clubes y de la sociedad, hace que los futbolistas brasileños debuten a una edad muy joven con el primer equipo de donde se han formado. Cuanto antes debutes, más rápidamente te podrán vender en Europa».

«Cuando el Vasco da Gama me seleccionó (con 16 años), los demás escogidos pudieron regresar a su casa durante un mes para visitar a sus familiares, pero a mí no me dejaron ir. Veintidós años más tarde me encontré con el entrenador que no permitió que me marchara como los demás niños y le pregunté por qué lo había hecho. Me dijo que estaba convencido de que no habría vuelto. Y tenía toda la razón. Yo estaba muy unido a mi familia y sabía que lo estaban pasando mal. Éramos siete hermanos, mi padre, mi madre y mi abuela. Yo no quería regresar a casa ni durante las vacaciones de Navidad, para no convertirme en una boca más que alimentar. Cuando empecé a ganar dinero, lo mandaba siempre a casa. Quería triunfar para ayudar a mi familia. La mala suerte fue que mi padre no llegó a verme jugar nunca. Por desgracia, eso sucede a menudo en el Brasil, no soy un caso único en el fútbol brasileño».

«Soy del norte del país, y empecé a jugar en la calle, como todos. Hasta los 12 años jugué, principalmente, al fútbol sala. Es buenísimo para la formación del futbolista porque hace que la cabeza te funcione más deprisa. Mejora la agilidad, la velocidad y el nivel técnico. Después pasé al fútbol campo, y a los 16 años ya jugaba en el primer equipo del Santa Cruz. De allí pasé al Vasco da Gama porque me vieron en un torneo y, mira, gracias a Dios pude hacerme profesional del fútbol… Desde pequeño había pensado que podría vivir haciendo lo que más me gustaba: jugar al fútbol».

«Lo más importante no es participar, lo más importante es competir»

«No todo el mundo lo consigue, evidentemente. En Brasil, todos los niños juegan al fútbol, pero esto no los libra de los problemas. Por ejemplo, en mi época era normal jugarse unas cervezas en cada partidito o en cada torneo. Muchos niños de 10, 11 ó 12 años, se quedaban bebiendo después de un partido, pero yo me marchaba a casa porque

aquello no me gustaba. Yo conocía el caso de amigos o familiares que habían tenido problemas con la bebida y era consciente de los peligros. Había viso gente con muy buenas condiciones que no había llegado a jugar al fútbol por culpa de eso. Tenía las ideas claras y era más maduro que los jóvenes de mi edad. Yo sólo quería fútbol y fútbol, y no me dejaba arrastrar por las malas influencias de los amigos. Tenía una especie de vocecita interior que me decía: "Toc, toc, toc…, tienes que marcharte a casa"».

Guillermo Amor (Benidorm, 1967)

Pep Guardiola siempre dice que Amor fue el espejo en el que se miró cuando vivía en La Masía. El alicantino se pasó allí ocho años, cosa que hace que sea el futbolista que más tiempo estuvo en la residencia azulgrana. Llegó con 12 años y salió a los 20, habiendo debutado ya con el primer equipo del Barça. Pulmón del *Dream Team*, ofreció siempre un rendimiento notable defendiendo la camiseta azulgrana durante 11 temporadas. Ejemplo de educación, implicación y honestidad, Amor transmite paz y serenidad cuando habla. Me interesa especialmente lo que me explica sobre el ingreso en La Masía, la compaginación del fútbol con los estudios y los efectos del accidente de tráfico que tuvo en diciembre de 2007 cuando regresaba de hacer de comentarista de un partido en Valencia. Desde aquel día, saborea más la vida.

«Hay un momento en que debes priorizar el fútbol y renunciar a muchas cosas»

«Los primeros meses en La Masía lloré mucho, no lo puedo negar. En realidad, los dos primeros años me costó adaptarme porque era muy joven y el día a día es duro. Echas de menos a mucha gente que amas y te vienen a la cabeza muchas cosas. Ahora que soy padre, viéndolo con la perspectiva del tiempo, todavía me resulta más duro pensar en la posibilidad de desprenderme de un hijo, aunque sea una cuestión temporal. En cualquier caso, estuve en La Masía casi una vida, de los 12 a los 20 años. Éramos un grupo reducido, de unos 20 jugadores y, al principio, yo era el menor con diferencia. La mayoría eran catalanes, pero después llegó gente de distintos puntos de España, como Nayim (Ceuta) o Covelo (Galicia)».

«Aquella experiencia me hizo madurar antes. Vivía con chicos mayores que yo y aprendí de todo mucho antes. Los estudios no se me daban demasiado bien, pero cuando estudiaba descubrí cosas que luego me han servido en la vida. Es difícil compaginar los estudios con el fútbol, sobre todo en la etapa pre-profesional, pero quisiera destacar que son muy importantes e imprescindibles para la formación personal. Además, ¿quién te asegura que podrás llegar lejos en el fútbol? Los jóvenes de hoy en día tienen que intentar compaginar ambas cosas para poder escoger en el futuro en función de cómo se

desarrolle su carrera. Yo tuve que escoger con 17 años. Ya hacía cinco que había dejado a mi familia en Benidorm y no funcionaba en los estudios. Era juvenil, la edad de la gran elección, y yo me sentía pletórico. Siempre jugaba y di prioridad al fútbol. Si no hubiese tenido suerte y, dos o tres años más tarde no hubiese tenido claro qué hacer, quizás me hubiera reenganchado a los estudios… Por eso hay que compaginar estudios y fútbol tanto como se pueda. Ya llegará el momento de escoger. Pero tienes que poder escoger, y sin estudios básicos no tienes opción…».

«Los años de formación en La Masía fueron años de pérdida de muchos tesoros de juventud, cosas que no volverán, recuerdos que no tendré. ¿Estás dispuesto a renunciar? Esta es la gran pregunta. La respuesta sólo la tienes tú, y depende mucho de tu ilusión. Es como ir por una autopista, tienes que priorizar un camino sin desvíos ni atajos. Un camino con una dirección única. No puedes salir, e incluso tienes que renunciar a las áreas de servicio que te encuentras por el camino».

«Cuando eres pequeño, te lo pasas muy bien jugando, pero no sabes hacia dónde vas. Cuando eres juvenil, se produce la gran selección. Empiezas a ver caminos distintos al único que veías antes, que era el fútbol. Chicas, fiesta, bulla… Y aquí tienes que decidir y dar prioridad. No se trata de hacer una renuncia total, también es conveniente que pruebes las cosas propias de tu edad, pero todo tiene que ser muy natural. Si quieres dedicarte al fútbol, tienes que tener la actitud adecuada y una buena mentalidad. Cada día tienes que tratar de mejorar, no abandonarte nunca. Tienes que tener mucha fuerza mental. A mí me gustaba mucho el fútbol: me concentraba antes de los partidos y, al terminar, repasaba mentalmente lo que había hecho bien y mal».

«Para consolidarte en un equipo grande no puedes bajar nunca el listón de la exigencia. Hay jugadores que llegan, juegan 3 ó 4 partidos y desaparecen. Puede haber muchos motivos, pero a veces los condena el conformismo, el pensar: "Ya está, ya he debutado, ya lo he conseguido…". Es un error. Hay que continuar con la misma ilusión, no puedes vivir del pasado. Cuando termina un partido, ya tienes que estar pensando en el siguiente, y eso, en un club como el Barça, es complicado. Siempre hay presión. Mi hijo menor, que es benjamín, ya nota esta presión de tener que ganar todos los partidos…».

«El fútbol profesional es una especie de mundo irreal»

«El accidente de tráfico me ha hecho cambiar la percepción del momento. Te das cuenta de muchas cosas que antes no veías. Te entristeces más, te quedas menos indiferente. Las sensaciones fueron desagradables, pero un golpe tan duro como este te hace abrir los ojos. Valoras pequeñas cosas que antes no tenían ninguna importancia. Es un lujo estar bien. Es como el fútbol profesional, una especie de mundo irreal. Cuando estás allí, no ves demasiado lo que te rodea. Cuando lo dejas, ves que el mundo es otra cosa. Por ejemplo, cuando estás en el Barça y tienes un problema, el club te lo soluciona. Una multa, un piso, una gestión… En cambio, cuando abandonas el fútbol, si te ponen un multa tienes que ir al banco y pagarla, porque, si no, te llegará con recargo. Y eso es la vida real».

Rodolf Borrell (Barcelona, 1971)

Al margen de ser un buen amigo, «Rodo» es el técnico que más títulos ha ganado en el fútbol base del Barça, donde trabajó 12 temporadas. Es un referente para todos los que le conocemos, por su profesionalidad y dedicación absoluta al trabajo. Es muy currante y muy exigente. Muchos de los talentos que han salido de la cantera en los últimos años han pasado por sus manos. El año 2008 decidió probar suerte en Grecia, donde fue el segundo y el primer entrenador del Iraklis de Salónica. Actualmente entrena al equipo Sub-18 del Liverpool. Es un entrenador con un gran futuro.

«La generación del 87 es la mejor formada de la última década en el fútbol base azulgrana»

«Siempre me han emocionado las victorias colectivas en todos los ámbitos de la vida. Valoro mucho cómo un grupo de personas con personalidades, mentalidades y costumbres distintas, que proceden de varios países, son capaces de alcanzar objetivos (que pueden ser diversos) mediante el esfuerzo colectivo, todas girando alrededor de una misma idea futbolística. La clave consiste en ayudarse constantemente, enfrentarse a veces, afrontar problemas, buscar soluciones, entrenarse duro, aprender de las derrotas, disfrutar de los triunfos, etc. Es la fuerza del colectivo la que me emociona, y, sobre todo, los lazos personales y emocionales que se generan en todo este proceso. El proceso de construir un equipo».

«Competir es la mejor manera de formar nuevos talentos»

«Respetando y manteniendo una enorme consideración por todos los equipos que he tenido la suerte de dirigir en el club durante las 12 temporadas que estuve en el Barça, tengo que confesar que la generación del 87 (Messi, Cesc, Piqué, Víctor Vázquez, Marc Pedraza, Marc Valiente, Sito Riera, Toni Calvo…) es la mejor hornada que jamás he dirigido, y no creo que sea ninguna tontería afirmar que es la mejor hornada de la última década en el fútbol base azulgrana. Un equipo entregado, trabajador, con gran

personalidad, extremadamente talentoso, agresivo, plástico, tácticamente impecable, técnicamente exquisito, listo, con gran capacidad de aprendizaje, con juego inteligente, impactante, solidario, eficaz, emocionante, que genera mucha ilusión, con gran capacidad para enamorar al espectador, tremendamente ganador, en fin…, podría continuar hasta el infinito. Todo lo que decimos cuando queremos hablar de un "señor equipo". Un equipo extraordinario».

«Es importante ganar, pero sin dejar de creer nunca en la filosofía que el club defiende. Competir es la mejor manera de formar nuevos talentos. He podido comprobar, a lo largo de mis años de entrenador en el fútbol base del Barça, que en los partidos importantes, como las finales, los derbis contra el Español o los torneos prestigiosos, los jugadores aprenden mucho y les sirve de experiencia muy efectiva de cara a su posible debut con el primer equipo. Ganar es muy importante, no nos engañemos, porque refuerza el espíritu competitivo de los aprendices de jugadores. Yo siempre he tratado de transmitir mi carácter competitivo a los futbolistas».

«El trabajo que hacen los observadores que el Barça tiene por toda España es importantísimo. Mi experiencia me dice que un jugador en potencia puede salir de cualquier club, por muy pequeño que sea. Por este motivo, es muy importante el proceso de captación y el trabajo que hacen tantas y tantas personas cada fin de semana viendo partidos y observando cómo juegan miles de chavales. Estos observadores tienen parte de culpa de que, años más tarde, en el Camp Nou podamos disfrutar de Messi, Xavi, Puyol o Iniesta. "Nico" es uno de ellos, una auténtica leyenda para todos aquellos que se dedican a hacer de observadores del F. C. Barcelona».

Los padres

A lo largo de estas páginas se ha hablado mucho de la influencia familiar en el crecimiento deportivo y personal de un muchacho que quiere dedicarse a jugar al fútbol. Es evidente que los padres (el padre y la madre) tienen que desarrollar un papel fundamental en la formación del niño. En realidad, tendrían que ser los principales responsables de la educación de su hijo; y los profesores, entrenadores, amigos o familiares más lejanos «sólo» tendrían que completar la preparación integral que el niño recibe de los padres. En este proceso, que se convierte en un reto para la mayoría de las parejas, surgen muchas preguntas: ¿qué es educar? ¿Cómo se educa? ¿Qué tengo que hacer y qué no debo hacer? ¿Qué favorece y qué perjudica a un niño que quiere ser futbolista?

Educar es preparar al niño para la sociedad que le espera. Es inculcarle una serie de valores necesarios para que pueda afrontar los retos de la vida adulta. Valores como el respeto, la tolerancia, el sacrificio, el esfuerzo, la humildad… Educar a un hijo es intentar prepararlo para que sea feliz. No conozco ninguna manera mejor de ser feliz que valorar lo que has conseguido con tu esfuerzo. A más regalos y más elogios gratuitos, mayor infelicidad para el niño. A mayor trabajo y disciplina rodeada de afecto, mayor inversión en felicidad. Los niños piden, casi a gritos, ser regulados por unas normas, pero, a menudo, no sabemos interpretar sus demandas. Estiran la cuerda para saber dónde está el límite y, los adultos, con paciencia y constancia, no dejamos que lo ultrapasen. Esto requiere perseverancia y mucha acción, cualidades que los adultos no siempre estamos dispuestos a aplicar. ¿No será que, a menudo –y me incluyo en ello–, damos prioridad a nuestro descanso por encima de la formación de nuestro hijo? Por ejemplo, ¿es razonable que un niño tenga un televisor en su habitación? ¿No será que, así, mientras el niño juega con la PlayStation, no nos molesta y podemos disfrutar de nuestra individualidad y dedicar tiempo a lo que nos apetece?

Sin embargo, también nos podemos encontrar con el caso contrario. ¿Cómo se puede compensar esta falta de motivación para educar? Pasando de un extremo a otro, haciendo de padres protectores. Es una manera de limpiar nuestra conciencia. Tanto en la escuela como en los equipos deportivos, los profesores y los entrenadores nos topamos con un proteccionismo desmesurado por parte de los progenitores cuando tratamos de llevar a cabo nuestro trabajo. Esto ha provocado un cambio radical en la relación padres-escuela o padres-entrenadores, que dificulta mucho el proceso de aprendizaje. Antes, los padres se posicionaban siempre a favor del maestro; ahora, los profesores siempre son los malos de la película. Antes, cuando tenías un problema en la escuela, lo último que pensaba el alumno era contárselo a sus padres, porque la bronca caería por duplicado; ahora, los estudiantes enseguida buscan la complicidad de sus padres para resolver cualquier conflicto escolar. Y ellos, normalmente, siempre dan la razón a sus hijos. Alguna cosa no funciona…

Decir «no» es educar. Decir siempre «sí» es malcriar. Por mucho que lo halaguemos, el niño no nos querrá más. Precisamente sucede lo contrario, nos perderá el respeto. Recuerdo un caso verídico que me explicó mi amiga Blanca y que está relacionado con esto. Ella trabaja en una tienda de complementos de moda y un día vio desde dentro, incrédula, como un niño orinaba en un rincón del escaparate, en el exterior de la tienda. Salió rápidamente y comentó a la madre del niño, que merodeaba por allí, que cómo le dejaba hacer aquello al crío. La madre defendió la acción del niño diciendo que, pobre, no podía aguantarse más, y que lo que había hecho estaba bien. Blanca le hizo una reflexión interesante: «Tranquila, yo perderé cinco minutos fregando la orina del niño, pero usted tendrá un problema toda la vida».

Todas estas reflexiones genéricas, pero sobre todo las relacionadas con la educación de una joven promesa futbolística, las quise compartir con los padres de Bojan Krkic, Maria Lluïsa Pérez y Bojan Krkic *senior*. Ella, de Mollerussa (Lleida), y él, de Serbia. Se conocieron cuando él jugaba en el equipo leridano en Segunda A, y de aquella relación nació el pequeño Bojan. Con 19 años ya es un futbolista de renombre internacional y está plenamente consolidado en el primer equipo del Barça (donde debutó con 16 años), pero es tan joven y tan precoz que continúa creciendo como persona y como futbolista. Bojan ha madurado con el tiempo, como cualquier chico de su edad, pero él lo ha tenido que hacer con la dificultad añadida de haberse convertido en un personaje popular, el ídolo de muchos jóvenes de su generación. Ha batido todos los récords de precocidad en

el Barça, confirmando lo que ya apuntaba desde que fichó por el club con sólo 10 años. Es y será un gran futbolista, pero la súbita transición entre la adolescencia y la edad adulta no fue un proceso fácil ni para él ni para sus padres.

MARIA LLUÏSA: «Bojan siempre ha sido muy precoz. Tenemos grabado en vídeo el primer día que fue a la guardería, con 15 meses. Lo primero que hizo fue coger una pelota y no la soltó. Todo el día iba con la pelota de un lado para otro, todo el día quería jugar con su padre… Cuando empezó a jugar en Bellpuig ya hacía furor. Era muy competitivo, se enfadaba mucho si no marcaba. Si jugaba bien, pero no marcaba ningún gol, malo… Por suerte, casi siempre marcaba».

BOJAN KRKIC: «Cuando tenía 4 ó 5 años lo apuntamos en la Escuela de Fútbol de Bellpuig que yo dirigía. Era muy pequeño, pero, es cierto, siempre marcaba muchos goles. Yo nunca lo forcé en nada, al contrario, siempre he sido muy prudente con él. Con 8 años, a través de Joan Martínez Vilaseca, le hicieron una prueba en el Barça y decidieron ficharlo».

MARIA LLUÏSA: «Aunque vivíamos a 120 km, no dudamos en ningún momento, porque su impulso era muy fuerte. Al principio, bajábamos dos días a la semana. Lo iba a buscar a la escuela, dormía todo el trayecto, se entrenaba y, luego, de regreso a casa se comía un bocadillo para cenar y tan contento. No lo consideraba un sacrificio, formaba parte de la vida de mi hijo. Él era feliz y yo también. En aquel momento, no pensaba que todo terminaría como ha terminado. Sólo pensaba que, por lo menos, aquello le aportaba disciplina».

BOJAN KRKIC: «Teníamos que dar el paso porque Lérida se le había quedado pequeña. En el Barça me decían que tenía mucho talento y la única manera de comprobarlo era que jugase allí, con los mejores. Sólo tenía el aprendizaje de las calles de Linyola, donde se había pasado horas y horas. Lo probamos, y ha salido bien».

MARIA LLUÏSA: «Sin embargo, detrás de cualquier éxito hay una historia. Cuando Bojan era cadete, sí que tuve que renunciar a la plaza de enfermera en Mollerussa, que era mi sueño particular, para ayudar a que Bojan pudiese compaginar estudios y fútbol. Me tiré a la piscina, sin saber si tenía agua o no. Dejé mi trabajo y me instalé en Barcelona con él. Dos años antes, mis padres, de Linyola de toda la vida, jubilados, vinieron a Barcelona para vivir con Bojan y cuidarlo. En ningún caso queríamos que perdiese el espacio familiar. Por esto, cuando hace poco aprobó el bachillerato, nos dio

una alegría enorme. Para nosotros, lo más importante siempre ha sido su formación como persona».

BOJAN KRKIC: «Afortunadamente, Bojan vive aplicando lo que hemos intentado transmitirle. Puedes haber dicho misa, que si no lo ha «mamado» en el seno de la familia, no es exactamente lo mismo».

MARIA LLUÏSA: «Yo recomendaría que los padres se lo misasen desde la distancia. No es fácil, pero tienen que evitar crearse expectativas porque lo único que consiguen es presionar al chico. Nosotros siempre hemos intentado que Bojan no tuviese que aguantar ningún peso extra sobre los hombros, y eso le ha ayudado en el momento de dar el salto al primer equipo. Le hemos hecho ver que las cosas materiales son lo que menos importa, y no te terminan de llenar nunca. En la vida hay que buscar las cosas que te puedan satisfacer a largo plazo, como los amigos o los valores, cosas que, además, son gratis…».

La familia Krkic-Pérez podría ser un buen ejemplo de cómo hay que guiar la trayectoria de un joven futbolista precoz. Ellos han puesto en práctica varios conceptos teóricos que han aparecido en este libro, y basta con observar el comportamiento de Bojan y escuchar sus declaraciones para comprobar que, a pesar de los cambios que ha experimentado en su vida, es un chaval que tiene los pies en el suelo.

En cambio, hay una serie de frases vacías de contenido que a menudo pronuncian los padres de niños futbolistas. Son sentencias tópicas que he escuchado en distintos campos de fútbol de Cataluña, y a las que habría que dotar de sentido. Para hacernos una idea, citaré unas cuantas:

«Para mí, lo más importante son los estudios». Esto no hay que decirlo; hay que demostrarlo. Si es así, ¿por qué no dedicas las mismas horas a ayudarlo en los estudios que a acompañarlo a los partidos o a los entrenamientos? ¿Por qué, en lugar de comentar con otros padres si tu hijo juega más o menos, no hablas con los profesores de la escuela para saber cómo le van las clases? Muchos padres saben dónde están los campos de fútbol de Cataluña, pero a duras penas saben dónde está la escuela del niño.

«Mi hijo es tan inocente que siempre recibe él». Quizás no conoces suficientemente bien a tu hijo. Es como todos los demás; a veces, se equivoca. Errar es parte de su

formación.

«Siempre le digo que esto del fútbol es para pasárselo bien». Sería magnífico que esto lo dijesen en voz alta los padres de los niños que tienen que dejar el Barça porque no poseen suficiente calidad para dedicarse al fútbol de manera profesional. La mayoría de veces no es así.

«No hablamos nunca, ni de fútbol ni del partido». Entonces, ¿por qué cada vez que entro en un bar de un campo de fútbol base escucho la misma cancioncilla?

«Este entrenador no entiende de fútbol». ¿Crees que el entrenador criticaría tu trabajo? No hagas lo que no aceptarías que te hicieran.

«Yo no sé de fútbol, pero mi hijo tendría que jugar en esta posición». Yo, de lo que no sé, no hablo.

«Es que a mi hijo no le pasan el balón». Sin comentarios.

Durante toda mi vida he tenido que ir a muchos campos de fútbol y me he dado cuenta de que el comportamiento irrespetuoso de los padres no sabe de edades ni clases económicas, ni estatus social, ni nivel intelectual. Cuando uno está viendo un partido de su hijo, aparecen los instintos básicos más primarios. A veces, basta con observar la cara de los más pequeños, que juegan para hacer felices a sus padres, y que alucinan con las reacciones desmedidas que ven en las gradas. Y no hablemos ya de los insultos permanentes al árbitro, de las agresiones verbales entre padres de distintos equipos y, a veces, incluso del uso de violencia física.

En nuestro país y en los de ámbito latino, los padres dan una importancia extrema a los partidos de fútbol de sus hijos. Se crean foros en Internet, hacen comentarios después de cada entrenamiento, charlas pre y postpartido… En otros países que he conocido, no hay tanta gente en los campos, y los pocos que van, miran y callan. Y si hace sol, todos de cara al sol. En fin, no sería necesario llegar a este extremo, pero tenemos que saber dar la importancia justa al hecho de que el niño juegue al fútbol. Ni más ni menos.

Los padres tienen que aceptar las limitaciones deportivas de su hijo. En el ámbito escolar, se comenta con naturalidad cuando un hijo tiene problemas con una asignatura o

cuando otro es muy bueno en cualquier materia; en cambio, cuando hablamos de fútbol o de cualquier otro deporte, cuesta mucho más aceptar las carencias. «Mi hijo es el mejor», se acostumbra a afirmar.

La presión que ejercen los padres sobre el futuro de sus hijos es un problema grave de la sociedad actual. Los niños reciben el mensaje que tienen que ser los mejores de la clase, los mejores del equipo, que tienen que hablar inglés y tocar bien un instrumento musical. Vaya, que tienen que ser pequeños «Superman». Lo mejor es dejar fluir su progreso con naturalidad. Si tienen que ser buenos en cualquier disciplina, lo serán. Lo más importante es el éxito como persona. He visto cómo muchos padres han «quemado» a sus hijos con un nivel de exigencia intolerable. Muchos han convertido el tiempo de ocio de su hijo, que es el deporte, en un motivo de supervivencia familiar, tanto económica como socialmente. Algunos dejan su trabajo para acompañar la carrera deportiva de su hijo sin saber si podrá ganarse la vida en el futuro practicando el deporte que le gusta.

En deportes individuales, el sacrificio de la juventud o la infancia todavía es más evidente. Los jóvenes campeones que triunfan a los 15, 16 ó 17 años, lo hacen porque detrás hay horas y horas de entrenamiento. ¿Vale la pena? Los padres siempre se defienden diciendo que es el camino que el niño ha querido escoger, y que así ha sido feliz. No digo que no, pero ¿se ha mostrado al niño algún otro camino? ¿Ha tenido alguna otra salida? Lo damos por bueno cuando el muchacho triunfa, pero ¿qué pasa con los que no llegan?

Los maestros

Tras escuchar las reflexiones de entrenadores, futbolistas y padres, también había que tomar nota de la opinión de unos actores principales en el proceso de formación de un joven futbolista: los profesores y educadores escolares. Para hacerlo, no podía dejar de visitar las instalaciones de La Masía, la residencia de muchos de los jóvenes que juegan en el Barça. La Masía de Can Planes es un edificio del siglo XVIII situado cerca del Gol Norte del Camp Nou, pero el concepto «La Masía» se ha convertido en una marca mundialmente reconocida que se asocia con la exitosa cantera del Barça. Desde que se inauguró como residencia en el año 1979, han pasado por ella centenares de deportistas, algunos de los cuales han ofrecido su testimonio en este libro (Guardiola, Vilanova, Iniesta, Puyol, Amor y muchos otros).

Por encima de todo, el objetivo de una instalación como esta es preservar la formación humana del futbolista en la fase de aprendizaje, es decir, ayudarlo en el desarrollo intelectual y personal. Evidentemente, y dependiendo de la edad del residente (normalmente los chavales tienen entre 12 y 17 años), también es llevar a cabo desde La Masía una tarea más indirecta, pero igual o más importante: el apoyo humano para los niños que se encuentran lejos de su casa familiar. Nada puede sustituir el papel de la familia real, pero en La Masía tratan de minimizar las consecuencias de un alejamiento permanente del núcleo familiar fomentando que todos los residentes formen pandilla y conformen un grupo humano muy unido. Esto beneficia la formación social de los niños y da solidez a las relaciones humanas que surgen allí. Sin ir más lejos, la actual amistad de Pep Guardiola y Tito Vilanova empezó a forjarse bajo el techo de La Masía. En sus paredes están colgadas las fotografías de todos los que han residido allí, y que han vivido momentos de felicidad, tristeza, añoranza o éxito… Todos, eso sí, comparten una expresión de ilusión en el rostro que da fuerza y empuje a aquellos que ahora persiguen su sueño particular. Para todos los que trabajamos en el fútbol base del Barça, La Masía

es como un santuario y lo continuará siendo cuando se amplíe y se traslade a la Ciutat Esportiva Joan Gamper.

Ya hemos comentado a lo largo de estas páginas la influencia del mundo globalizado en el fútbol y, más concretamente, en la cantera del Barça. La Masía no se escapa de esta realidad, por supuesto. El porcentaje de niños extranjeros (africanos y sudamericanos) ha crecido muchísimo en los últimos años, y esto ha comportado cierto reciclaje en algunas líneas de actuación. Ahora, en La Masía conviven niños de distintas culturas, razas o religiones, y eso significa distintos hábitos alimentarios o diversas costumbres sociales. Todos tienen que convivir respetando a los demás, y de esto se ocupan los actuales responsables de La Masía. La persona que cuida de este lugar sagrado para el barcelonismo es el ex portero de hockey patines **Carles Folguera**, director y coordinador pedagógico del centro. Con él y dos miembros de su equipo de dirección, **Rubén Bonastre** y **Ricard Muñoz**, tuve la oportunidad de compartir algunos de los temas de debate que han aparecido en estas páginas. La Masía es el complemento ideal para la progresión deportiva del jugador. Es fundamental para su formación humana y, por tanto, para su formación futbolística. Para un niño, el fútbol son unas horas concretas del día en las que disfruta y sigue unas normas, pero el resto del tiempo lo pasa en La Masía, donde tienen la misión de reforzar sus conocimientos y ayudarlo a crecer. Ya hemos comentado en estas páginas que, sin crecimiento personal, no hay un crecimiento futbolístico consolidado. Carles, Rubén y Ricard, acompañados por el resto del personal de La Masía, constituyen un equipo absolutamente implicado en la educación y la formación personal de los niños residentes.

CARLES: «Nuestra tarea se basa en el contacto directo con el niño. Ellos buscan la proximidad que echan de menos porque están lejos de su familia. Quieren estar marcados por unos límites. Siempre les decimos que están allí para jugar al fútbol, pero que tienen que ser conscientes de que comparten residencia con 60 chicos más. Nos interesa mucho observar su actitud personal frente a un problema, cómo lo afrontan, cómo lo resuelven, si tienen personalidad… La suma de todos estos parámetros forma el carácter del niño».

RUBÉN: «Normalmente, el comportamiento de un jugador en La Masía refleja su manera de jugar en el campo. Si es centrado y responsable en la residencia, tendrá una buena actitud y actuará con responsabilidad colectiva en un partido. En los últimos años,

sólo nos hemos encontrado un caso que contradice esta norma, la excepción que confirma la regla. Es difícil, pero con un buen trabajo aquí, podemos llegar a cambiar determinadas actitudes de los niños. Recuerdo el caso de un padre que llamó personalmente para agradecernos que hubiésemos provocado en su hijo un cambio de comportamiento. Había estado tres meses en La Masía y el padre percibía que el chaval había madurado».

CARLES: «Bojan, por ejemplo, tiene una categoría humana increíble desde pequeño. Recuerdo que lo subieron de categoría y, claro, le quitó el lugar a un compañero que él adoraba. Aquel muchacho tuvo que dejar el club y La Masía. Cuando llegó el día de despedirse, todos lloraban; el que se iba, Bojan, todos… Bojan le pidió disculpas porque era consciente de que su ascenso de categoría le había cortado el paso, pero el chico que se marchaba le dijo: "Tú tranquilo, tú eres muy bueno y llegarás lejos"».

RUBÉN: «Guardamos muy buen recuerdo de todos los jugadores que han llegado al primer equipo. Carles Puyol ya era un líder en La Masía; Víctor Valdés tenía muchísima personalidad; Bojan siempre se ha hecho querer mucho, y Andrés era un poco introvertido, pero siempre tenía detalles humanos espectaculares. Por ejemplo, el día que debutó con el primer equipo, trajo dos camisetas firmadas para el personal de La Masía. Siempre ha sido muy detallista, pero le gusta hacerlo con discreción. Como él lo pasó mal al comienzo, siempre tiene algún detallito con los niños de La Masía. En realidad, la afinidad con el club se empieza a forjar allí. Para los recién llegados, para los que son de fuera, es como una gran familia y, cuando crecen, sienten un agradecimiento especial hacia el club, y así lo transmiten cuando están en el primer equipo. Conseguimos crear un vínculo entre club y persona».

CARLES: «Para llegar al primer equipo, hay tres ámbitos que hay que tener en cuenta: futbolístico –es decir, técnica, táctica, físico…–, psicológico –o, lo que es lo mismo, actitud, carácter, mentalidad…– y social –o sea, el entorno que rodea al niño, los valores que ha recibido…–. La suma de estos tres factores conforma la identidad futbolística de un chaval y ello marcará sus opciones para llegar al fútbol profesional. Por ejemplo, recuerdo que, cuando Iniesta jugaba en el Juvenil, ya veía que tendría un buen futuro. Era discreto, pasaba desapercibido en La Masía y no tenía problemas de convivencia. En el campo, a pesar de ser el más joven, siempre pedía el balón, los compañeros lo buscaban y él no se escondía. Era generoso y poco egoísta».

RUBÉN: «Desde La Masía lo intentamos todo para que los chicos superen la añoranza, pero hay veces que no podemos hacer nada. Depende mucho del ambiente en el que han vivido anteriormente y de la zona de procedencia. Por ejemplo, algunos chavales que vienen de Andalucía tienen más problemas de adaptación porque están acostumbrados a un entorno familiar y de amistades muy numeroso y muy próximo. Ahora bien, lo más importante es tener ilusión por estar en La Masía; esto es lo que les ayuda a superar los malos momentos».

CARLES: «La edad ideal para llegar a La Masía es entre los 14 y los 16 años. Si son mayores, pueden ser demasiado espabilados y, si son más pequeños, pueden tener problemas de adaptación. En esta franja de 14 a 16 años, todavía son maleables y puedes marcarles los límites y los valores. Por mucho que vengan de culturas distintas, con un poco de implicación, todo el mundo se acaba adaptando.

RICARD: «Nosotros conocemos cuál es el comportamiento de los niños más allá del deporte. Observamos cómo actúan y cómo conviven con los compañeros. Detectamos si tienen facilidad o no para establecer relaciones sociales y afectivas que no están sujetas a las normativas de un equipo. Todo ello nos permite hacernos una idea».

CARLES: «Contaré un par de anécdotas muy claras para ilustrar el tipo de tarea que nos toca llevar a cabo a los responsables de La Masía. Escenifico un diálogo que mantuvimos un día con un residente:

–¿Cómo habéis quedado, hoy?

–Han perdido 2-0.

–¿Qué significa "han"?… Querrás decir "hemos perdido", ¿no?

–No, no, han perdido porque yo no he jugado…

El muchacho estaba sancionado y el hecho de no jugar lo alejaba del equipo. Aproveché la ocasión para explicarle, delante de sus compañeros, que el fútbol es un deporte de equipo.

»El otro caso es distinto, pero nos lo podemos encontrar a menudo. Un día llega un chaval llorando a La Masía después de que el entrenador le echara una bronca al equipo porque habían jugado muy mal. El técnico les dijo que no merecían llevar la camiseta del Barça. Lloraba desconsoladamente y decía que él lo había dado todo por el Barça desde que había llegado al club y, claro, estaba descolocado con lo que había dicho el entrenador. Tuve que hablar con el técnico, hablaron entre ellos y el chico se quedó más

tranquilo cuando el *míster* dijo que su actitud había sido correcta. Hicimos un trabajo de intermediarios».

Como responsables principales de La Masía, Carles, Ricard y Rubén saben perfectamente que, sin sacrificio, no hay éxito posible. No es sencillo tener que dejar el entorno más próximo para empezar una etapa de futuro incierto en un lugar totalmente nuevo para un muchacho de 11, 12, 13 ó 14 años. Cada caso es especial, y cada niño necesita un trato distinto. Hay chavales que, por costumbres familiares o sociales, se adaptan perfectamente, a pesar de la lejanía de sus familiares. En cambio, otros están más arraigados en su casa, y esto hace que su proceso de integración sea más lento, más progresivo o inexistente.

Tenemos tendencia a pensar que en esta etapa sólo sufren los niños, pero lo cierto es que la familia lo pasa igual de mal o incluso peor. Para ellos, el día a día, sobre todo durante los primeros meses, es de un constante desazón. Muchas veces se sienten inútiles por el hecho de no poder ayudar o de no poder estar en contacto directo con sus hijos. Es un problema que requiere la complicidad de los trabajadores de La Masía, que tienen la misión de asegurar el confort y el bienestar de los residentes. Por ejemplo, si un padre o una madre llama a su hijo y se pone a llorar en el otro lado del teléfono, está haciendo un flaco favor al chaval, porque el niño detectará que su estancia en La Masía no satisface totalmente a su familia. Aunque suponga un esfuerzo, los padres tienen que ayudar y tranquilizar a los hijos que estén intentando adaptarse a un entorno nuevo. Y, repito, esto no es nada fácil. Ceder la responsabilidad educativa y formativa de un hijo en manos de otros, aunque se trate de una institución solvente como el F. C. Barcelona, nunca es agradable para unos padres.

Por esto, La Masía es lo que es, y representa lo que representa. Desde hace más de 30 años, este espacio constituye un modelo como complemento ideal para la formación deportiva. Una instalación como esta requiere los mejores profesionales para garantizar que los jugadores de futuro del Barça se formen humanamente bajo unos parámetros de valores determinados, que también los ayudarán a progresar en el terreno deportivo. La Masía es un tesoro muy valioso para una entidad deportiva como el Barça, que entiende el fútbol base como uno de los pilares de su identidad. Tenemos que ser capaces de prestarle siempre la máxima atención y protección. Es una inversión de futuro.

Conclusiones

No podría empezar a reflexionar sobre las distintas conclusiones que se pueden extraer de estas páginas sin agradecer la colaboración de todos los personajes que han tenido el detalle de dedicarme parte de su tiempo para hablar sobre el fútbol de formación. Desde el primero al último, muchas gracias a todos por vuestra disponibilidad y por vuestras sabias reflexiones acerca del deporte que nos une. Espero que el lector haya aprendido y disfrutado tanto leyendo este libro como un servidor cuando ha hecho las entrevistas. Las experiencias personales, las ideas del presente y del futuro expuestas, las diversas maneras de entender el fútbol de cada uno de los protagonistas, han enriquecido decisivamente este libro y me han ayudado a consolidar la modesta pretensión de plantear al lector algunos debates interesantes relacionados con el fútbol de formación.

Hay numerosos puntos de convergencia que nos hacen dibujar un camino, más o menos estándar, que tendría que recorrer cualquier joven que tenga el sueño de jugar al fútbol de manera profesional. La clave es empezar de pequeño, lo más pronto posible, porque es cuando se puede desarrollar exponencialmente el talento de un niño sobre la base de dedicar horas y horas a jugar al fútbol o, simplemente, a chutar el balón. Hacerlo en la calle, de manera poco académica, digamos, puede acelerar la consolidación de unas cualidades técnicas que sólo pueden adquirirse con el paso del tiempo. Puede haber una dosis de talento innato, pero no se manifiesta si no se pule practicando la habilidad en cuestión de forma liberada. Está demostrado que el talento crece en la misma proporción que el tiempo dedicado. Después, evidentemente, se necesitan unas aptitudes físicas óptimas, una buena salud, un gran espíritu competitivo, un sentido colectivo, una capacidad de aprendizaje adecuada y un poco de suerte para encontrar el último empujón necesario. Si a esto le añadimos un entorno familiar que garantice la transmisión de unos valores que sumen en lugar de restar, y una dosis de ilusión ilimitada, conseguiremos lo más parecido a la fórmula del éxito. Apuntaos la receta y no la olvidéis nunca.

Teniendo en cuenta todos estos parámetros, comunes en casi todos los futbolistas que han llegado a la élite, vale la pena tirar del hilo de otras reflexiones que se han apuntado en el libro. En el fútbol base, ¿qué es prioritario, ganar o formar? Como ya he dejado entrever, y como opinan la mayoría de los entrevistados del libro, las dos cosas son igualmente importantes, y a menudo van muy relacionadas. Para sacar más jugo a la cuestión, es interesante dar un par de vueltas a la pregunta: de «¿ganar o formar?» a «¿competir o participar?». En ambos casos, la respuesta sería igualmente válida con las dos opciones. Formando, ganando o perdiendo, hay que participar compitiendo. Una cosa no excluye a la otra. Hay que entender los conceptos «ganar» y «perder» como una consecuencia del juego. Competir sería el alma. Sin competición, no hay juego.

Tampoco podemos concebir estas preguntas sin enmarcarlas dentro del contexto que nos rodea. Todos participamos de la vida, todos estamos en ella, y la vida es un juego con dos reglas marcadas y un objetivo. Estas reglas las marca la propia naturaleza y la sociedad en la que vivimos. ¿El objetivo? Vivir el máximo tiempo posible y de la mejor manera. Extrapolando la cuestión capital del libro, podríamos decir que en la vida, tanto si ganamos como si perdemos, nos iremos formando día tras día. Tenemos momentos de alegría y de desgracia, pero si sabemos competir, sabremos gestionarlos y aprender de todas las experiencias, las buenas y las malas. El deporte y, más concretamente, el fútbol no dejan de ser un reflejo de nuestra vida y de la sociedad.

Tenemos que hacer ver a nuestros hijos que, cada día al levantarse por la mañana, el juego ya ha empezado, y que ellos están participando de él. Como padres, educadores o entrenadores, tenemos que enseñarles a competir. Primero, contra ellos mismos: contra la pereza, contra el egoísmo, contra el individualismo, etc. Luego, tienen que saber luchar para moverse por la vida e integrarse en la sociedad: evitar las enfermedades, combatir las intolerancias y las injusticias, fomentar la solidaridad… Todo se puede conseguir con trabajo, ilusión, sacrificio y, naturalmente, espíritu competitivo. Obtendrán ganancias, pero también probarán el gusto amargo de la derrota, y es bueno que así sea, porque aprenderán de ambas cosas. Como dicen Tito Vilanova y Mazinho, por ejemplo, cuando ganen, reflexionarán con la tranquilidad que garantiza el éxito y sobre los caminos que los han conducido a alcanzarlo. Y cuando pierdan, aprenderán a aceptar la derrota, es decir, después de unos momentos justificados de rabia y dolor, suspirarán, reflexivos, se levantarán y volverán a empezar, seguirán compitiendo. En la

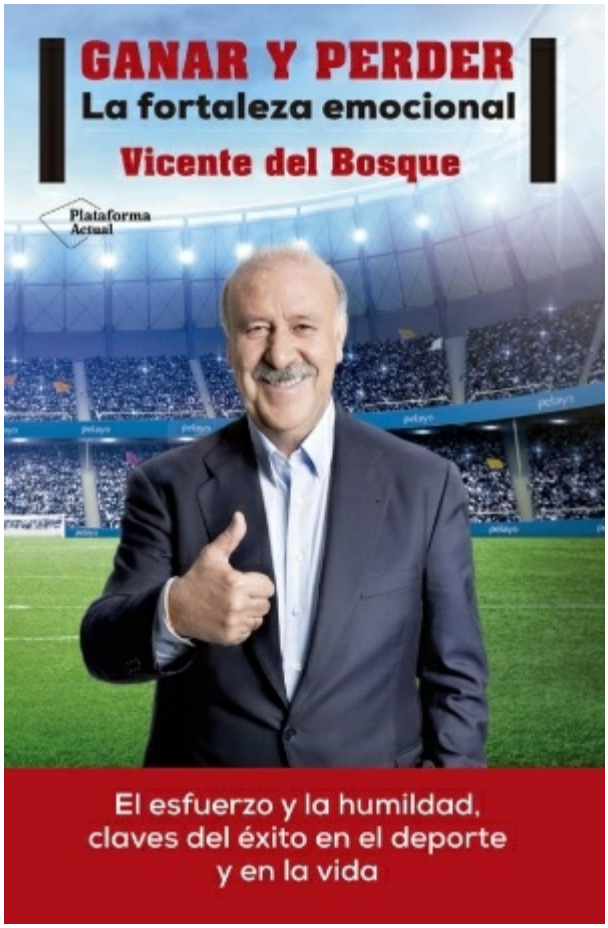
vida y en el deporte, el triunfo y la derrota proporcionan valores que nos dignifican como seres humanos dentro del precioso contexto de nuestro mundo.

Esto es sólo un libro, pero quiere ser algo más. Un punto de partida hacia la reflexión interior de los adultos que tenemos la responsabilidad de formar a los más pequeños de la sociedad. Ayudémoslos a encontrar la fuerza necesaria para alcanzar sus sueños, que, a la vez, también son los nuestros.

Su opinión es importante.
En futuras ediciones, estaremos encantados de recoger sus comentarios sobre este libro.

Por favor, háganoslos llegar a través de nuestra web:

www.plataformaeditorial.com


GANAR Y PERDER
La fortaleza emocional
Vicente del Bosque
Plataforma Actual
El esfuerzo y la humildad, claves del éxito en el deporte y en la vida

Ganar y perder

Del Bosque, Vicente

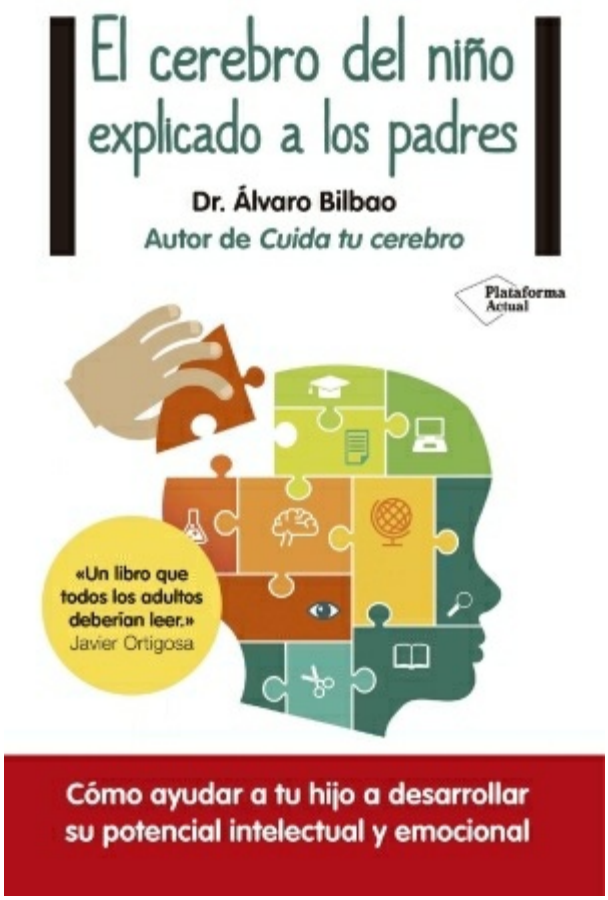
9788416429882

184 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Vicente del Bosque expresa por primera vez en este libro toda su filosofía en el fútbol y en la vida. En sus páginas, donde no faltan anécdotas de su larga trayectoria como jugador y entrenador, podemos apreciar, además de su pasión por el fútbol, la valía humana y profesional del único entrenador de dicho deporte que posee todos los grandes títulos posibles a que pueden aspirar clubes y selecciones. Ganar y perder es ante todo una lección de deporte y de vida de quien –después de Luis Aragonés– dirigió a la selección española de fútbol en la mejor época de su historia hasta conquistar un Mundial y una Eurocopa y convertirla así en la única que ha conseguido la Triple Corona, la obtención de tres grandes títulos consecutivos. Las reflexiones, tan serenas como emotivas, de una de las figuras más importantes de la historia del fútbol español nos permitirán conocer las claves de la fortaleza emocional de un hombre bueno que se ha distinguido por saber disfrutar los triunfos y aceptar las derrotas siempre con mesura, manteniendo los pies en tierra firme y sin ambición de protagonismo.

Cómpralo y empieza a leer


El cerebro del niño explicado a los padres
Dr. Álvaro Bilbao
Autor de Cuida tu cerebro
Plataforma Actual
«Un libro que todos los adultos deberían leer.»
Javier Ortigosa
Cómo ayudar a tu hijo a desarrollar su potencial intelectual y emocional

El cerebro del niño explicado a los padres

Bilbao, Álvaro
9788416429578
296 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Cómo ayudar a tu hijo a desarrollar su potencial intelectual y emocional. Durante los seis primeros años de vida el cerebro infantil tiene un potencial que no volverá a tener. Esto no quiere decir que debamos intentar convertir a los niños en pequeños genios, porque además de resultar imposible, un cerebro que se desarrolla bajo presión puede perder por el camino parte de su esencia. Este libro es un manual práctico que sintetiza los conocimientos que la neurociencia ofrece a los padres y educadores, con el fin de que puedan ayudar a los niños a alcanzar un desarrollo intelectual y emocional pleno. "Indispensable. Una herramienta fundamental para que los padres conozcan y fomenten un desarrollo cerebral equilibrado y para que los profesionales apoyemos nuestra labor de asesoramiento parental."LUCÍA ZUMÁRRAGA, neuropsicóloga infantil, directora de NeuroPed "Imprescindible. Un libro que ayuda a entender a nuestros hijos y proporciona herramientas prácticas para guiarnos en el gran reto de ser padres. Todo con una gran base científica pero explicado de forma amena y accesible."ISHTAR ESPEJO, directora de la Fundación Aladina y madre de dos niños "Un libro claro, profundo y entrañable que todos los adultos deberían leer."JAVIER ORTIGOSA PEROCHENA, psicoterapeuta y fundador del Instituto de Interacción "100% recomendable. El mejor regalo que un padre puede hacer a sus hijos."ANA AZKOITIA, psicopedagoga, maestra y madre de dos niñas

Cómpralo y empieza a leer

Reinventarse
Tu segunda oportunidad
Dr. Mario Alonso Puig
Plataforma Actual
21ª edición ampliada
Traducido a 13 idiomas
Más de 100.000 ejemplares vendidos en España
¿Qué te atreverías a hacer si supieras que no puedes fallar?

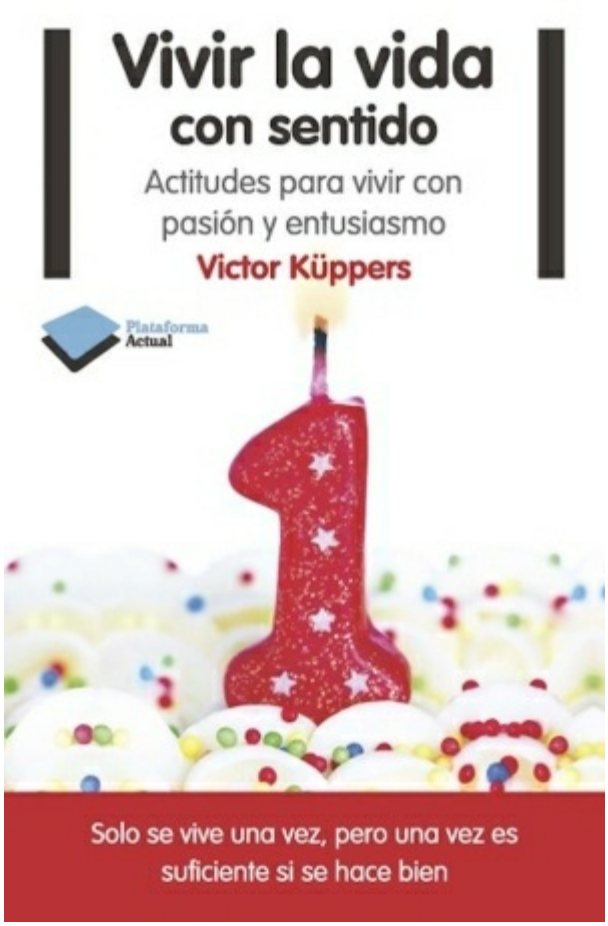
Reinventarse

Alonso Puig, Dr. Mario
9788415577744
192 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

El Dr. Mario Alonso Puig nos ofrece un mapa con el que conocernos mejor a nosotros mismos. Poco a poco irá desvelando el secreto de cómo las personas creamos los ojos a través de los cuales observamos y percibimos el mundo.

Cómpralo y empieza a leer


Vivir la vida
con sentido
Actitudes para vivir con
pasión y entusiasmo
Victor Küppers
Plataforma
Actual
Solo se vive una vez, pero una vez es
suficiente si se hace bien

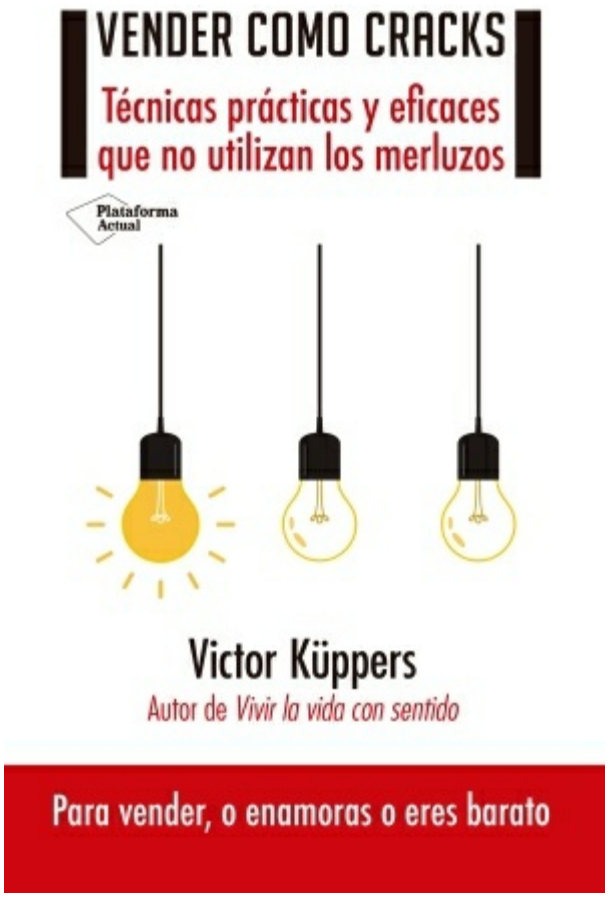
Vivir la vida con sentido

Küppers, Victor
9788415750109
246 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Este libro pretende hacerte pensar, de forma amena y clara, para ordenar ideas, para priorizar, para ayudarte a tomar decisiones. Con un enfoque muy sencillo, cercano y práctico, este libro te quiere hacer reflexionar sobre la importancia de vivir una vida con sentido. Valoramos a las personas por su manera de ser, por sus actitudes, no por sus conocimientos, sus títulos o su experiencia. Todas las personas fantásticas tienen una manera de ser fantástica, y todas las personas mediocres tienen una manera de ser mediocre. No nos aprecian por lo que tenemos, nos aprecian por cómo somos. Vivir la vida con sentido te ayudará a darte cuenta de que lo más importante en la vida es que lo más importante sea lo más importante, de la necesidad de centrarnos en luchar y no en llorar, de hacer y no de quejarte, de cómo desarrollar la alegría y el entusiasmo, de recuperar valores como la amabilidad, el agradecimiento, la generosidad, la perseverancia o la integridad. En definitiva, un libro sobre valores, virtudes y actitudes para ir por la vida, porque ser grande es una manera de ser.

Cómpralo y empieza a leer


VENDER COMO CRACKS
Técnicas prácticas y eficaces que no utilizan los merluzos
Plataforma Actual
Victor Küppers
Autor de Vivir la vida con sentido
Para vender, o enamoras o eres barato

Vender como cracks

Küppers, Victor
9788417002565
208 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

La venta es una profesión maravillosa, absolutamente fantástica. Difícil, complicada, con frustraciones, solitaria, pero llena también de alegrías y satisfacciones que compensan sobradamente esa parte menos bonita. Este libro intenta ayudar a motivar, a ilusionar, a disfrutar con el trabajo comercial. Es un ámbito en el que hay dos tipos de profesionales: los cracks y los chusqueros; los que tienen metodología, los que se preparan, los que se preocupan por ayudar a sus clientes, por un lado, y los maleantes, los colocadores y los enchufadores, por otro. He pretendido escribir un libro que sea muy práctico, útil, aplicable, simple, nada complejo y con un poco de humor, y explico sin guardarme nada todas aquellas técnicas y metodologías de venta que he visto que funcionan, que dan resultado. No es un libro teórico ni con filosofadas, es un libro que va al grano, que pretende darte ideas que puedas utilizar inmediatamente. Ideas que están ordenadas fase a fase, paso a paso.

Cómpralo y empieza a leer

Índice

Portada	2
Créditos	3
In memoriam	4
Índice	5
Dedicatoria	6
Prólogo	7
Los técnicos	11
Los jugadores	41
La voz de la experiencia	68
Los padres	98
Los maestros	104
Conclusiones	109
Colofón	112